



## ■ Eficiencia local, absurdo global: la asombrosa máquina esparcidora de polvo

Cali, julio de 2015

Si la *serendipia* refiere un hallazgo afortunado y casual cuando se está tras un objetivo distinto, ¿qué nombre darles a los desastres impensados provocados por una iniciativa sensata, inteligente y aparentemente inocua?

Si quisiera construir una enorme *expulsora*, una máquina que en vez de aspirar polvo lo esparciera, haría una gran campana. En la parte superior, donde termina el cono, abriría un hoyo por el que se proyectarían chorros de muge hacia la atmósfera. Para ello habría que disponer en la base un ventilador

eficiente para elevar la polvareda mediante un remolino gigante. No hace falta usar aspas. Basta con refrigerar el aire de abajo y el aire caliente ascenderá rápidamente desplazado y empujado por las corrientes de aire frío. El aire caliente arrastrará el polvo y, una vez arriba, saldrá expulsado a través del hoyo en la parte superior de la campana. Luego de enfriarse, volverá a caer por fuera de la campana, pero mi máquina se encargará de recapturarlo para canalizarlo y catapultarlo de nuevo. Así, una y otra y otra y otra vez.

Si no entendió nada, observe el gráfico a continuación.

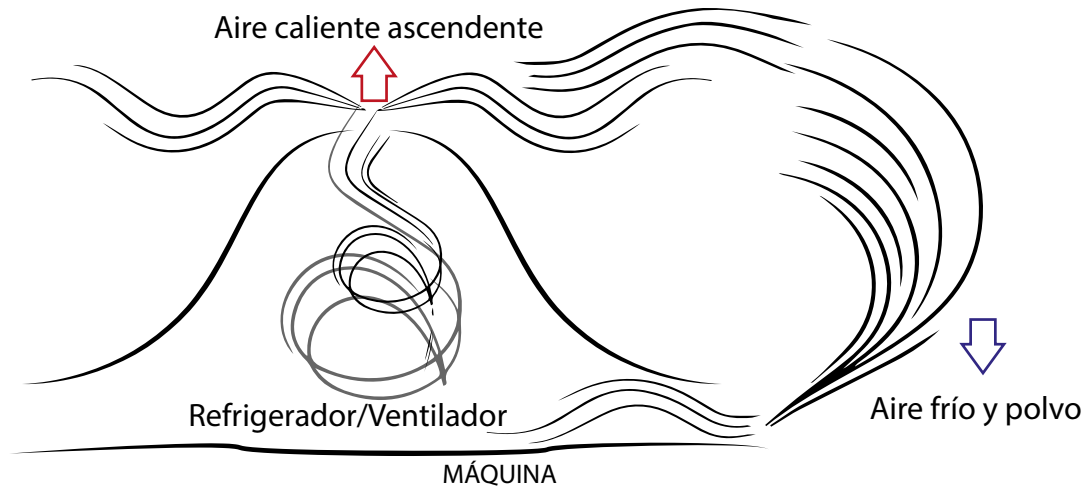


Ilustración elemental de la Máquina Esparcidora o Expulsora.  
Elaborada por Julián González.

Nadie en sano juicio haría una máquina esparcidora como la que describo. Eso es verdad. Pero no hace falta estar loco para hacer algo absurdo como eso. Basta con actuar y diseñar cosas y objetos concentrándose celosamente en el éxito local, descuidando el contexto e ignorando los fenómenos que se enhebrarán con nuestras acciones locales conforme pase el tiempo.

Esperpentos globales como máquinas que expulsan polvo, iniciativas que destruyen la vida de millones de personas, medicinas que procuran deformidades corporales, proyectos de desarrollo que crean smog hasta intoxicar a millones, o decisiones que arrasan cientos de miles de hectáreas de bosques, suelen empezar con ilusionadas invenciones locales que parecen perfectas sobre el escritorio de los planificadores. La belleza y funcionalidad local es, con frecuencia, el camino correcto hacia el desastre global.

Por ejemplo, me encontré una extraña y enorme *máquina expulsora* en un lugar idílico y reluciente: el centro

comercial Unicentro de Cali. Es paradójico que este reino del aseo obsesivo y esmerado haya instalado esta máquina absurda. La tiene trabajando sin cesar y a todo vapor desde hace algunos años. Todo debió empezar con infinidad de planos detallados, algunos tridimensionales, en que se visualizaba un costoso proyecto arquitectónico imaginado por un pool de expertos constructores al servicio de Pedro Gómez Barrero y Compañía.

A continuación, les presento la *Expulsora*:



La parte superior de la máquina expulsadora.



A la izquierda el hoyo de salida de polvo y a la derecha, la base:  
una fuente de agua, un poderoso enfriador.



Si se observan las paredes con cuidado, se notará la acumulación veloz de capas de polvo, incluso en las hojas de las plantas. La expulsora funciona a todo vapor.



La fuente, el dispositivo refrigerante, en funcionamiento.



En las paredes y las telas puede apreciarse cómo, día a día, se acumula el polvo. Y es poco probable que pueda cesar el proceso. Imagino que asear las paredes cada día sería costoso, engorroso y muy difícil. Será cuestión de pocos meses o años para que la nata de polvo se haga visible e insoportable.



Hojas con persistente acumulación de capas de polvo en Unicentro, Cali.

Cuando visite Unicentro, Cali, observe con cuidado cómo la eficaz maquinaria va desplegando su tarea, sin cesar, en las paredes blancas y en las hojas verdes de decenas de palmeras y filodendros que penden de las terrazas. Un día usaré un filtro, una tela blanca (¿una servilleta?), para probar cuánto polvo se acumula a lo largo de pocas horas.

Para cerrar, échele un vistazo al mensaje anclado a la base de la *máquina esparcidora*. Si a las buenas intenciones locales les sigue el desastre global, al desastre global le sigue una oleada de humor paradójico local:



Libre de Humo.  
Todas las fotografías por Julián González.



Mr. Surreal por Julián González

## ■ Cinco lecciones de guerra

### Adiós a las armas, bienvenidos a los brazos

Julio 31, 2015

#### A. Despertares

Cali, abril de 2015

Cuando despertó notó que tenía el brazo dormido. Y no solo dormía: el brazo, tremendo sinvergüenza, también roncaba. Y no solo roncaba, sino que soñaba. Y no solo soñaba, sino que hablaba en sueños, hacía con los dedos de la mano un conjunto de movimientos armoniosos y pausados que formaban palabras, esbozaban dibujos y representaban paisajes en el aire. Entonces decidió no despertar al brazo dormilón, y aprendió a leer lo que los dedos decían y lo que dormido soñaba. Y así

se la pasó casi todo el día, mirando los sueños de su brazo. Entonces notó que, en ese instante, su brazo estaba teniendo un sueño extraño en el que gobernaba a un estúpido hombre despierto.

Se rió a carcajadas. «¡Qué brazo tan prepotente!», dijo. Y las risotadas terminaron por despertar al brazo que, furioso, lo agarró por cuello, y apretó, apretó y apretó hasta sumir a todos —brazo, cuello y hombre— en un último y definitivo sueño...

—**¡A mucho honor, soy un insecto!**  
Relatos y reflexiones de Mister Surreal.

## B. Brazo Rey

Cali, 31 de julio de 2015.

Un hombre se niega a deshacerse de una parte de su cuerpo: su brazo muerto.

Espigado es un término extraño: sugiere una mezcla bien balanceada de estatura, flexibilidad y delgadez como en las espigas de llantén, de trigo o de sorgo. Espigado es un adjetivo que le cabe a este hombre de unos 30 años, afeitada la cabeza, delgado y largo, casi dos metros de estatura. Hace 40 flexiones sin pausa en pocos minutos, camina una hora en la banda mecánica a unos 7 kilómetros por hora. Luego, una exigente rutina de espalda y piernas. Después, trota unos veinte minutos más. En total, dos horas y media de ejercicio diario. Asiste al L\*\*\*\*\* del oeste de Cali, el gimnasio en donde hago ejercicios 3 o 4 veces por semana desde hace algunos años. A dos cuadras queda la franquicia *Body Tech*, la competencia del modesto L\*\*\*\*\*: lo último en máquinas para hacer ejercicios, y un desfile incesante de moda deportiva. Celebración de cuerpos lustrosos y jóvenes hechos por el *personal trainer*, el *bisturí* y la dieta estilizada, *Body Tech* exuda exitismo y *beautiful people* por todos lados. Algunos lucen entre 2 mil y 6 mil dolares en atuendos, accesorios y dispositivos tecnológicos (relojes inteligentes, audífonos para escuchar música, gafas). Y por supuesto, un auto de lujo.

Al L\*\*\*\*\*, en cambio, vamos más bien los perdedores: los viejitos regordetos como yo, los aficionados que aspiran a correr la media maratón de Cali, los jovencitos con ganas de sacar músculos para alardear un poco, las mujeres maduras que desean afirmar sus carnes



Cabestrillo inmovilizador.  
Tomado de saniprix.com

bellas y los sobrevivientes de accidentes cardiovasculares que se las arreglan como pueden para olvidar el último arañazo de la Muerte.

Le pregunté a E\*\*\*\*\*, un diligente empleado del L\*\*\*\*\* acerca del hombre con cabestro, cabeza afeitada y riguroso entrenamiento. E\*\*\*\*\* sabe las historias de los usuarios regulares. «He trabajado aquí más de diez años», me dijo un día en que me habló con orgullo de sus dos hijas, de su esposa y de la bonita familia a la que se debe con devoción luego de haberse metido, en la juventud «en cuanto hueco pude; porque en esos días, si una mujer me daba oportunidad, allí me metía yo».

Me cuenta en discreta voz baja que *Espigado*, siendo joven, tuvo un grave accidente de motocicleta. Hacía trial y se reventó el brazo izquierdo en una prueba. «No le quedó sirviendo para nada, pero no se le desprendió».

*Espigado* decidió conservar su brazo inútil y por eso va a todos lados con su cabestrillo. Tiene mucho dinero y con regularidad debe inyectarse el brazo para mantenerlo vivo, me explica E\*\*\*\*\*, sazónando la historia. «Un médico le

dijo hace años que era mejor cortárselo, pero él se negó». *Espigado* confía en la ciencia. Cree que algún día podrá reconectarlo artificialmente a su cerebro y volver a gobernarlo. Y a juzgar por las noticias recientes, tiene esperanzas bien fundadas. «Y como tiene plata hasta mala», aclara E\*\*\*\*\*, «puede pagar lo que sea para recuperar el brazo».

*Espigado* podría estar en *Body Tech*, pero está acá, con los *losers*. Es un *loser* multimillonario. (Hasta cuando pierden, los ricos ganan, pienso con amargura de resentido social).

Sin embargo, a mí no me interesa ese aspecto de *Espigado*: sus cuatro automóviles de lujo, sus viajes a las mejores clínicas del mundo para encontrar solución para su brazo, la historia del niño bien que se hizo añicos en una moto de trial de 6 mil euros. La lección de *Espigado* y su cabestro es mucho más poderosa que todo el dinero en su chequera y toda la promesa neurotecnológica por venir: nos enseña que su *brazo muerto e inútil* es realmente la porción de su cuerpo más viva y esencial. Su cabestrillo no es la cuna de un ente inerte, sino la encarnación de una larga y decidida

acumulación de tareas y rituales para hacer de esa porción de su cuerpo algo más que peso muerto. Es una parte esencial de su propia vida.

Es probable que, si como confía *Espigado*, en los próximos años su brazo pueda ponerse en marcha mediante alguna forma de control neuronal asistido, a los pocos días o meses experimente cierta extrañeza e incluso alguna añoranza por su brazo inmóvil de ayer, tal como hoy extraña su brazo orgánico y móvil de antier.

De alguna manera, ese brazo en su cabestro ha terminado por convertirse en su centro, su fuente de identidad, su lugar de reconocimiento. Sin él, no sería más que un hombre alto que hace ejercicio o la historia conocida del atleta de ayer que decide conservarse en forma hoy y mañana. Pero *Espigado* ha estructurado en torno a su brazo un conjunto de tareas vivificadoras (los exigentes ejercicios físicos son solo algunas de ellas) que lo enaltecen y estimulan. Lo imagino aseando su brazo en las mañanas, sacándolo con cuidado del cabestro y extendiéndolo sobre una superficie adecuada para masajearlo, estirarlo,



Moto de Trial.

Tomado de <https://bit.ly/3tfwGZx>



Ranger Rover.

Tomado de <https://bit.ly/3BCOGjl>

moverlo y limpiarlo. Quizás le hable a su brazo como otros les hablan a sus rostros reflejados en el espejo o le susurran afectos al auto o al perro.

Lo vi conducir en el estrecho parqueadero una Ranger Rover blanca y aparatosa, 2000 cc de precisión inglesa. Una máquina lustrosa de 75 mil dólares. *Espigado* la timoneó y maniobró con el brazo derecho, mientras el izquierdo, el más importante y poderoso, dormía perezoso en el cabestro.

### C. 'Los hijos', de Gay Talese (fragmento)

Antonio recorrió lentamente el pasillo y se quedó en la parte de atrás, junto a una puerta metálica que, cuando el tren comenzó a moverse, resonaba por culpa de una cadena suelta que la golpeaba desde el exterior. Cerca de él había otros tres soldados aparentemente sanos. Uno era de aviación; los otros, de artillería. Después de saludarse brevemente, permanecieron en un silencio incómodo durante varios minutos, mientras el tren salía de la estación y la luz del sol entraba en el vagón, con lo que resultaron aún más evidentes las heridas sufridas por muchos de los pasajeros. La mitad de las piernas que asomaban al pasillo estaban escayoladas o eran ortopédicas, de metal y sujetas con correas de cuero. Al menos un tercio de los soldados sentados llevan en cabestrillo un brazo herido o parcialmente amputado. De vez en cuando se oían los gemidos de los

soldados doloridos, y Antonio recordó su época en el hospital [...].

Antonio se aposentó junto a un escuálido joven de dieciocho años que había perdido la pierna derecha por debajo de la rodilla durante la gran batalla anterior a Caporetto, la de la meseta de Bainsizza, cuando el general Cadorna aún estaba al mando. El joven soldado, que regresaba a su pueblo, situado justo al norte Nápoles, dijo que la mitad de los miembros de su unidad murieron a causa de la artillería austríaca, y que él sobrevivió probablemente porque el caballo extraviado de un oficial de caballería muerto le cayó encima durante una explosión, aplastándole la pierna derecha, pero protegiéndole el resto del cuerpo del impacto destructor del obús<sup>1</sup>.

### D. Corolario

En inglés, 'arm' significa tanto arma como brazo. Entonces 'brazo armado' sería algo así como un arma doble o un brazo duplicado. Y la guerra es, si se tiene en cuenta las cifras de mutilaciones, un auténtico «adiós a los brazos» o un «adiós a las armas» (*remember Hemingway*).

Pero una guerra no solo mutila cuerpos. Sobre todo, tritura el tiempo, lo contrae, lo detiene.

«¿Qué es vivir en paz?», me preguntó una niña de apenas 6 años. Pensando en ella, confeccioné esta respuesta. Es poder construir una ficción inútil sobre un brazo rebelde, un relato exaltado sobre un hombre que se niega a abandonar su

<sup>1</sup> Págs. 412-413, *Los hijos*, Gay Talese, 1992, fragmento referido a lisiados italianos que regresan a sus pueblos en 1917, tras combates contra las tropas austriacas.



brazo, y un libro magnífico sobre tu propia familia (la Talese) que incluye, entre otros, a Antonio, un brillante sastre joven nacido en Maida, que hace un siglo debió ir a la guerra (la I Guerra Mundial).

La paz es un mundo en el que muchas personas pueden construir relatos a, b y c, y muchas otras pueden leerlos experimentando cierto placer estético y cierto goce, a veces profundo y en ocasiones leve y superficial. En la guerra, vives a, b y c realmente, como un desgarramiento continuo, sin alternativas y sin poesía alguna. En paz, lees o escribes a, b y c, mientras imaginas toda clase de mundos (posibles e imposibles) para poder salvarte del aburrimiento y el hastío. La paz no es la felicidad, es la posibilidad de imaginártela y de recrear futuros bastante más largos y lejanos que lo que te depara el presente corto y estrecho. La guerra, en cambio, no es más que un continuo «aquí y ahora», aplastante y breve, sin futuro ni más allá. Hoy hay pan, mañana quién sabe. Hoy estás vivo, mañana quién sabe. Hoy respiras completo, mañana quizás no.

No es cierto que la paz sea la ausencia de muertos.

No hacemos la paz para evitar que haya muertos. Ese no es el razonamiento correcto. Si ese fuera el corazón del asunto, entonces no tiene sentido parar la guerra pues sabemos que, a la postre, todos vamos a morir de una u otra manera. Entonces se para la guerra no para evitar que haya más muertos. Eso es irrelevante, y lo saben los guerreros de todos los bandos y layas. Lo clave es pensar qué nos hacen los muertos a los vivos. O, mejor, qué les hacen a los vivos las diferentes formas de morir de los muertos. Esa es la clave: el impacto de la

muerte violenta y bélica sobre la vida de los vivos. Ese impacto es tan profundo y estremecedor como el de un terremoto sobre la vida de los vivos. Nos retrotrae a la forma de la impotencia trágica y a la resignación, a la vida primigenia y animal, al *zoe* (de que habla G. Agamben citando la distinción que en Grecia antigua se hacía entre *bios* y *zoe*). Y en ello reside la eficacia política de la muerte violenta: erosiona el poder de una visión crítica e insatisfecha del porvenir, nos regresa a la vida desnuda o *zoe*, a lo básico. Por eso tanto la guerra abierta como el crimen común —que lisia o mata— erosionan tan profundamente la vida de los vivos, convierten a cada persona viva en asustado sobreviviente y nos sumergen en una vida mínima, trivial, medrosa y timorata.

La paz es, por el contrario, esa forma del tiempo en que decidimos la manera en que nos morimos y el modo en que vivimos. En la guerra, en cambio, no tomamos decisiones de vida, hacemos movimientos tácticos de supervivencia, y corremos tras agujeros y entre escondrijos cuando no tenemos armas; o salimos a destrozar y a matar, cuando las tenemos. En la guerra solo hay dos tipos de seres humanos: los temerosos y los temerarios. En paz, la diversidad de tipos humanos se multiplica.

En la paz, hay posibilidades de imaginar y, en consecuencia, de hacer crítica y soñar rupturas con el mundo vivido; en la guerra, solo nos queda soñar que un caballo muerto nos cae encima para salvarnos de un obús, aunque nos cueste una pierna, un brazo, los ojos, un miembro, un trozo del cuerpo.

Quienes en Colombia afirman que de prosperar las negociaciones entre las

Farc y el gobierno no empezará la paz tienen en parte razón, pero no toda la razón. Parar una guerra, cualquiera que sea, es comenzar a tejer un porvenir más ancho para millones de personas, empezando por aquellos que padecen la guerra directa en los campos. Pero en efecto, hay otras guerras que terminar y probablemente esta no sea la más insidiosa y difícil. Necesitamos detener la guerra de los empleos precarios e inestables de las burocracias públicas, atados a los vaivenes electorales de cada dos años; y la de los empleos precarios en las empresas privadas, retorcidamente ligados a una mezcla de acciones caprichosas de los administradores y las fluctuaciones de los mercados. También la del crimen urbano común, que hermana a las organizaciones criminales con quienes están llamados a protegernos (policías y jueces), con frecuencia cómplices los segundos de los primeros. ¿Y qué decir de la guerra de los negocios de la salud, que arrastra a millones hacia una red kafkiana de decisiones como la que condenan a una mujer con cáncer gástrico a tomar dosis variables de famotidina, ranitidina u omeprazol? Y la de la voraz maquinaria de impuestos que los más pobres suelen pagar puntualmente, mientras los sectores más ricos eluden, evaden o reducen astutamente.

En efecto, estas son otras guerras que mutilan, cortan brazos y piernas, reducen el margen de la vida que puede uno soñar, imaginar y caminar, más allá de los límites que traza la supervivencia instintiva. Pero estratégicamente es importante hoy parar una de esas guerras para comenzar a luchar contra las otras.

Ciertos sectores de derecha en nuestro país saben que al cesar la guerra

contra las Farc van a crecer las demandas sociales orientadas a acabar con las otras guerras, porque las guerras contra las drogas y las guerras contra las guerrillas han sido usadas sistemáticamente para contener las legítimas demandas de las personas en favor de una vida decente. Esas demandas han sido llamadas, en Colombia, eufemísticamente «protesta social». Y, como sabemos, toda «protesta social» ha sido convenientemente reducida y considerada «infiltración guerrillera».

Ojalá en la próxima década, la del 20, estemos peleando en este país por cesar las otras guerras, por terminar la mutilación de brazos y piernas, ensanchar la escala de nuestros sueños y acabar con las armas para multiplicar los brazos: *farewell to arms and the arms welcome*.

### **E. Cierre**

Cali, abril de 2015.

... Pero el último y definitivo sueño no era, como pudo pensarse, la muerte. Mientras se hundía en el ahocamiento, su brazo asesino se quedó sin fuerzas y cesó de apretar, apretar y apretar, y en el último instante, cuando la sangre en su cabeza ya no fluía, la mano cedió y pudo respirar. Cuando recuperó la respiración plena y la conciencia, y supo que había sobrevivido al ímpetu suicida, entendió de qué se trataba todo esto. Comenzó a darle tareas al brazo izquierdo, el dormido, el cesante, el terrible. Era diestro, y desde entonces decidió escribir con la siniestra. Al estrechar la mano de otra persona, se habituó a hacerlo con la izquierda. Y en el brazo izquierdo se apoyaba cuando dormía y con

la mano izquierda peinaba y acariaba. Pero no descuidó su brazo derecho. Al notar que empezaba a ponerse celoso, le entregó pinceles y tijeras a la mano derecha. Y jugando fútbol golpeaba con el codo derecho para protegerse al cabecear, y celebraba los goles levantando una y otra vez el hombro derecho. Y se hizo, con los años, eficiente ambidiestro. Con la izquierda escribía y con la derecha ilustraba.

Y por primera vez en su vida se sintió confuso y ambiguo, pero completo; indeciso y oscilante,

pero pleno; rico en alternativas y diverso, aunque menos seguro. Más sereno y más abierto, más rico en recursos y armas. En pocas palabras, con más manos y más brazos para actuar.

«Porque la ambición de los seres humanos es alcanzar nuestra estatura y nuestra inteligencia diversa, pues todos los insectos, sin excepción, somos multi-diestros», susurra Mr. Surreal.

**¡A mucho honor, soy un insecto!** Relatos y reflexiones de Mister Surreal.





Huella Digital, tomado de <https://bit.ly/2WKOEf6>

## ■ Punto de vista / punto de vida

### Trastorna tu experiencia: búscate un alias y entra

Cali, septiembre de 2015

#### Escena 1

Una mujer de unos 60 años, lectora formidable, conversadora sin tregua, vive en una de las barriadas populares de Cali: Terrón Colorado. Hace dos años era devota católica, de misa cada fin de semana y solidaria de las causas e iniciativas de la iglesia. Hacía en diciembre varias colectas para ofrecerle a los niños del barrio obsequios generosos durante la novena. Su religiosidad tenía algunos matices: adoraba a Juan Pablo II, pero nunca se tragó a Joseph Aloisius Ratzinger, el impronunciable Benedicto XVI.

Hoy ya no es devota católica. «Hijos de putas» es un adjetivo con el que no

duda en calificar a los curas; «hijueputa» es la iglesia; «malparidos» son los pastores de las iglesias cristianas; la religión es un engaño para «pendejos» dice, y no siente ningún afecto por el telegenético y, en principio, decente Francisco, una versión recargada de Juan XXIII, el «papa bueno». De hecho, ha empezado a hablar de Dios en términos completamente carnales: ya no es una entidad plenipotente y justa, y más bien le resulta una figura venal, caprichosa y antojadiza que hace con las personas lo que se le viene en gana. «Estoy *peñada* con él», me cuenta.

¿Cómo ha ocurrido esta suerte de secularización express de esta mujer? ¿Cómo ha sucedido que M.E.B.E. —iniciales de sus nombres y apellidos—, una mujer profundamente religiosa, se ha transformado en *descreída*?

### Escena 2

Tres jóvenes estudiantes universitarios me han confesado hace dos días, conmovidos, que su participación en un proyecto de intervención social con niños y adolescentes en el que oficiaban como docentes los ha afectado significativamente. «No nos imaginábamos lo difícil que es hacer clases, ser profesor y concentrar la atención de decenas de estudiantes durante un par de horas». Por un instante tuvieron una comprensión súbita de la compleja labor docente y se apiadaron de mí.

### Escena 3

Escribe la madre de un bebé recién nacido lo siguiente:

Sí, estoy cansada. Agotada porque no he parado desde que Adrián nació. La maternidad ha consumido mis energías, mi vida. Ya no soy ni la sombra de lo que era. Apenas me peino, ya ni tacones uso, le dije adiós al maquillaje, me visto con lo primero que encuentro y hasta tengo una lucha con mi pancita posparto. Ya, me liberé. Lo dije. ¡ESTOY CANSADA! (Lezeidarís, 26 de junio de 2014, sitio web).

### Cambiar de punto de vista de los solos

Contra la pretensión ilustrada de obrar conversiones y transformaciones profundas espantando las sombras de la ignorancia con la luz de la razón y la palabra



Picasso pintando con luz.  
Gjon Mili. *Revista Life*, 1949.  
Tomado de <https://bit.ly/3BDuQol>

verdadera, parece claro que las transformaciones significativas ocurren en virtud de una suerte de *puesta en situación* que reorganiza dramáticamente nuestro punto de vista. O mejor, nuestros puntos de vista cambian cuando cambia el mundo que los genera, no a la inversa. Nuestros puntos de vista no son un menú de lentes que modificar a gusto o según las circunstancias; son nuestros *mundos de vida* hechos *modos de ver*. Al cambiar nuestros mundos de vida, cambian las maneras de mirar y concebir la vida, no al revés. Y nuestros mundos de vida están fundamentalmente tejidos de relaciones sociales y trayectos junto a otros.

Una niña abre la puerta del salón de clases. Ha llegado a una escuela nueva pues se ha trasteado toda su familia a un barrio al sur de la ciudad. La disposición del tablero, la luz, los olores, los rostros de los niños que la miran entrar, todo allí es raro para ella. Apenas puede respirar de camino a su silla. La niña a su lado, en el pupitre, le hace un guiño, y no está

segura de si se trata de una sonrisa, una mueca vulgar o un insulto. Ha entrado a un mundo nuevo y todo su cuerpo se estremece.

### **Los otros nos cambian tocándonos y hablándonos**

En ello reside el éxito y eficacia de las conversiones religiosas acometidas por la cristianización neoconservadora: los cristianos amasan, estrujan, bailan, agitan el cuerpo de sus feligresías mediante una eficaz y situada terapia de estremecimientos, batimientos, masajes y cantos que cambia el mundo corporal del desencantado y descuadrado ciudadano solitario. El desesperado es acogido en una suerte de orgía y euforia colectiva, vaivén de los juntos, meneo de los muchos que celebran. La soledad de los solos y anonadados desaparece por un momento, y las personas salen del servicio religioso con la sensación de marchar de la mano de Dios. Invencibles. La sensación permanece unas horas o algunos pocos días y, pasado el tiempo, hay que volver a recargarse entregándose una vez más a los brazos del pastor y a las certezas colectivas de los fieles que se masajean y estrujan unos a otros. Pero lo mismo pasa con el esforzado atleta de los gimnasios, el fiel del parche esquinero o el infaltable rumbero de fin de semana. Tocándonos y hablándonos nos moldeamos mutuamente. No es indispensable ninguna ruta mística o religiosa para hacerlo. Nos cambiamos *arrejuntándonos*.

### **También cambiamos cuando el mundo conocido se derrumba**

M.E.B.E cambió su comprensión de la religión y la iglesia cuando su hija —una

joven devota también, madre de un niño camino a la adolescencia— murió devorada por un cáncer que le hizo metástasis en el estómago, la médula espinal y el cerebro en 2013. El diagnóstico fatal llegó a finales de 2010, de boca de un médico oncólogo de la Clínica Valle del Lili que sentenció: «señora, no le quedan más que tres meses de vida». La hija de M.E.B.E. y su extensa familia aunaron esfuerzos para pagar un conjunto de terapias alternativas con un médico decente y sobrevivió dos años que le permitieron ver crecer un poco más a su hijo. En esos días M.E.B.E le hizo una promesa a Dios a cambio de su hija (la segunda que pierde esta mujer de 54 años). No sé el alcance de la promesa, pues me cuenta del asunto con los ojos aguados y no me atrevo a preguntarle más, pero supongo que era un acuerdo serio y solemne, quizás un «Dios, te doy mi vida a cambio de la de mi hija». Pero el canallita no se conmovió, y la hija de M.E.B.E murió. Devastada, no encaró la pérdida hundiéndose en la sumisa resignación del fiel, sino renunciando de una buena vez a toda devoción y fe. Así cambió el mundo de M.E.B.E y, con ello, su manera de mirarlo. Dios terminó en una papeletera y con el correr de los días ha ido dándole *delete* a su inveterada fe: Dios, ... ios, ... os, ... s, ...

### **Cambia el sistema de vida y con él la manera de ver**

Por supuesto, esos cambios no siempre duran y rara vez son súbitos y dramáticos como el de M.E.B.E. De hecho, continuamente nuestro mundo de vida se modifica; pero solo en algunos casos ocurre ese tipo de reorganizaciones que trastornan sincrónica, simultánea y

súbitamente la vida de cientos, miles o millones de personas. Una guerra cambia el mundo de millones de seres humanos, y una arrasadora crisis económica o política también. Para los griegos de hoy la Unión Europea no es el mismo sistema en el que viven y creen los confortables alemanes o austriacos. La Colombia de una joven profesional de clase media que habita un bello *loft* en Bellavista (Cali) no es la misma de un joven que vende perros calientes de cuatro de la tarde a una de la madrugada junto a la discoteca donde el fin de semana se divierte la profesional del *loft*.

### **Nada cambia más a una persona que el “juntos”**

La política, los medios de comunicación y la educación ilustrada convencionales creen que pueden cambiar los modos de ver sin alterar los modos de vivir. Eso también creían las vanguardias revolucionarias ilustradas. Recién ahora empezamos a entender que lo que transforma no es la palabra, sino el juntarse alrededor de ella o alrededor de la comida o en torno a un juego. La palabra de los profetas no cambia nada. Juntarse alrededor de ella, sí. Lo que más recuerdan con intensidad los viejos militantes políticos es menos el contenido de los discursos que el clima emocional, las anécdotas y los rituales que los aglutinaban y congregaban. Y muchos relatos sobre la vieja televisión o la radio de ayer son menos una relación de contenidos que una rememoración de las maneras de estar juntos. Los recuerdos de las navidades pasadas o los relatos en torno al álbum familiar suelen ser una relación nostálgica de modos de estar juntos.

Y nada cambia a una persona como una multitud de personas, ya se trate de los muchos coreando en un concierto musical, la feligresía que grita y canta, o los cientos que cliquean *I like* en la frase del tuitero o el bloguero. Nada cambia a una persona como el reconocimiento de su propia humanidad hecho por otro ser humano.

Facebook, a su manera, cataliza millones de situaciones y acciones que estremecen, aquí y allá, los pequeños cimios del vivir cotidiano de muchos mediante los signos y señales de estar juntos. A veces arrojándolos al pequeño infierno del matoneo virtual y otras a la fantástica experiencia orgiástica de los besos y abrazos que abrigan. Si las personas revisan 200 veces su página en Facebook no es más que para confirmar que no atraviesan solos la vida.

Por eso es tan importante examinar y entender cómo las personas nos las arreglamos hoy para trabar vínculos comunes. Necesitamos comprender lo que hacemos todos los días para vivir juntos. Esos cambios en la manera de juntarse explican las transformaciones en las maneras de vivir y en los modos de ver.

Aquí y allá pueden observarse esos cambios súbitos o suaves, muchas veces locales y en algunos casos más extendidos, que mañana reconoceremos como una amplia y profunda revolución en el mundo de vida de las personas. Dado que nuestros modos de ver tienen la marca de los mundos conocidos y vividos, nos cuesta identificar y reconocer los mundos que están emergiendo, la geografía y los mapas de esos otros mundos por venir, aquellos que están



cuajando más allá del horizonte de nuestros hábitos. Esa es una paradoja clave y Pierre Bourdieu, el sociólogo francés, supo identificarla con lucidez.

Para poder ver lo que emerge, necesitamos desnaturalizar el mundo que vemos y vivimos como hábito, como vestidura e investidura. Y eso debe hacerse continuamente si uno quiere sorprenderse y asombrarse. Y es difícil, arduo. ¿Qué tipo de modos de juntarse están emergiendo en una red pornográfica como Cam4 o en las formas wiki de construcción y distribución compartida de saberes, datos y conocimiento?

Para quienes diseñamos y hacemos educación escolarizada también es un desafío, porque —en principio— los cambios de mundo no pueden ser prescritos y generados *diciendo* y *declarando prédicas*, sino creando situaciones que estremezcan las maneras habituales de vivir. El mundo en que la palabra dicha y autorizada cambiaba la vida de los otros, ya no existe. Lo que está emergiendo es un mundo en que nos

modificamos mutuamente mediante el riesgoso ejercicio de exponer(nos) a los otros. Los juegos *online* y multijugadores, las plataformas de redes sociales, las obras compartidas y colaborativas, las formas wiki de gestión de saberes y, sobre todo, la abundancia de recursos en donde vivir, usar y experimentar los mundos de los otros, ya son el tipo de entorno que dominará en los próximos años. En ese tipo de mundo, la figura del padre, el profesor, el gurú, el guía espiritual, el experto, el sabio, el líder mesiánico, no tienen sentido ni lugar, o solo puede operar elevando las cuotas de intimidación, control, terror y aislamiento de los que escuchan.

Por supuesto, las redes sociales virtuales no son —no hay que ser ingenuos— entornos de autonomía y libre actuación y desempeño, pero pueden llegar a serlo. Pueden llegar (están siendo) nichos en los que muchos producen —muchos escriben, muchos filman, muchos juegan, muchos hablan, muchos intercambian obras propias y ajenas—



Búscate un alias y entra al juego de los estremecimientos y temblores  
 Tomado de <https://www.acercadeinter.net/facebook/>

y muchos se conmueven y estremecen mutuamente. Unos se confrontan con otros y confortan a otros. Y todos estos entornos tienen en común un rasgo: para entrar en ellos hay que poner una cuota, grande o pequeña, del mundo personal, propio, privado y solitario. Y exponerse.

Y la primera cuota, el primer gesto, la primera maniobra de estremecimiento pasa por buscarse un nombre, rebautizarse uno. Hacerse a un *nickname*. Un alias. Y entrar allí donde otros seres humanos se reúnen para exponerse y transformarse mutuamente. Este rito

de paso, este ponerse un alias, es tan significativo y profundo que podría escribirse una hermosa obra recreando los motivos que explican ese *nuevo nombre*, ese singular autobautismo. Es bueno recordar que los alias, en el pasado, estaban reservados para el luchador clandestino, el delincuente de los bajos fondos y el artista, es decir, tres figuras que amenazaban —de alguna manera— el orden existente. Hoy todos tenemos un *alias*. Y cada alias es un pequeño estremecimiento de nuestras certidumbres, de lo que creemos ser y del mundo que creemos habitar.



## ■ Asesinatos invisibles

### **Matar sin disparar y asesinar sin sentirse culpable: los crímenes innombrables**

Cali, septiembre de 2015

Si una persona toma un arma de fuego, le dispara a otra y la mata es un homicida. No importa si lo hizo en defensa propia, en un combate o como resultado de un intercambio de fuego entre dos o más organizaciones delictivas. En todos los casos estamos ante un homicidio. Cuando se mata a alguien por lucro y beneficio particular, cuando se ejecuta a otro por un pago, el homicida muta en sicario. Hay cazarrecompensas y mercenarios que hacen del asesinato un oficio.

Ahora imaginemos la siguiente situación. Un grupo de personas descubre que algunas piezas menores en el motor

de un avión son muy valiosas y deciden desvalijarlas y venderlas a buen precio en el mercado negro. Estamos ante un robo. ¿Pero qué pasa si al día siguiente el avión se viene abajo en pleno vuelo y 230 personas, entre pasajeros y tripulantes, se matan? ¿Los ladrones deben ser condenados por asesinato?

Les conté esta historia a dos mujeres y dos hombres adultos, cada uno con estilos de vida muy distintos. En las elecciones suelen tomar decisiones bien diferentes entre sí: una de ellas vota siempre por partidos de izquierda; dos suelen hacerlo por partidos tradicionales y establecidos (liberal o conservador); y

una cuarta persona prefiere abstenerse. Dos creen que el aborto es un derecho inalienable de la mujer, una de ellas tiene serias reservas al respecto y otro prefiere no pronunciarse. Una de las personas es mística, convencida de la geometría sagrada y los ángeles, otra es profundamente religiosa, otra es una atea firme y decidida, y la última vive inmersa en una mezcla bien balanceada de misticismo espiritual y catolicismo moderado. Pero cuando les pregunté qué decisión tomarían en el caso del avión si fueran jueces, ninguno dudo en el veredicto: los ladrones deben ser condenados por asesinato. Premeditada o no, el efecto directo de su acción (un robo) fue la muerte de 230 personas.

### **Vuelo HUV**

El Hospital Universitario del Valle, HUV, en Cali (Colombia), vertebró la red hospitalaria pública del suroccidente colombiano. Está en crisis gracias a una combinación fatal de presupuestos gubernamentales deficitarios, regulaciones legales que le facilitan a las Empresas Prestadoras de Salud (EPS) retrasar y enmarañar los pagos por los servicios que el hospital realiza, desmadre administrativo, mafias y ladrones de cuello blanco que han conseguido capturar algunas porciones de recursos públicos del HUV, y camarillas políticas que lo desangran para financiar cada nueva elección. Los nombres de quienes se hacen con las piezas del avión HUV irán desgranándose poco a poco. Y conforme se conozcan no deberíamos olvidarlos. Algunos se han prestado para intermediar. Otros para saquear de manera directa. Y otros más para ocultar el robo. Pero ninguno es inocente.

Bueno. Sí hay muchos inocentes. Todos aquellos a los que el vuelo HUV irá arrastrando y destripando en su caída. Claro, si el derrumbe no se detiene.

### **Pasajeros del Vuelo HUV**

#### ***Pasajero 1.***

***Desangre: ¡de sangre!***

Cali, septiembre de 2015.

Joan Sebastián Yatacué Palco tiene 9 años y viajó esta mañana con su madre, Rosmira Palco Méndez. Les tomó dos horas llegar a Cali desde El Pedregal, un pequeño corregimiento de Florida. La médula ósea del niño no produce suficientes eritrocitos (glóbulos rojos), leucocitos ni plaquetas. Padece aplasia medular. Solo en el 20 % de los casos se puede determinar el origen de la enfermedad (infecciones virales, exposición a pesticidas, radiaciones o consumo de fármacos inadecuados). Los casos restantes son un enigma. Entre una y ocho personas por cada millón la padecen en el mundo, es decir, en Colombia no más de 400 personas la sufren. El pequeño Joan Sebastian es una de ellas. Su producción de plaquetas está sensiblemente afectada, lo que supone un riesgo severo de muerte por hemorragia. Necesita transfusiones regulares y su madre no puede pagarlas como usuario particular. Rosmira está registrada en el Programa Más Familias en Acción, de Florida, y en el SISBEN, un sistema de asignación de subsidios y ayudas estatales para las personas más humildes. La salud de su hijo depende por completo del HUV. En mayo de 2007 se registró para votar en El Pedregal, y es probable que desde entonces deba hacerlo regularmente por algún candidato específico para asegurarse un cupo en el SISBEN.

El candidato, si vence, pagará el triunfo con cargo a las finanzas del municipio medrando, entre otras, del presupuesto destinado a Salud. De hecho, en 2014 los empleados del Hospital Benjamín Barney Gasca bloquearon el acceso luego de denunciar ante el alcalde de Florida, Tulio González, varios casos de corrupción. «Si no nos declaramos en asamblea permanente, la gerente y sus aliados quiebran este hospital en menos de seis meses», dijo entonces al periódico *El País*, David Castro, el vicepresidente del Sindicato Nacional de la Salud y la Seguridad Social, Seccional Valle del Cauca. Olga Mariño Ortiz, la gerente del hospital, renunciaría 6 meses después de las protestas, en agosto de 2014.

Rehén de la política local, Rosmira Palco termina ayudando a erosionar los cimientos del hospital en el que su hijo podría ser atendido. El flamante hospital de Florida termina remitiendo a Joan Sebastián Yatacué Palco a Cali, al HUV. Pero al llegar allí esa mañana de septiembre, se encuentran con un panorama sombrío: no hay manera de trasfundir a Sebastián. El vuelo HUV se bambolea, se tambalea frágil y devastado por la crisis.

Entonces alguien roba una pequeña pieza en la avioneta de Florida. Alguien roba el motor completo del Airbus de Cali. Y cientos caen, caen y caen en Cali y Florida. Ninguno de los responsables ha disparado un solo tiro, pero todos hieren y matan con eficacia sicarial.

#### **Pasajero 2.**

**010610. PIP. JCM. G.A. HUV**

Cali, septiembre de 2015.

Tal como lo hace a través de las marcas y los slogans, la lengua de los

tecnócratas prestidigita usando cifras y siglas. Pero HUV no es una sigla, no es un edificio grande y viejo, no es un presupuesto mil millonario. Son millones de relaciones entre personas, centenas de máquinas que dosifican drogas y monitorean signos vitales, toneladas de papel con historias clínicas, y miles de conversaciones que derivan en decisiones y sentencias de vida o muerte cada día. Y últimamente, el HUV es una red de movilizaciones sociales y esfuerzos colectivos orientados a evitar primero su clausura, y, después, el continuo saqueo, el déficit y el desangre. El HUV encarna las ilusiones e indignación de muchos jóvenes de la ciudad, vinculados a la Universidad del Valle, que advierten allí una oportunidad de oro para defender y reinventar la gestión de lo público en un país y una ciudad en que lo público no es más que una lucrativa oportunidad para el robo. *No man's land, someone's loot*. Tierra de nadie, botín de alguien.

PIP no es la sigla de Proveedor Integral de Precios ni Político Inocente en Prisión, aunque podría serlo. En 1991, en La Seyne-sur-Mer, Francia, Jean-Claude Mas (JCM) fundó Poly Implant Prothese (PIP). Es probable que Jean-Claude Mas jamás se hubiera hecho a PIP si su socio, el cirujano plástico e ingeniero químico Henri Arion, no se hubiera destortillado en un avión. Arion fundó en 1960 el European Breast Implants y luego se la vendió a Mas hacia los años 1980. Para ajustarse a las regulaciones de la FDA (U S Food and Drug Administration), Mas modificó desde 2001 los requerimientos y estándares de la silicona empleada en los implantes: cambió el aceite de silicona de grado médico

(Medical-Grade-Silicone oil) por aceite de silicona industrial, lo que le permitió reducir costos de producción y conservar los márgenes de ganancia. Hacia 2009 comenzaron a registrarse en Europa reportes de deficiencias y rupturas en los implantes mamarios de la PIP. Desde entonces Mas enfrenta cientos de procesos penales, varias demandas civiles millonarias y una dramática caída de las ventas de implantes que condujo a la disolución de la empresa en 2011. Pero, aunque parezca increíble, la famosa circular roja en que se aprecian los números 010610, emitida por Interpol, y en la que se ve a un envejecido Jean-Claude Mas no refiere al caso PIP sino a «un presunto delito de conducción en estado de ebriedad cometido en Costa Rica en junio de 2010» (<http://www.interpol.int/es/Centro-de-prensa/Noticias/2011/PR105/>).

Gladys Arcila (G.A) sabe de Jean-Claude Mas, pero sobre todo conoce en detalle el drama de decenas de mujeres

que esperan un nuevo implante de reemplazo de los PIP en Cali. Desde junio de 2015 el HUV ha suspendido este procedimiento por falta de insumos, dice Gladys Arcila, directora de la fundación H2o. Cerca de 14 mil mujeres tenían en Colombia, según reportes de 2011, implantes PIP. Una cuarta parte de esos implantes consideraba riesgos. Y, pasados cuatro años, en Cali la lista Arcila no termina de cerrarse.

Y como vendrán más y más pasajeros, nos urge conocer ahora los nombres de los asesinos para que, si cae el HUV, se hundan con él muchos de ellos.

(Sí, lo sé: soy bastante ingenuo. En Colombia los matones de cuello blanco suelen caerse para arriba, toman vuelos seguros, y cuando se enferman seriamente viajan hasta Rochester, USA, y se chequean en la Clínica Mayo o el John Hopkins Hospital; o van a la Clínica Marly o el Hospital Fundación Santa F en Bogotá. Ellos abusan y jamás usan el HUV o el Mario Correa Rengifo).



Jean-Claude Mas en PIP.  
Tomado de picture-alliance/DPA 2013.



Jean-Claude Mas, Circular Roja de Interpol por un caso de conducción de vehículo en estado de embriaguez, en Costa Rica (2010).

Fuente: INTERPOL.



Clínica Mayo.  
Tomado de <https://mayocl.in/2WPYAQa>



Hospital Benjamin Barney Gasca.  
(Fotografía sin autor ni fecha referidos).







Miau

*Para nuestro gato, Dante, que nos mira desde el futuro.  
Ojalá dentro de medio millón de años, su especie sea  
benigna con lo que quede de la nuestra.*

Cali, enero de 2016

### **Dante va a la cama**

Ha dejado sobre nuestra cama los restos de la lagartija con la que jugueteó varios minutos antes de arrancarle la cabeza y la cola. Esa cosa gelatinosa, oscura y amorfa entre los pliegues de nuestra sábana son las sobras de su festín juguetón. Dante es nuestro pequeño felino, un Hannibal Lecter de apenas seis meses de nacido y menos de dos kilogramos de peso. Esta ternurita sedosa despliega una crueldad sofisticada, inteligente y sinuosa que crece con los días. Empezó hace tres meses golpeando pelotitas y trocitos de plástico hasta hacerlos saltar o deslizarse bajo la cama, la nevera o el

baúl de madera en la sala, de donde los sacaba de nuevo curvando sus patas delanteras y alargando las uñas cuando era necesario. Luego se aventuró con insectos de corto vuelo: aterrorizadas cucarachas oscuras, grillos que caían abatidos antes de entender su propio desconcierto, y cucarrones pardos, sobrevivientes recientes de murciélagos que los atrapan al vuelo entre los ramales de los árboles de mangos y los carboneros. Después vinieron las mariposas. Un monarca transcontinental terminó en nuestra cama. Y una *gabita*, de las de *Mauricio Babilonia*, acabó sus días de libertad amarillando la lengua áspera de Dante. Y ahora caen

las lagartijas, que siendo tan hábiles en sus tretas de agazapamiento, escape y camuflaje, mueren vencidas por un gato que sabe esperar. Ya llegarán los pájaros y las serpientes pequeñas.

### Engatusados

Hay 230 millones de gatos en el mundo, y un millón y medio está en Colombia. Afortunadamente, muchos permanecen encerrados en casas y apartamentos. Allí el instinto predador solo les alcanza para triturar ovillos de lana y juguetitos diseñados por una prospera industria felina que nutre y *apereza* a estos Garfield burgueses. Es una suerte. La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza los considera una de las 100 especies más dañinas e invasivas de la Tierra. (Extrañamente, la lista no la encabeza el *Homo sapiens sapiens*, especie invasiva y dañina si la hay). Un gato mata al día entre 3 y 20 animales. Y en Colombia se zampan cada año 86 mil toneladas de alimentos procesados por la misma industria que fabrica la harina de nuestras arepas y tritura la soya de nuestros aceites. En 2014, los colombianos se gastaron 7 mil millones de pesos en pañitos para asearlos, en arena especial para que caguen y en juguetitos para el desarrollo cognitivo y afectivo de mininos (no se incluyen medicamentos, servicios de aseo y peluquería, hotelería y guardería, cuidados veterinarios, cirugías ni aplicaciones informáticas para entretenimiento felino).

*Felis silvestris catus* es el nombre científico de la especie, pero sin duda *Felis urban catus* le calzaría mejor. Están casi completamente adaptados a las ciudades, y la poderosa Whiskas ha decidido

terminar la tarea. Whiskas es filial de Mars Incorporated, una de las 10 compañías privadas más grandes de Estados Unidos, fabricante de los famosos M & M, las barras Mars y los Snickers. Afirmo que «gatos y gatitos que se alimentan meramente de carne tendrán signos de carencia y como resultado problemas de crecimiento». Y sentencia: «Con una alimentación que usted mismo prepara será difícil proponerle a su gato todos los nutrientes vitales y en la relación correcta». Por supuesto, Whiskas ofrece el balance nutricional correcto para todas las razas de gatos, de todos los tamaños y de todas las edades: desde gatitos bebés hasta envejecidos gatos cojos, desde gatos estresados hasta gatas parturientas, desde gatos de pelambre espeso hasta mininos de pellejo lampiño como piel de cerdo. Para Whiskas el gato común es inviable sin su bien pensada e industriosa artillería nutricional. Es decir, nuestro Dante —el producto de la deriva filogenética de un tipo de gatos salvajes que empezó a cuajar hace unos 130 mil años y que se hizo doméstico hace casi 10 mil años— sería un espécimen desnutrido, triste y azul, como la canción de Roberto Carlos, si Whiskas no hubiera llegado a rescatarlo ofreciéndole su maná redentor. Pero es obvio, señores de Whiskas, que los gatos se las han arreglado bastante bien sin ustedes a lo largo de cientos de miles de años. En cambio, me temo que ustedes no podrían sobrevivir ni un año si un día, gatos y dueños, decidieran que el balance nutricional de sus granos no es sustancialmente distinto al de una buena merienda de carne cruda o de pescado a medio hervir.

## El salto del gato

Para enmascarar lo evidente, alguien se inventó aquello de que los gatos nos obsequian a sus amos algunas piezas de caza. Hay que ser un poco ingenuo para creerse ese cuento sobre una especie que todos los días da muestra de que las personas no somos más que una extensión funcional y pródiga de sus dominios. Entonces miro a los ojos verdosos de Dante que me devuelve una mirada hipnótica, sin parpadeos, y entreveo allí el futuro. Digamos, un mañana dentro de unos 500 mil años. En un mundo gobernado por felinos, no me cabe ninguna duda de que, entre maullidos, risas y gemidos, los hombres seríamos generosa y festivamente desmembrados en complicados rituales felinos de caza, danza, juego y comida. Si los gatos experimentaran el mismo tipo de procesos que catapultan a los chimpancés y gorilas en los bizarros imitadores de los seres humanos del Planeta de los Simios, nuestra especie no tendría ninguna oportunidad de insurrección ni de redención.

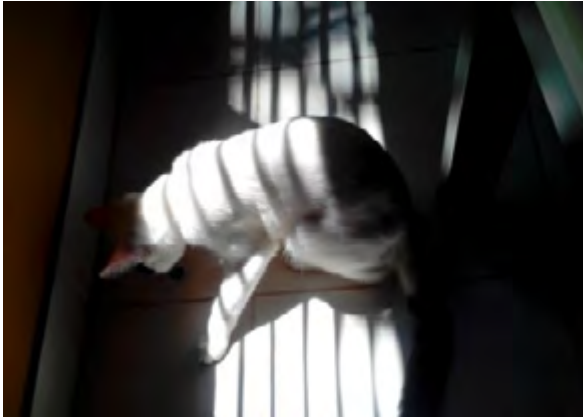
Más torpes aún que las lagartijas, no sumaríamos como especie más de dos millones de seres humanos, mientras 10 mil millones de gatos se enseñorean sobre la Tierra. En El Planeta de los Gatos estaríamos reducidos a *lagartijas de juego* para gatitos, *filón de zarpazos* para gatos jóvenes en formación, *piel de despelleje rápido y lento* para estetas del corte y el araño, y *carne de ronroneo* para los gatos viejos y cansinos.

Crecerían bosques robustos y enmarañados allí donde hoy prospera el cemento, y habría oscuras ciudades escarpadas llenas de aleros y pasadizos para correr, saltar y retozar. En *la noche de la menta y la hierba de gato*, cuando

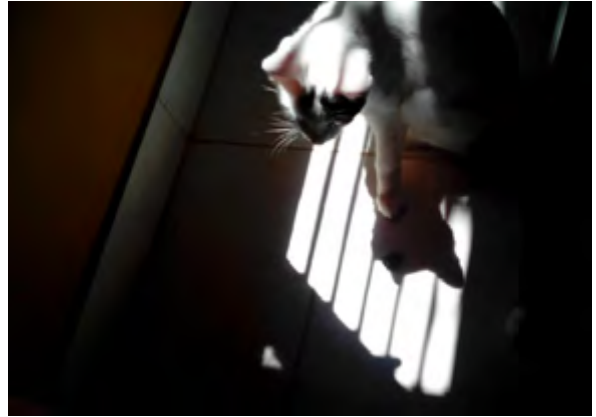
se entreguen a la embriaguez de los aromas y las alucinaciones, los seres humanos tendríamos que meternos en cualquier escondrijo para sobrevivir unos días más, un poco más, dentro de los largos y extensos galpones *cría-carnes*. Allí dormimos apretujados junto a los cerdos, las vacas, los conejos y los venados. En la noche de la menta y la hierba de gato, el apetito felino —insaciable de por sí— se ensancha tanto que tras la borrachera, se lanzan los gatos en masa a perseguir millones de presas. Y se sabe que no tenemos muchas oportunidades. Son felinos ágiles y bien alimentados acechando a millones de bípedos y cuadrúpedos terrestres sin más porvenir que el crujido de sus huesos. Los gatos se reservarán la *noche del aire* para cazar únicamente aves; y la de las *algas* para sumergirse en las aguas y hacerse a peces, delfines y crustáceos. Habrá algunos días de veda para evitar la desaparición de especies nutricias. «*Son tan tiernos los sin cola*», maullará un gatito gentil, en alusión a nosotros, los frágiles seres humanos.

En ese mundo solo las ballenas crecen y se multiplican satisfechas porque el sabor de su carne les repugna. De resto, todos los animales corremos, nadamos, volamos, huimos y nos escondemos para terminar siendo festín de gato, más tarde que temprano. En ese mundo, ningún ser humano muere de viejo.

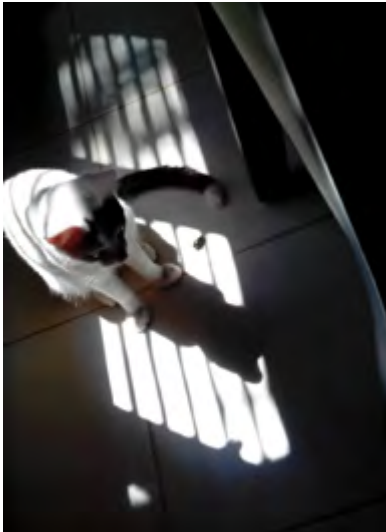
Entonces pienso en el planeta de los humanos. La vida nuestra en el reino de los gatos, dentro de medio millón de años, se parece a la de las vacas actuales. Hay 1400 millones de bóvidos, y ninguno muere de viejo —excepto los toros de lidia indultados, las vacas sagradas en la India y los portadores de



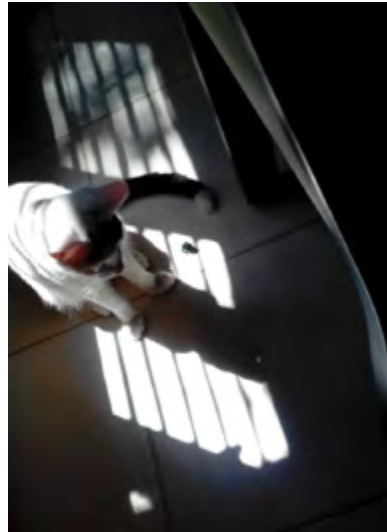
Dante juega con un cucarrón o escarabajo esmeralda. Cali, 31 de enero de 2016.



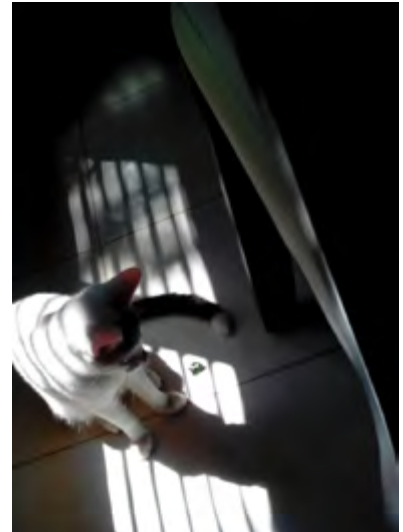
Dante juguetea con un cucarrón y su propia sombra.



Dante y su cucarrón esmeralda.



Dante calcula el golpe final.



Dante y el cucarrón o escarabajo esmeralda (*macraspis lucida*).

Fotografías por Julián González.

esperma y óvulos valiosos—. El resto, los terneros, vacas y toros comunes, que en condiciones normales podrían vivir más de 20 años, son destajados antes de los 7. *Big Bertha*, la longeva vaca que vivió casi 50 años, es una excepción.

### **En el pasado, hace cientos de miles de años, un bóvido nos ignoró**

Alguna mañana de verano, hace 100 mil años, un uro enorme y vigoroso

debió encontrarse frente a frente con un enclenque y pequeño ser humano de apenas un lustro. Quizás lo olfateó un poco y lo rodeó. Bastó un bufido suyo para que el pequeño se tendiera al piso aterrado.

Después el uro africano continuó su paso, satisfecho, orgulloso. Potente. No miró al bípedo a los ojos. Y no supo ver en ellos los trazos del porvenir y el parpadeo del futuro, los anchos y

eficientes mataderos, las máquinas de ordeño, los frigoríficos acerados, las industrias que terminaron transformando millones de cascos en cientos de millones de botones. En fin, el destino de su especie.

Miro los ojos de Dante y me devuelve el profundo túnel aguamarina de su mirada. Maúlla. Ronronea.

Luego se escabulle.

No me teme...

... Yo le temo.



Cientos de gatos semisalvajes en Australia.  
Tomado de <https://bit.ly/39RBqfe>





## Venezuela, ayer y hoy

### Postales de turista aturdido

Marzo 30 de 2016

#### Isla Margarita, 2004 y 2015

Que Cubagua, Coche, Margarita constituyen el estado de Nueva Esparta, con algo más de cuatrocientos mil habitantes; que la capital es La Asunción aunque la mitad de los pobladores está en Porlamar; que las perlas fueron durante el siglo XVII el renglón más importante de la economía local; que las tetas de María Guevara (dos montículos que se alzan cerca de la península de Macanao, el indio que le tenía unas ganas brutales, insaciables y nunca realizadas a la liberal, contrabandista y libertaria María Guevara); que los castillos y fuertes; que en Margarita no están con Chávez ni con la oposición; que los dejen vivir en paz.

Son fragmentos de relatos que se juxtaponen y entremezclan cuando está uno atrapado en el torbellino de turista desubicado, mareado, sin norte-sur, sin este-oeste, sin zenit ni nadir. Perdido, el turista escucha y escucha y escucha esta palabrería de vértigo sabiendo que un tercio es falso y dos tercios quién sabe, pero a falta de otros referentes es lo único con que cuenta para guiarse cuando está a ciegas. Cuesta distinguir entre la liviana palabrería del operador turístico y la prédica, tan cercana e igualmente liviana y esquemática, del instructor en el museo o del funcionario pago por el Estado que te ofrece un relato patriote-ro sobre la gesta libertaria de fulano y

sutano en Porlamar. Las guías turísticas en las secciones de viaje del diario sueñan igual. Esto dice el periódico *El Tiempo* del 24 de febrero de 2015:

Si a usted le gusta la idea de descansar en una playa y bajo el sol del Caribe, pero aún no sabe a dónde viajar, tenga en cuenta la Isla Margarita, en Venezuela. Le conviene.

Conocida como la Perla del Caribe, Margarita está al noreste del vecino país. Es ideal para quienes buscan descanso en playas de arena diminuta y un mar cálido y cristalino, así como entretenimiento y turismo de aventura.

Y más o menos decía lo mismo en una nota de prensa que consulté en 2004 antes de emprender el viaje a Isla Margarita. Celebraba las virtudes de pasear por la histórica Asunción en Isla Margarita.

Es sorprendente entonces cómo el relato informativo, la predicación escolar sobre la patria, la labia del agente turístico se asemejan y confunden anudando en un discurso artificioso que entremezcla cifras demográficas, datos históricos y leyendas reactualizadas y reinventadas cada vez que se las narra. Hay pues un largo, esquemático y repetitivo relato que amalgama al circuito turístico de Margarita, de San Andrés, La Habana, Puerto Vallarta a lo largo y ancho de nuestras costas. Piratas, tesoros escondidos jamás recuperados, amoríos secretos y retorcidos entre el señor y la pueblerina, la esclava, la de abajo; entre la señora y el amante negro, el pueblerino, el que viene del barro. La estatua del santo que se negó a salir de una iglesia y se hizo pesada. La inundación, el incendio, el asedio de meses, que casi acaba

con la ciudad. La epidemia que mató a un tercio de los habitantes. Estos relatos constituyen una narrativa particular: cuentos para incautos turistas que van de prisa y estarán menos de tres semanas. Son el relato portátil y entretenido que arropa al viajero mientras camina el museo, se traslada en la van turística con aire acondicionado o espera su turno en el restaurante de comida local y típica. Así es la cosa aquí y allá. El circuito playa-mar-sol hace calicanto alrededor del turista, amasando la arena caliente con estos relatos líquidos sobre arquitecturas extraordinarias, historias bizarras del lugar, mítica religiosa, fantasía patria, dones de la naturaleza local, todo bien adobado y condimentado de risas y juegos de humor. Vean las guías de viaje a Acapulco, Ciudad de Panamá o Santo Domingo:

Más de 2 millones y medio de habitantes viven en esta gran metrópoli del Caribe. *Santo Domingo es una ciudad llena de vida* donde sus habitantes transitan durante el día y la noche sin parar. Coches particulares, autobuses o guaguas públicas cargadas de gente, motos, camiones y carros convierten a esta ciudad en la más ruidosa de la Isla. La mayoría de sus calles están trazadas en cuadrícula, similar a la de las grandes urbes de los Estados Unidos, influencia norteamericana que se deja notar en el nombre de muchas de sus avenidas y calles —Winston Churchill, John F. Kennedy, Abraham Lincoln, entre otras...

El sitio más tranquilo y apacible de la ciudad es la *Zona colonial*, situada al lado del cauce del río Ozama,



nos muestra un gran pasado histórico de la primera ciudad fundada por Cristóbal Colón en el Nuevo Mundo.

Así promueve República Dominicana y a Santo Domingo el sitio web [turismosantodomingo.com](http://turismosantodomingo.com). Pero uno puede cambiar los nombres e, igual, la cosa funciona. Allí donde dice guaguas ponga *chivas*, *busetas* o *funiculares*; allí donde dice Río Ozama ponga Malecón o río Cuale, y allí donde dice fundada por Cristóbal Colón ponga Diego Velásquez de Cuellar o Pedro de Heredia, y el relato aplica bien a cualquier destino turístico caribeño.

Hace falta apenas apartarse un paso, desviarse una cuadra, cruzar hacia la calle mal iluminada y salir de la zona demarcada y segura para empezar a escuchar el otro relato, más impreciso y ambiguo, sobre lo que *realmente pasa aquí*. Así me dijo Carlos a la salida del hotel en Isla Margarita donde me hospedaba con mi familia. *Venga conmigo a los barrios de pescadores para que conozca lo que realmente pasa aquí*. Y bueno, al salir de la zona segura uno se desliza, como entre un tobogán, a otro mundo, el de los pobladores que, aunque vivan del turismo, se toman un respiro entre tardes para comentar y opinar *soto voce* o *a voz* en cuello sobre lo que *pasa aquí*.

Los mecanismos de la censura turísticoinformativooficial cesan solo para quien se aparta del rígido sistema turístico. El control turístico opera mediante dos discursos: por un lado, la promesa de sedoso confort y calculado entretenimiento (ese que ofrece al turista todo *just at time*: putas, comida, playas, TV, viento, sol, vistas, historias-esquematisadas, planos simplificados); y, por

otro lado, su afinado terrorismo (hay lugares a los que no debería ir un turista con brazalete de *todoincluido* porque le pueden engañar, estafar, asaltar, violar, robar, secuestrar, asesinar, drogar, torturar, contagiar, enfermar...). El discurso del poder siempre ha sido el mismo: te ofrezco confort y seguridad si evitas toda tentación de abandonar mis dominios.

Expongamos la cuestión de una manera diferente. Hay tres figuras que representan tres maneras diferentes de insertarse a los relatos-lugar que constituyen el viaje turístico, semi-turístico y cuasi extra-turístico.

Tengo a la vista a Carlos: es el operador turístico por excelencia, el que coordina la recogida de los turistas, les ofrece itinerarios, obsequia su número telefónico por *si alguien necesita algo*. En una palabra, el confiable amigo y guía que el turista —suficientemente mutilado, ya por el terror y el miedo (a enfermarse, a perderse, a no entender), ya por la pereza y la decisión de no andarse con aventuras— requiere para no sucumbir. Él te venderá el circuito turístico estabilizado, con sus paquetes y lugares pre-vistos, *barralibre* y todas las promesas de confort a un precio *razonable*. Si le hablas a la oreja y en voz baja te puede llevar a los pequeños lugares del pecado, higienizados y seguros. Luego está Vladimir, el operador de taxis, que te pone en contacto con un conductor a tu libre disposición. Va a donde tú le digas que vaya, y tú le dirás que vaya a un lugar *menos turístico*, que en general son aquellos lugares que —sin dejar de ser turísticos— no alcanzaste a conocer en el circuito de Carlos. Finalmente está Enrique, el que opera la frontera del

circuito turístico «no turístico», para aquellos que *quieren conocer la vida real de la gente del lugar*. Él te llevará a pescar badeando el mar, luego freirán juntos lo que pesquen y conversarán de las cosas de la vida y de Chávez, por supuesto, aunque *como tú sabes en esta isla nadie está ni con la oposición ni con los chavistas*. Luego me enteraría de que préstamos de bajos intereses para comprar motores 40HP fuera de borda para piraguas y barcas, convirtieron a la mayoría de los pescadores de Margarita en chavistas sin tregua. La propia esposa de Enrique no oculta sus simpatías por Chávez «ya que los otros, los Cisneros, los Mendoza, los Capriles y los presidentes que han gobernado, siempre lo han hecho de espaldas al pueblo. Chávez quiso hacerlo para el pueblo y con el pueblo, sin consultar a los poderosos de antes, y por eso lo quieren joder».

«Verga, chamo...», puntea Enrique, que reconoce la obra de Chavez, cuando hemos terminado de comernos los pescados que atrapamos en su bote. Me cuenta que estima al presidente. «Pero, vergación, no estoy seguro que la cosa dure mucho tiempo», me dice.

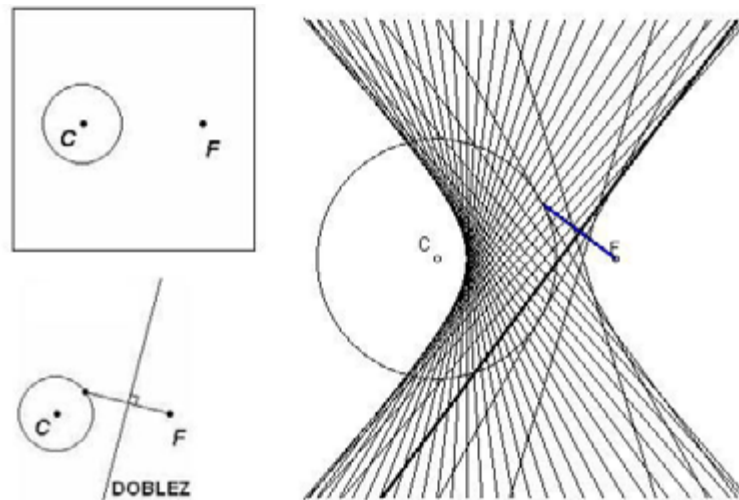
Hace un día soleado este sábado 26 de junio de 2004. Carlos no sabe que el presidente se morirá el martes 5 de marzo de 2013, que lo reemplazará su segundo a bordo y que en las elecciones

del 6 de diciembre de 2015 cambiará la composición de la Asamblea Nacional de Venezuela: 106 de sus 167 miembros son hoy adversarios y opositores al gobierno de Nicolás Maduro.

Y la chavista Nueva Esparta de ayer, la que conocí como turista, contribuyó al viraje parlamentario. En las elecciones de 2015, Tobías Rafael Bolívar Parra, de la Mesa de la Unidad Democrática, adversario del gobierno, obtuvo 151.122 votos —60,89 %— y Dinorah Elena Villasmil Blanco, del Partido Socialista Unido de Venezuela, 86.752 votos —34,95 %—. Dos de cada tres espartanos votaron contra el heredero de Chávez. La oposición ganó con amplia ventaja en algunos de los 11 municipios del estado Nueva Esparta: en La Asunción, García y Maneiro. En los restantes, la ventaja fue más estrecha (en Díaz, Gómez, Marcano, entre otras). Y perdió en un único municipio: Villalba (Isla de Coche), el rincón por excelencia de los pescadores artesanales, con motores fuera de borda, 40 caballos de fuerza.

Una soleada tarde de junio, en 2004, conocí la sencilla casa de uno de estos pescadores. Imagino que su esposa votó por los candidatos del Partido Socialista de Venezuela. ¿Enrique?

Quién sabe. Quizás hoy hace parte de los marchantes que vociferan contra Maduro.



Tomado de <https://bit.ly/3yGuOtS>

## ■ Único y repetible

### Sísifo desencadenado

Cali, julio 27 de 2016

Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que solamente se ignoran, abarca todas las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos. En este, que un favorable azar me depara, usted ha llegado a mi casa; en otro, usted, al atravesar el jardín, me ha encontrado muerto; en otro, yo digo estas mismas palabras, pero soy un error, un fantasma. (Borges, *El jardín de senderos que se bifurcan*, 1941).

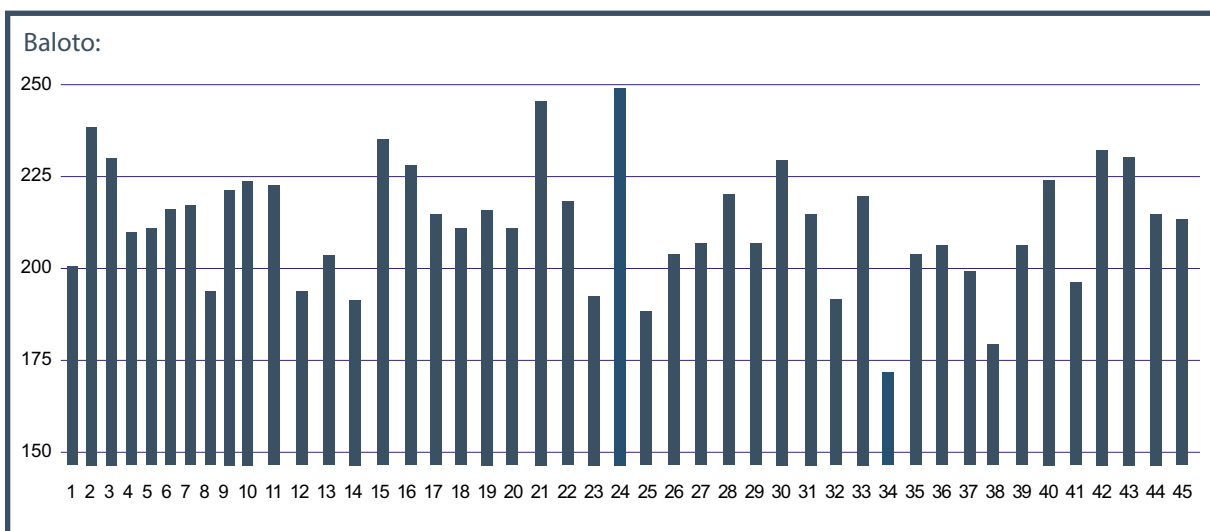
A los matemáticos y a los físicos teóricos les encantan los experimentos mentales. Los experimentos mentales se parecen a los cuentos, solo que en vez del *había una vez* de los relatos clásicos, los físicos empiezan los suyos con un *supongamos que*. Yo no soy físico teórico ni matemático, pero suelo fantasear con experimentos mentales. Y el siguiente es uno que me ha obsesionado durante años.

Supongamos que tenemos un dado de 6 caras y lo lanzamos una vez. Se sabe que la probabilidad de que caiga cualquiera de las 6 caras o números es de una sexta parte o 16,6 %. Pero supongamos que yo estimo mucho el número 5;

lo encuentro muy ingenioso y generoso, y quiero saber cuándo volverá a aparecer. Aparentemente, eso depende del número de lanzamientos. Si lanzo el dado una vez la probabilidad es del 16,6 %, y cada vez que lo haga la probabilidad será la misma. *Equiprobabilidad* es el término técnico para este fenómeno. Cada vez que vuelvo a lanzar, independientemente de los números que hayan salido antes, todos tienen la misma probabilidad de salir. Igual, si lo lanzo una o veintemil veces, la probabilidad es la misma para cada lanzamiento. Supongamos que lanzo infinitas veces el dado. Si pudiera contar los infinitos lanzamientos me sorprendería encontrar que cada uno de los 6 números se ha repetido la misma cantidad de infinitas veces. A los físicos —y a los matemáticos— les sorprende que en el infinito se acumulen las mismas infinitas veces cada uno de los seis lados del dado, no

el hecho de que exista un dado que dura hasta el infinito o que una persona viva lo suficiente como para lanzar y contar infinitas veces los dados. Entonces uno empieza a comprender el extraño sentido del humor de Sheldon Lee Cooper en *The Big Bang Theory*, que se esmeraría en hacer un chiste en el que Flash Gordon viaja a toda velocidad hasta uno de los infinitos lances y, sin que el lanzador pueda verlo, acomoda uno de los dados en uno de los seis números, arruinando y alterando para siempre la suave y equilibrada acumulación de infinitos 1, infinitos 2, infinitos 3, infinitos 4, infinitos 5 e infinitos 6.

Sin embargo, volviendo al experimento mental, tenemos la impresión de que entre más lanzamientos hagamos del dado aumentan las probabilidades de que alguna vez vuelva a manifestarse el 5 o el 3 o cualquiera de los seis números. Es decir, creemos que la reaparición



En casi 1600 sorteos esta es la distribución de números registrados en el Baloto-Colombia. El número 34 apenas ha salido un poco menos de 175 veces, mientras el 24, casi 250 veces. Pero *Fortuna*, la mítica diosa romana de la suerte, sabe que, vistos desde el infinito, los 45 números del baloto se repiten exactamente las mismas infinitas veces.

Tomado de Plataforma Baloto Colombia: <https://bit.ly/3Dkj4QI>

del número aumenta consistentemente con la frecuencia de lanzamientos. Confiamos en que alguna vez entre 100 o 200 lanzamientos volverá a aparecer el número 5. Esto es, sería extraño que en 20 mil lances no volviera a repetirse alguno de los números.

Pongamos el experimento de esta manera. Si yo apuesto con Rocío, mi amada, a que en el siguiente lanzamiento saldrá el 5 y ella apuesta que no, estaré haciendo una apuesta más o menos tonta, pues ella tiene 84 % de probabilidades de ganar. Pero si yo apuesto a que en los siguientes 20 mil lances saldrá el número 5, Rocío —con toda la razón— rehusará mi invitación, a menos que los incentivos de la apuesta estén desequilibrados: por ejemplo, si ella gana, obtendrá 15 de mis mejores fósiles, y si yo gano, ella me obsequiará un escupitajo.

En mi experimento mental, lo que interesa no es la posibilidad de que un evento suceda, sino que vuelva a repetirse tras muchos lanzamientos.

Complicuemos un poco el asunto.

Supongamos que los números de mi dado son un poco menos caprichosos que los siempre *equiprobables* números de los dados comunes. Supongamos que cada vez que sale el 2 aumenta un poquito la posibilidad de que al siguiente número salga el 5 y viceversa, y al salir el 1, crece la posibilidad de que salga el 6, y cuando sale el 3 arrastra al 4. Y así. En este caso, la probabilidad de que aparezca el 5 depende un poco de que antes haya salido el 2. De este modo, ya comenzamos a tener un sistema menos aleatorio y más parecido a uno sofisticado y complejo. Si sale el 2 en un turno, la probabilidad de que salga el 5, en el siguiente turno, no es del 16,6 %, sino del

33 %. En un sistema como ese comenzará a ocurrir una cosa más o menos simple. Tenderán a desaparecer las secuencias de números que sumados dan una cifra distinta a 7, y aumentará la población de las parejas Número A + Número B igual a 7. El paisaje de números dispuestos en el largo infinito será mucho menos caprichoso que el paisaje del primer caso.

Hasta cierto punto eso sucede en el mundo real. La probabilidad de que haya más arañitas depende de que previamente haya más moscas que atrapar, pero si aumentara en exceso el número de arañas predatoras las moscas tenderían a desaparecer y con ello caería la población de arañas, y al caer la población de arañas volvería a crecer el número de moscas, y así sucesivamente. Este fenómeno es tratado en la conocida ecuación presa-predador o Lotka-Volterra. Los datos del mundo real son menos caprichosos y en ellos el número 5 depende del 3 y el 4 que a su vez depende del 2 y 1, que no pueden existir si se repite en exceso el 6. En fin. En el mundo real hay dados Lotka-Volterra.

Ahora, volvamos al experimento mental. Uno puede suponer que el dado es una representación simplificada de cualquier sistema con N estados posibles. El detalle clave no es el número de lados del dado.

El detalle clave es que existe el *infinito*. Y en ese reino ancho y eterno, con infinitos Big Crunch y Big Bang, todo —absolutamente todo— puede repetirse infinitas veces, y todo, absolutamente todo, varía y se diversifica infinitas veces. En los dados infinitos, el 5 o cualquier número del dado representa cualquier evento: la desaparición de los dinosaurios, el colapso del sol, la aparición de la vida, el



Dados de 8 y 12 caras.  
Tomado de <https://bit.ly/3gZec13>



Un dado de infinitas caras. En el infinito se repiten infinitas veces sus infinitos lados.  
Tomado de <https://bit.ly/3kT3unj>

parpadeo de un ojo, una cachetada en el rostro, una jugosa naranja que calma la sed de alguien, Hiroshima y Nagasaki, el nacimiento de una bebé llamada Alba. En ese dado, lo trivial y lo trascendente se repiten una y otra vez, como el 5 en 20 millones de lanzamientos. Pero también todo varía infinitas veces.

En el mundo real los fenómenos son infinitos en número y necesitaríamos un dado de infinitas caras —una esfera— para representarlos. De cualquier manera, todos los números, todos los eventos, todos los acontecimientos van y vienen una y otra vez en el eterno infinito. Pero a cada repetición hay infinitesimales variaciones, cambios, modificaciones. El parpadeo 1 no es exactamente igual al parpadeo mil millones. La vigesimo-primer desaparición de la vida en la Tierra no será exactamente idéntica a la desaparición de la vida en la Tierra número dos mil millones. Y la manera como escribo ahora en el computador, *la desaparición de la vida en la Tierra no será exactamente idéntica...*, será infinitesimalmente distinta a cómo lo haré en la ocasión 80 mil millones.

Entonces viene la pregunta clave. ¿En ese infinito devenir puede ocurrir que coincidan simultáneamente los infinitos eventos que se sincronizan en este *instante*?

Sí.

En términos estrictamente técnicos son idénticos un evento como parpadear y un evento como este instante actual en el que, simultáneamente, ocurre que estalla un volcán, millones de seres humanos respiran de manera irreplicable, cientos de miles de millones de neuronas se ensamblan. Ambos, el evento cósmico, el evento local, el instante sináptico son una suma sincronizada y en cascada de eventos, que a su vez están hechos de eventos... Todos pueden representarse con un número simple en un dado de infinitos lados, y cada uno se repite y diferencia una y otra vez en los infinitos ríos del tiempo.

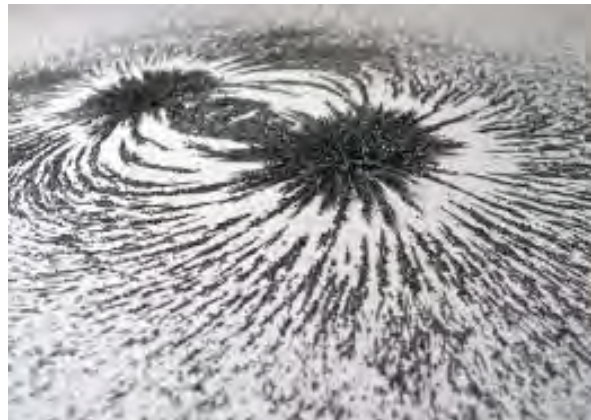
Es Sísifo desencadenado. Pero no el Sísifo esclavizado y vencido del mito, sino uno que va y vuelve con su roca a espaldas sabiendo que cada movimiento es nuevo en la repetición y reconociendo un sonido distinto cada vez que

su carga cae al suelo. Sísifo arrastra una y otra vez su carga no porque esté condenado sino porque distingue una huella nueva cada vez que la pone en marcha sobre la montaña, y reconoce en cada movimiento nuevas tensiones en sus músculos, las variaciones de las huellas de sus pies sobre el camino recorrido, los surcos nuevos colonizando los viejos, y el recorrido de las gotas de sudor sobre su piel es distinto aunque se parezca al anterior. Sísifo entrevé novedad allí donde otros solo ven repetición, y ve el eterno retorno allí donde otros solo ven novedad.

Sísifo comprendió la belleza de lo único que se repite y la belleza de lo que se repite siendo único. Y supo que la muerte no es más que un número entre la infinita repetición de eventos.

Sísifo entendió la poderosa escala de lo infinito que todo lo achica, todo lo pulveriza y todo lo reinventa.

Entonces me duermo profunda y tranquilamente, con el infinito respirándome adentro. Y sueño que el dado gira en un largo ralenti y comienza a descender, golpea el piso, rebota y pivotea por una de sus ochos esquinas, baila sobre sí mismo y, tras balancearse, finalmente se resuelve en un dulce y delicado 5.



Una representación del infinito con polvo magnetizado.

Fuente: Windell Oskay.



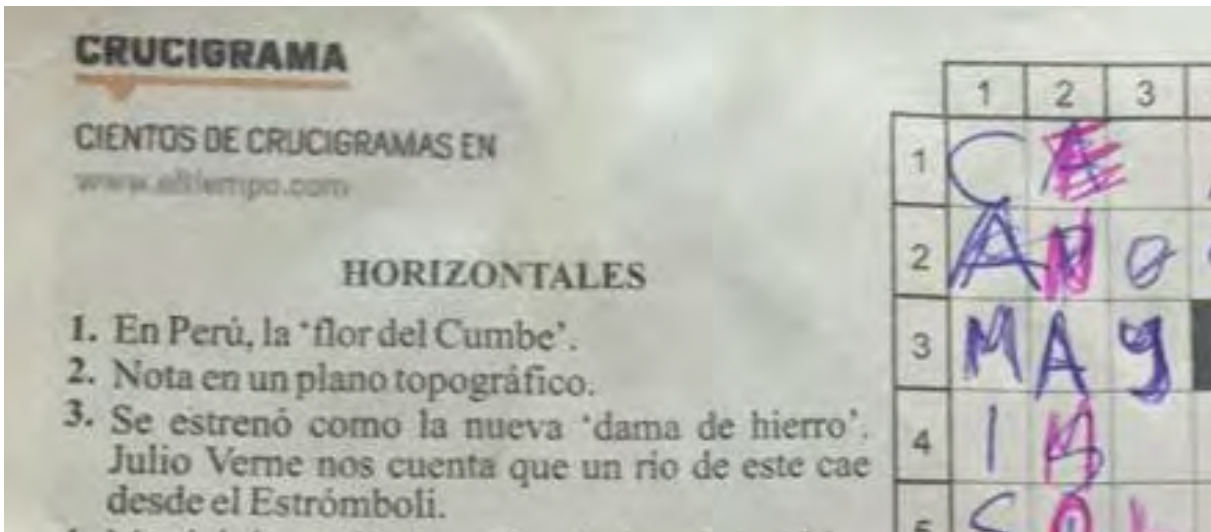
El cinco del dado me parece estupendo. Usando los 5 puntos puedes trazar líneas imaginarias y representar todos los números del 0 al 9.



Infinita repetición y variaciones del 5. Imágenes intervenidas y modificadas por Julián González.







## ■ Engaños y tretas de la mente

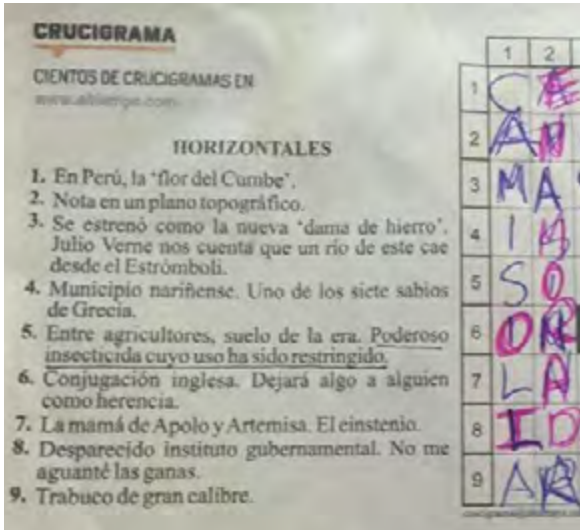
### Guiño neuronal

Cali, 6 de agosto de 2016

Hago el crucigrama de *El Tiempo* del 2 de agosto de 2016. En el 5 horizontal, tres letras, aparece la siguiente definición: «poderoso insecticida cuyo uso ha sido restringido». ¿Poderoso insecticida? Comienzo a darle vueltas al asunto y durante casi media hora barajo alternativas. Sé que es una sigla y empieza por D. El eco de su nombre resuena por allá en lo profundo de mi memoria caprichosa, pero no doy con él. Manipulo la D combinándola y pasándole revista a todo el abecedario para que la memoria suelte la presa. DA..., DB..., DC..., DD..., DE..., DF..., DW..., DX..., DZ... Nada. Pasadas dos horas finalmente renuncio.

Elena Ferrante. Bello nombre. Parece el de un perfume caro, el de una casa de moda milanesa en Vía Monte Napoleone, el de una amante festiva de la Dolce Vita o el de alguna variante de Tiramisú, postre de burdeles italianos que terminó aureolado y aristócrata en la mesa de nuestros restaurantes arribistas.

Hay una estela de conjeturas acerca de quién se esconde tras Elena Ferrante. Y es tan poderoso el enigma que si haces una búsqueda restrictiva en Google se cazan cerca de 400 mil entradas bajo este seudónimo. (No hay más de 500 mil entradas para Gabriel García Márquez, Miguel de Cervantes Saavedra apenas



Crucigrama de 'El Tiempo', martes 2 de agosto. de 2016.



'Crónicas del desamor', de Elena Ferrante.

recluta 400 mil entradas, y Roberto Bolaño, un cuarto de millón. ¡Shakespeare encaja 35 millones de entradas!)

Empiezo a leer *Crónicas del desamor*, Ediciones Lumen Futura, 2016, una compilación de tres novelas de Elena Ferrante: *El amor molesto* (1992), *Los días del abandono* (2002) y *La hija oscura* (2006).

Y entonces ocurre el pequeño milagro. En la página 25 del libro, la segunda página de la novela *El amor molesto*, en el primer párrafo, leo: «Ese cuartito era un antídoto eficaz. Me inspiraba un terror que frenaba el ansia por la suerte de mi madre. En la oscuridad intensa, asfixiada por el DDT, era agredida por formas coloreadas que durante unos pocos segundos me lamían las pupilas y me dejaban sin aliento».

Mierda. Allí estaba la palabra que estaba buscando en la mañana para el crucigrama:

DDT. 5, horizontal. Poderoso insecticida cuyo uso ha sido restringido.

Sorprendente, ¿no?

Serizaron los pelos de mi espalda cuando lo vi. Y un regocijo como de *déjà vu* me envolvió firme porque supe, en ese instante, que tanto los *ya visto* como mi DDT no son más que una nueva celada del cerebro juguetero. El cerebro es una compleja red neuronal destinada, entre otras, a evitar que suframos demasiado. Nos ofrece todo tipo de señuelos para que nos sorprendamos y experimentemos singularidades, epifanías, sueños, revelaciones, encantamientos, conjeturas y contenturas.

Repasemos el asunto. En la mañana, haciendo el crucigrama, reparé en una palabra perdida. Pero al mismo tiempo saboté a mi memoria para que no me ofreciera una respuesta fácil: tendrían que esforzarme. Sabía cuál era la palabra, pero me las arreglé para velarla a través de capas y capas de desvíos, atajos y distracciones que la enmarañaron. Y luego, en la tarde, la veo

sembrada en la novela de la Ferrante, destacada en mayúsculas en medio del párrafo. La recompensa fue ese regocijo, ese pequeño *Eureka* arquimediano. Las llaves perdidas en el fondo del cajón. Un billete de 50 mil pesos refundido entre la ropa sucia. Un *déjà vu* extraño. En el *déjà vu* lo que no buscas te encuentra. En mi DDT, te encuentra lo que ya no buscas.

El *déjà vu* y mi DDT están hechos de la misma argamasa mental de «lo tengo en la punta de la lengua, justo estaba pensando en esa canción que empezaste a tararear, crucemos los dedos pues todo va a salir bien, tengo un pálpito, tuve un mal presagio o siento que alguien me está mirando». Todos, delicados guiños del cerebro.

3, vertical. Poderosa red neuronal creadora de trucos y engaños para seres que anhelan milagros. Siete letras.

ble que se desbordaba en estremecimientos de mi cuerpo. Entonces escapaba a un desván sin ventanas y sin luz eléctrica, justo al lado del cuarto de ella y de mi padre. Cerraba la puerta y me quedaba en la oscuridad, llorando en silencio. Ese cuartito era un antídoto eficaz. Me inspiraba un terror que frenaba el ansia por la suerte de mi madre. En la oscuridad intensa, asfixiada por el DDT, era agredida por formas coloreadas que durante unos pocos segundos me lamían las pupilas y me dejaban sin aliento. «Cuando vuelvas, te mataré», pensaba, como si hubiera sido ella la que me hubiese encerrado allí. Luego, apenas sentía su voz en el corredor, me escurría fuera, deprisa, para ir a dar vueltas a su alrededor con indiferencia. Volví a acordarme de ese cuartito cuando me di cuenta de que había partido como de costumbre, pero nunca había llegado.

El fragmento mágico en la novela de Elena Ferrante.





## ■ Patear, herir, matar

### Linchamiento en Cali un 25 de octubre de 2016

Octubre 26, 2016

Vi y escuché toda la escena durante 47 segundos, el tiempo que tardé en recorrer la cuadra mientras conducía mi auto hacia la universidad donde trabajo.

Entonces lo patearon. Estaba tendido sobre la acera. Al lado, una Toyota Land Cruiser Prado, reluciente y plateada. Unos siete hombres lo rodeaban. Vociferaban, lo escupían y volvían a patearlo, sin puñetearlo. Porque puñetear humaniza, obliga a ver el rostro, a sentir la piel del otro. En cambio, la patada marca y conserva la distancia, animaliza al otro, evita el contagio emocional. Él, un hombre joven, escuálido, no más de 30 años, se recogía sobre su vientre en posición fetal. Volver al útero es lo único que nos

queda cuando una horda nos empuja a golpes hacia la muerte. Una mujer intentaba frenar el linchamiento, pero dos de los pateadores le dejaron bien claras las cosas: que no se metiera, que el tipo había intentado robarlos, que ya le habían advertido que por allí no se arrimara. Y la mujer comprendió, como comprendimos todos, que la oleada de odio y patadas también podía envolverla a ella si seguía entrometiéndose. La fiesta asesina era de ellos y solo estaban invitados quienes estuvieran dispuestos a sumarse a la orgía sin reticencias. Los demás podían ver a distancia y guardarse sus admoniciones, sus correcciones, sus invitaciones a hacer lo adecuado. Aquí no

cabía la ley, ni la decencia, ni el amor al prójimo. En la orgía asesina solo hay lugar para patear, escupir e *hijueputiar*. Uno de los linchadores, un viejito al que los pantalones se le escurrían, rondaba la escena, se alejaba unos pasos y volvía a patear y a insultar al feto. Iba y volvía. Cada viaje le permitía recargar energías, hacerse a una nueva ración de odios, pescar recuerdos, acumular nuevas razones para volver a patear mientras se aseguraba el pantalón con una mano. Porque sin duda lo disfrutaba: no todos los días se puede golpear sin correr el riesgo de que te devuelvan el golpe. A su manera, cada uno de los linchadores gozaba del privilegio de golpear ese saco de arena vivo que no responde, que no amenaza, que no huye, que no se queja. Que calla.

Tres círculos se tienden alrededor del rito. En el centro, el feto, el hombre inmóvil y apaleado que apenas respira. El segundo, el de los linchadores, todos hombres, todos entregados a la celebración con total convicción, sin culpas por ahora, cumpliendo con el deber y justificando el acto tribal: *es que estos hijueputas no aprenden si no a las malas, dicen*. En el tercer círculo, el de los espectadores, estoy yo. Los del tercer círculo ocupamos todos los roles. Somos el feto, pero sin acusar los golpes mortales. Somos los linchadores pero sin su compromiso emocional y corporal. Y somos el miedo y la impotencia. ¿Cómo parar la barbarie sin correr el riesgo de terminar molidos a golpes? Somos los que llamamos a la policía por teléfono móvil. «Están matando a un hombre aquí en la carrera veintinueve con séptima, cerca de la iglesia La Milagrosa, frente al Hogar Geriátrico Santa Inés, al lado de la Casa del Ponqué, cerca al Liceo Infantil

Alegre Despertar». Somos los que comentamos el asunto como si se tratara de un asunto menor, de esas cosas que pasan, aunque no deberían pasar. Lo hacemos entre aliviados —«menos mal que no soy yo»— y avergonzados —«de alguna manera soy cómplice»—. Otros, divertidos. Somos los que filmamos con teléfono móvil la escena y la subimos a YouTube. Somos los que nos imaginamos diálogos ideales, moralmente correctos y justos, limpios:

— ¿Por qué lo golpean? Paren de golpearlo.

— Amigo, este hijueputa me robó, se merece la paliza, así que no se meta. Este tipo es un criminal.

— ¿Y usted? ¿No está cometiendo un crimen ahora? ¿No está actuando contra la ley? Entonces como usted se ha convertido en criminal, también hay que patearlo, ¿no?

Silencio. El argumento es sólido. Los hombres dejan de patearlo.

O este otro diálogo:

— Claro. Golpean al pobretón, al arruinado, al ladronzuelo. Pero al que se birla los fondos públicos, al político que se roba los dineros de la salud y de la educación, al banquero que los arruina, le dicen doctor, lo ponderan, lo enaltecen.

Silencio. Sólido argumento. Los hombres dejan de patearlo.

O este:

— ¿Y es que van a matarlo? ¿Quién se va a responsabilizar del asesinato?

Porque todos se convertirán en asesinos. Y no faltarán testigos de su acto. ¿Cuál de ustedes se irá a la cárcel?

Silencio. Sólido argumento. Los hombres dejan de patearlo.

O:

— Mañana este hombre no lo va a dudar: va a disparar, va a matar, va a herir. Esa es la lección que está aprendiendo de ustedes, que no se dejará apalear nunca más. Es el lema del ladrón que sobrevive a la golpiza: *primero dispara y luego roba*.

Silencio. Sólido argumento. Deciden patearlo hasta matarlo.

Es martes 26 de octubre de 2016. Cali. 12:28 P. M. Un sol primaveral mima la ciudad. En la plaza de Caicedo manifestantes jóvenes han decidido acampar exigiendo «Acuerdo ya». La presión ciudadana en favor del proceso de paz puede rendir frutos. Y aquí, en la carrera 29

con calle séptima, un hombre tendido en la acera. Barrabás linchado y crucificado por siete hombres comunes, por siete trabajadores, por siete papás que cuidan de sus hijos y van a misa, por siete ciudadanos que votaron por el «Sí», por el «No», por el «Tal vez» o que no votaron; aquí en la calle asfaltada de una ciudad de dos millones de habitantes, no en un rincón rural y oculto de la Colombia profunda, aquí en Cali, la alegre ciudad rumbera que despliega una alegría decente y acogedora durante el Festival Petronio Álvarez; en fin, en este momento, aquí y ahora, estos siete hombres nos recuerdan cuán lejos estamos de empezar a tratar con lo peor de nosotros, con el fascismo de calle, con la justicia popular, con el linchamiento canalla, con la mentalidad paramilitar y gatillera. Ese es uno de los saldos más tenebrosos e inadvertidos de 50 años de guerra. Y allí está, anidado en lo profundo de nuestras almas, y bien atado y anudado al dedo gordo del pie que patea y mata.







## ■ Donald Trump quizá no existe

### Mundos paralelos

Noviembre 10 de 2016

Odíamos en el otro aquello  
de lo que estamos hechos.

La isla de Lewis o Eilean Leòdhais en gaélico, no tiene más de 19 mil habitantes. Allí, en las frías tardes, las sombras de las Clachan Chalanais o Tursachan Chalanais se alargan sobre un recuadro de pastizales frágiles que parecen un peladero. Son 18 menhires de un metro de altura, los más pequeños, y cinco metros, los más grandes. Es probable que siendo niña Mary Anne MacLeod haya conocido ese monumento de filosas rocas de cuarzo, feldespato y mica, y le hayan espantado esas presencias fúnebres y oscuras. Nació en la lluviosa

Stornoway, un 12 de mayo, y si no hubiera decidido morirse hace 16 años, hoy tendría 104 años.

Cuando llegó a Nueva York desde la empobrecida Escocia en 1930, Mary Anne MacLeod traía en los bolsillos apenas 50 dólares. Pensaba trabajar como empleada doméstica. Tenía entonces 18 años. Delgada, atractiva y de abundante cabellera ondulada, se casó 6 años después con un hombre de negocios exitoso. Su naturalización y legalización como inmigrante solo ocurrió el 10 de marzo de 1942, es decir doce años después de pisar suelo americano.

Si existieran en 1930 las estrictas leyes anti-inmigración que se pondrán

en marcha en Estados Unidos a partir del próximo año, Mary Anne MacLeod no podría haber entrado a Estados Unidos, habría sido deportada apenas unos años después por la policía migratoria o habría sido asediada por un hombre que, como su hijo, enseña con

algo de orgullo un largo récord de acosos sexuales.

Mary Anne MacLeod es la madre de Donald Trump. Si la *América* que quiere Trump hubiera existido en la década de 1930, él sencillamente no habría nacido en ella.



Torres de Donald Trump, en Río de Janeiro. Inevitable pensar en la transmutación de los monolitos que, de seguro, viera Mary Anne MacLeod en la isla Lewis.

Fuente: CITY OF RIO DE JANEIRO / HANDOUT. ANSA LATINA.



## ■ Gatilla y dispara, pero no mata

### El hombre que mira las aves

Pereira, 23, 24 y 25 de julio de 2016

Otún-Quimbaya, Colombia, es una reserva ambiental, un santuario de fauna y flora en donde ver aves, mariposas, monos, cocuyos, gusanos que se iluminan en las noches, yerbas y arbustos de corta vida y decenas de árboles centenarios que empezaron a crecer justo cuando en Inglaterra se inventaba la primera máquina de vapor, se abría camino la Ilustración en Europa y América, y Diderot y d'Alembert escribían la enciclopedia. Hay riachuelos helados, niebla espesa, niebla frágil, estrellas afiladas en noches no eclipsadas por las luces de la ciudad, más aves, más mariposas, zorritos, perezosos cercados de musgo, árboles cercados de musgos, paredes cercadas de

musgos y agua. Acaricio el musgo con respeto. El musgo fue la maquinaria verde que hace casi 500 millones de años empezó a oxigenar el planeta.

Aquí abunda el agua. Hay mucha agua derramándose por todos lados, en los batientes de las puertas, en el vidrio empañado de las ventanas, en la tierra esponjada y gredosa, en las lloviznas cadenciosas y los frondosos aguaceros. «Este lugar tiene 90 por ciento de humedad relativa», dice Giovanna, una mujer menuda y vigorosa que trabaja como *intérprete ambiental*. Un intérprete ambiental te explica y muestra aquello que los ojos urbanos no saben ver en medio de esta marea de hojas verdes y este

arremolinamiento de formas, olores y sonidos que abruma.

Un yarumo se bate por una fracción de segundo y el intérprete ambiental sabe entrever allí una ardilla, un mono araña o una pava caucana. En la tierra advierte las pisadas de un guatín

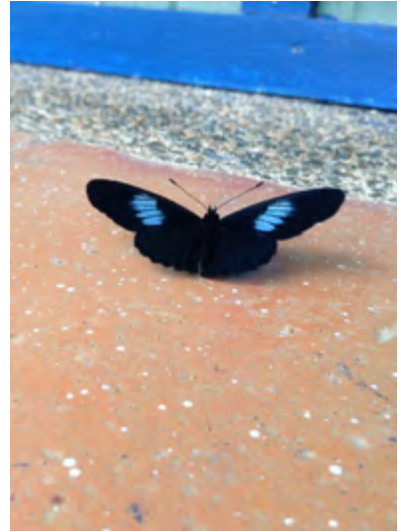
o la andadura de un gurre o armadillo. Con Giovanna ves el musgo acumulando agua en la corteza de los árboles para luego entregársela gota a gota a la tierra que se esmera en trazar hilitos plateados. Esos hilitos se harán riachuelos, acequias, nacederos y pocetas.



Ventanas. Reserva Otún Quimbaya. 24 de julio de 2016.



Espejos de Agua en Otún Quimbaya. 24 de julio de 2016.



Mariposa en 'blue'. Reserva Otún Quimbaya. 23 de julio de 2016.



Fractal. Otún Quimbaya. 25 de julio de 2016.



Red Love. Reserva Otún Quimbaya. 23 de julio de 2016.



Barranquero, reproducción y copia a mano de Antonia González, a partir de una obra de José Arboleda.

Fotografías por Antonia González.

Arriba, a dos horas de camino de aquí, nace el río Otún, pero abajo, a lo largo de su recorrido, cientos de miles de hebras de agua se encargan de criarlo y amantarlo. Giovanna te muestra esta fábrica de agua en pleno funcionamiento.

### Hemingway gatilla

Un metro noventa de estatura, ojos azules, abundante cabellera blanca, una chaqueta con decena de bolsillitos en donde se advierten las piezas de una panoplia de instrumentos fotográficos y libretitas de apuntes. Sombrero caqui moteado y camisa celeste; 70 años de edad. Bien podría parecer un *habitué* de la pesca recreativa, pero este Hemingway en soledad está aquí, en Otún Quimbaya, a la caza de colibríes y tángaras florecidos, cucaracheros y perdices en fuga, ruidosos pericos de páramo y tororoíes. Con la cámara fotográfica empotrada en un trípode sólido, quizás un Manfrotto MT055CXPRO3 en fibra de carbono de un poco más de 600 dólares, dispara una ráfaga sobre siete pavas caucanas que se pasean orondas entre las ramas. Tiene varias cámaras fotográficas y en ellas graba también pequeños videos HD que edita en las noches.

En las noches también, al final de la jornada y tras zamparse una cena vegetariana, se sienta frente a su computador, revisa las notas que ha tomado en sus libretitas usando una pluma estilográfica, examina con cuidado cientos de imágenes y las coteja con alguna base de datos taxonómica. Casi a las dos de la madrugada termina su labor, iluminado el rostro por el resplandor azul y fantasmal de su computador.

Los ornitólogos profesionales o aficionados son pacientes, minuciosos y



Ilustración de características morfológica de pinzones en la Isla Galápagos, por Charles Darwin. Tomado de darwin-online.org.uk

técnicos. Por 148 dólares cualquier ornitólogo apasionado puede hacerse al *Birder's Diary Birds*, *Clements/Cornell World* y al *Birder's Diary V4.0 Advanced User License*. El ornitólogo marcará en su GPS el lugar exacto de un avistamiento relevante y grabará, cuando sea posible, el canto ritual de cortejo de un ave o usará un catálogo de trinos descargados de *Xeno-canto* o de *Bird Calls* para atraer algunas aves hacia su cámara. También compartirá sus imágenes y sonidos en alguna plataforma como eBird, patrocinada por Zeiss, el poderoso emporio alemán de lentes e instrumentos ópticos. Abundan los ornitólogos que además de fotografiar y filmar suelen dibujar las aves, lo que los emparenta con Charles Darwin y sus cuidadas ilustraciones de aves a lo largo de casi cinco años de viaje en el Beagle, entre 1831 y 1836. Muchos ornitólogos disfrutaban exhibiendo la maestría de sus oídos entrenados y reconocen un trino específico en medio de un concierto de aves. Otros no se confían y prefieren usar Warblr para hacerse a un reconocimiento preciso del trino. Warblr es una aplicación desarrollada

en 2014 por Dan Stowell, de la Universidad Queen Mary de Londres, que no solo ha resultado un formidable programa de reconocimiento de trinos, sino uno capaz de acumular aprendizajes, como probó al identificar y memorizar cientos de cantos de aves conservados en el Archivo de Sonidos de la Biblioteca Británica. Algunos ornitólogos consultan con regularidad Birdnet, el sobrio sitio web del Ornithological Council, hospedado en el del Instituto Smithsonian, y presidido por su Directora Ejecutiva, Ellen Paul, una firme promotora de regulaciones estrictas y severos controles para el uso de animales salvajes en la investigación científica. ¡Temblad, Manuel Elkin Patarroyo!

Precisamente en Birdnet leo la sencilla definición de *pájaro*: *Vertebrado, bípedo*. Se distingue de otros vertebrados por las *plumas*. Todas las aves tienen *picos*, y un *corazón de 4 cámaras*.

La definición le calza bien a nuestro sombrero Hemingway de montaña.

Hay una serenidad extraña en este pajarero anciano que apenas entiende español. Es como si persiguiendo aves acallara un duelo que no cesa, o evitara lidiar con una familia que lo odia, o escapara al cielo de un amor que no tolera, o encontrara aliento para una enfermedad irremediable que lo hunde, o se atrincherara de una derrota mal disfrazada de victoria, o se deslizara hacia un rincón auténtico después de años de inmundicia, o se encaminara a un abismo luego de salir de otro.

En todo caso, está escapando de algo. ¿De qué? No puedo saberlo. Pero escapando ha terminado por convertirse en casi un pájaro. Este Hemingway de montaña, este *bird* desenfadado, es un *vertebrado bípedo*. Usa varias *plumas* o

*estilográficas* para tomar nota. Carga sobre el corazón 1..., 2..., 3..., 4 *cámaras formidables*; solo le falta el pico. Pero trina, sin duda, todos los días en Twitter, donde ahora informa sobre su aventura en Otún Quimbaya, 489 hectáreas reservadas a los emplumados herederos de los dinosaurios.



*Bird* observa y espera. Reserva Otún Quimbaya.  
24 de julio de 2016.  
Fotografía por Julián González.



En Lianoning, una provincia en China, se han descubierto varios fósiles de dinosaurios emplumados, muchos de ellos emparentados con el velociraptor. El primer descubrimiento de dinosaurios con plumas —probablemente destinadas a conservar la temperatura— se hizo en 1995 en Lianoning. En 2015 se hizo el más reciente descubrimiento.

Tomado de <https://bit.ly/3zL63oW>



## ■ Imágenes recicladas

### El asesinato de Andréi Kárllov

Diciembre 21 de 2016

Seguramente en Arcadia, en *Mil palabras por una imagen*, Antonio Caballero, el prestigioso columnista colombiano, examinará alguna de las imágenes del asesinato del embajador ruso en Turquía, Andréi Kárllov, a manos de un miembro de la policía turca. Mevlüt Mert Altintas (22 años), vestido impecablemente, gritó *No olviden a Siria, no olviden a Alepo* tras dispararle a Kárllov, un experimentado diplomático ruso de 62 años, destacado en Ankara desde 2013 luego de haberse desempeñado como embajador en Pionyang y en Seúl.

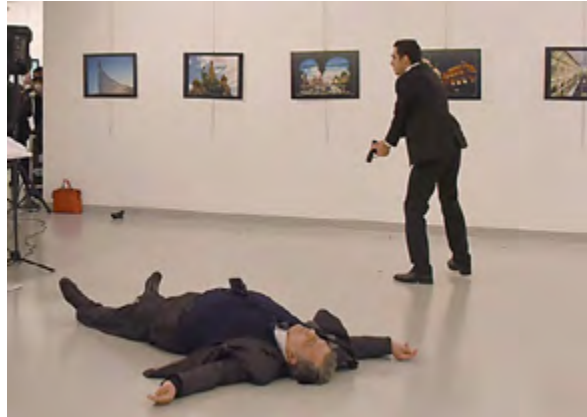
Las imágenes del asesinato parecen las de alguna pieza de arte performativo.

Todo se desarrolló durante la inauguración de la exposición de fotografías *Rusia vista por los turcos*, y es inevitable pensar en el *arte de acción*, los *happenings* y las puestas en escena salpicadas de sangre, excrementos, cuerpos destrozados y escarificados de algunas artes visuales actuales.

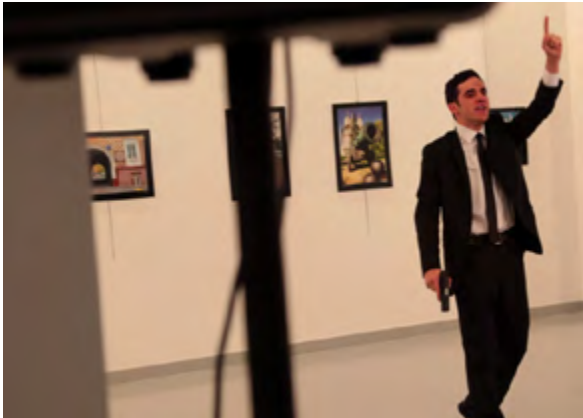
Pero también es inevitable recordar escenas del cine de acción como *El transportador*, de Luc Besson, con Jason Statham como protagonista. Como el imperturbable Frank Martin, Mevlüt Mert Altintas jamás pierde la compostura, aunque sabe que será liquidado unos minutos después. «Sé que no saldré vivo



Escena del asesinato del embajador ruso en Turquía, Andrei Karlov, el 19 de diciembre de 2016. Inevitable pensar en las artes performativas contemporáneas.



El cuerpo de Karlov en medio del escenario y Mevlüt Mert Altintas, algunos minutos antes de ser abatido por la policía turca. La cartera naranja y el tacón de mujer abandonados revelan la estampida previa de quienes intentan ponerse a salvo.



Mevlüt Mert Altintas (22 años), tras disparar.



No es un 'performance', pero se le parece. Todas las imágenes tomadas de Associated Press. Fotógrafo: Burham Ozbilic.



Jason Statham en "El Transportador", 2002. Tomadas de <https://bit.ly/3hjmdYz>



de aquí», dice, mientras les pide a los presentes en la exposición que guarden la calma, que no ejecutará a nadie más.

Por supuesto, nadie con dos dedos de frente pensará que estamos ante una suerte de ficción o un simulacro vacío. Pero es importante subrayar que hay *algo irreal* en las imágenes del atentado, como *si no hubieran tenido lugar*.

Clément Chéroux en su artículo «¿Qué hemos visto del 11 de septiembre?» (2013) nos recuerda cómo las imágenes de los atentados a las Torres Gemelas en Nueva York tenían una relación intericónica con las del ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941; y las de Thomas Franklin, tres bomberos izando la bandera de Estados Unidos en plena zona cero, se asemejan a la fotografía de Joe Rosenthal, en que se aprecian cuatro soldados norteamericanos alzando la bandera de estrellas en Iwo Jima, el 23 de febrero de 1945. Y, claro, las imágenes de la Torres Gemelas colapsando, también recuerdan las de filmes como

*Infierno en la torre* o *The Towering Inferno*, de 1974.

Las imágenes fotográficas periodísticas de mayor impacto parecieran remitir menos a un referente concreto que a otras imágenes fotográficas que prefiguraron y moldearon antes nuestras maneras de mirar. Fontcuberta le ha llamado postfotografía a esta transformación radical del acto fotográfico, en que, debido a la masiva diseminación de posibilidades para crear y registrar imágenes, pierden relevancia la autoría, las pretensiones de originalidad, la experticia, el contenido o referente, y lo ganan el reciclaje de imágenes, las nuevas disposiciones fotográficas como Google Glass, la inserción de dispositivos fotográficos en el cuerpo y el cráneo para fotografiar *all time* lo que los ojos ven, las fotografías hechas por animales no humanos, la *iPhonegrafía*, la fotografía colaborativa y en las nubes, la autofoto, y la continua acumulación de registros visuales en línea.



Self-Portrait/Pervert, Catherine Opie, 1994.  
Museo Guggenheim.



Escena de 'Infierno en la torre', 1974, estelarizada por Paul Newman y Steve McQueen, y dirigida por Irwin Allen.

No había una cámara fotográfica cuando el joven bosnio Gavrilo Princip disparó contra el archiduque de Austria, en Sarajevo, en junio de 1914. Achille Beltrame, el prolífico ilustrador de la revista *Domenica del Corriere* compensó la ausencia con suficiente imaginación dramática e hiperreal. Y es sorprendente que, en ausencia de registro gráfico directo, la de Beltrame haya terminado por convertirse en la más vívida representación del acto que terminaría precipitando la I Guerra Mundial.

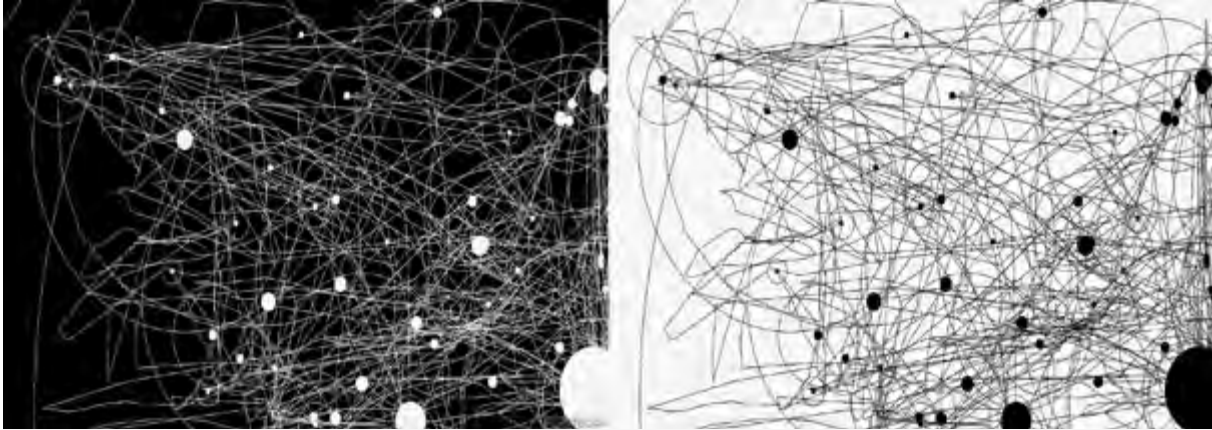
En cambio, hoy, ante la proliferación de máquinas de fotografiar, no falta la provisión de imágenes que remiten a imágenes que recuerdan otras imágenes, y así sucesivamente. Es una suerte de *déjà vu* perpetuo en que solo aquellas fotografías periodísticas con suficiente poder intericónico consiguen estremecernos. Por eso no sorprende la diseminación viral de las imágenes del asesinato de Karlov, en Ankara: porque secretamente sabemos que ya las habíamos visto antes una y otra vez; como si más que una *revelación*

nos ofreciera un expresivo retorno a un «ya visto» perpetuo.



Asesinato del Archiduque de Austria, Francisco Fernando, en Sarajevo, el 28 de junio de 1914.

Una de las 4662 ilustraciones que produjo Achille Beltrame, el pintor ilustrador de la revista '*Domenica del Corriere*'. Muchas de sus imágenes son recreaciones de escenas que el pintor no presenció.



Imágenes generadas a través de la plataforma IOgraphica mientras revisaba esta pieza del libro.  
IOgraphica crea imágenes incidentales derivadas del movimiento del mouse del computador mientras se lo opera.  
Fuente: Julián González. IOgraphica.com

## ■ Basura y ciudad segura: ejemplos de estupidez global

«En verdad, de cerca se ve bellísimo.  
¿Pero sí resistirá un buen lejos?»

—Extraído de «*Diálogos del Cadillac y la ardilla*», 2013.

La libre elección de amos no suprime ni a los amos ni a los esclavos. Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de esfuerzo y de temor, esto es, si sostienen la alienación.

—HERBERT MARCUSE, *El hombre unidimensional*, 1964.

Cali, 27 de diciembre de 2016

Llevo un pequeño cuaderno con notas y fotografías en donde registro fenómenos ordinarios, comunes y, sobre todo, *paradójicos*. Vistos de cerca parecen funcionar de manera óptima, pero basta observarlos un poco más globalmente para advertir en ellos sus consecuencias desastrosas. Este tipo de situaciones

absurdas se multiplican por doquier y nos recuerdan hasta qué punto la coherencia local es la vía regia hacia la estupidez. En «La asombrosa máquina esparcidora de polvo» describí una de esas costosas paradojas contemporáneas.

A continuación, ofrezco dos nuevos ejemplos.

## No hay canecas de basura en los supermercados

En los supermercados, los *minimarkets*, las droguerías y los hipermercados colombianos no hay canecas de basura. Dése una paseada por Price Smart y no encontrará ninguna. Y es un poco extraño porque estos lugares son el reino por excelencia de la mercancía. Allí todo lo que compramos arrastra basura, cajas y envoltorios por botar. Los almacenes de cadena son una larga pasarela de chucherías dispuestas en pulcras y bien alineadas estanterías. Entonces, ¿cómo es posible que esta aceiteada maquinaria de ventas carezca de canecas para la basura?

La razón es simple: toda persona dentro del supermercado es un cliente y un consumidor en trance, y la misma apetencia que lo empuja a comprar puede hacer que robe mercancías siempre al alcance de sus manos. Al menos eso creen los expertos en seguridad para almacenes de grandes superficies. Tomar un yogurt, medio beberlo y ocultar los restos en algún rincón es tentador. Y las canecas de basura permiten deshacerse de comestibles y bebidas no pagados.

¿Y un comensal no puede hacer lo mismo, sin canecas de basura? Le bastará con arrojar los restos furtivamente al piso u ocultarlos entre las cajas de cereales o detergentes.

Es cierto, y por eso en los supermercados hay ejércitos de aseadores que, además de barrer y limpiar una y otra vez, evitando la menor acumulación de residuos donde arrojar mercadería a medio comer, se encargan de inspeccionar y alertar sobre cualquier evidencia de saqueo. En un espacio pulcro nos delata tirar cualquier desecho. Y este ejército de aseadores ninguneados está presto

a advertir y denunciar las tretas del ladronzuelo —la niña, el joven, el hombre, la mujer de clase media que se precian de ser gente (de) bien. Habitados a no ser vistos por unas clientelas *dediparadas*, los aseadores saben ver a quien los desprecia.

Por supuesto, al final de la jornada un guardia de seguridad se encargará de requisar a los silenciosos aseadores-inspectores, los obligará a abrir bolsos, canguros, carteras, porque tampoco ellos están libres de sospecha. De esta manera se cierra un ciclo perfecto de vigilancias secretas en el que todo el mundo vigila a todo el mundo. Donde creíamos ver el plácido reino de mercancías expuestas y compradores dispuestos, realmente hay un juego sutil de vigilancias, controles y desconfianzas, apenas atenuado por la ausencia de canecas de basura y por el cántico de las máquinas de pago, tan parecido al de las tragamonedas.

Sin embargo, estas estratagemas de vigilancia solo disuaden al ciudadano común, no al ladrón con pericia. Estos controles jamás afectan al habitual robalapiceros, al hurtaperfumes o



Guillermo Botero Nieto, presidente de FENALCO.  
Tomado de <https://bit.ly/3DNHp28>

al halador de multivitamínicos que sabe burlar las cámaras ocultas y visibles, detectar al guardia de civil, e identificar con habilidad las mercancías de valor óptimo y de menor riesgo. El rey de los pequeños hurtos evita aquellos bienes que cuestan mucho pues están más controlados y vigilados, y se inclina por mercadería pequeña y de valor moderado que, en conjunto, reditúe lo suficiente.

La Federación Nacional de Comerciantes (Fenalco) presidida desde 2003 por Guillermo Botero Nieto, un hombre rechoncho y bigotón que recuerda al exitoso comerciante del célebre cartel *Yo vendí a crédito/Yo vendí al contado*, tiene razones para preocuparse. En 2014 los ladrones sustrajeron 95 millones de dólares en mercancías. En la mitad de los casos, los ladrones no pertenecen al supermercado, son ladrones externos. Son clientes que pellizcan las uvas en sus empaques, camuflan mercancía entre la ropa, purgan algunos confites de las bolsas o se birlan un juego de esmaltes. Con frecuencia se trata de la dueña de un apartamento en una lujosa unidad residencial que no duda en llevarse parte de la cubertería Zwilling J. A. Henckels, agujereando la caja por detrás y dejándola aparentemente intacta en la estantería. Una cajera de Pepe Ganga me dice, mientras revisa unos cubiertos que acabo de comprar, «usted no se imagina de qué son capaces las personas: meten tazas, vasos y platos de mayor valor en cajas de vajillas de menor valor, para pagar menos por ellos. Por eso debemos verificar, desempacar y contarlos todo en cada venta, pues nunca sabemos dónde está la trampa».

La otra mitad de los robos, 47 millones de dólares en mercadería, lo sustraen

dependientes y administradores de los propios almacenes, ya sea hurtándola en las bodegas, mediante consumo interno no pago, declarando mercancías que no entran pero se facturan, o en compinchería entre cajeros y compradores que pagan 15 cuadernos, cepillos o lapiceros idénticos cuando realmente se llevan 20 o 25: «Sospechamos inmediatamente de los clientes que compran decenas de la misma cosa, pues algunos cajeros cometen errores intencionales de conteo en favor de clientes con los que tienen algún tipo de relación», explica un experto en seguridad que prefiere reservar su nombre y lugar de trabajo.

Los robos se concentran en alimentos frescos y perecederos, bienes para el hogar, accesorios como gafas y correas, ropa de bebé, papelería, pequeños dispositivos tecnológicos, drogas, multivitamínicos, granos, abarrotos, jabones, perfumes y recursos de aseo.



Cartel «Yo vendí a crédito. Yo vendí a contado» muy difundido en toda América Latina. De acuerdo con Raúl Zevallos Ortiz, el cartel está inspirado en una famosa ilustración de George Cruikshank, titulada «*Born a genius and born a dwarf*», Comic Almanac, London 1847, y adaptada a un nuevo contexto moralizante.

A que te cojo ratón, a que no gato ladrón: el fascinante juego de consumidores y mercancías, de ladrones y vigilantes, ha terminado en esta extraña paradoja, en esta calma chicha que llamamos almacén. Vista de cerca estamos ante una escena común y corriente en el mundo del mercado: personas que compran y funcionarios que venden bienes de consumo; cajeros que registran y clientes que pagan; bodegueros que cargan mercancías y aseadores que limpian. Todo funciona y fluye con armonía.

Sin embargo, nos alejamos un poco más y notamos una ausencia: no hay canecas de basura allí donde se produce basura por montones. Y ampliamos el foco otro poquito y encontramos que el sistema de ventas está plagado de desconfianzas mutuas. Y el cálido reino de las mercancías se revela en un oscuro y rendijero mercado paranoide. Funcionarios, vendedores y ciudadanos compradores son tenidos por potenciales saqueadores. Los aseadores vigilan y

son vigilados. Cámaras secretas siguen a una anciana que registra treinta paquetes de servilletas. Un guardia de seguridad requisada sin miramientos a una cajera al final de la jornada. En los baños del almacén, de acceso restringido, una aseadora verifica que no haya restos de empaques en las canastas. Y una vendedora le hace un guiño a una vigilante indicándole un cliente sospechoso. En cuanto a los clientes, todos cubiertos por un manto de duda, pasarán por infinidad de filtros visibles e invisibles para evitar que roben: cámaras de vídeo, vigilantes ocultos y explícitos, múltiples sensores y cintillas electrónicas insertas en las mercancías no pagas.

Humillados, vigilados, vigilantes, sigilosos, sospechosos, tramposos, ladrones, vivarachos, hurtadores, truqueros, todos hacemos parte de *La ley del mercado* de Stéphane Brizé (2016). No puedo dejar de pensar en el bondadoso Thierry (Vincent Lindon) convertido en delator, a despecho de su generosa conciencia sindical.



El filme de Brizé.  
Tomado de <https://bit.ly/3gZI8ni>



Never on my property, FENALCO.  
Tomado de <https://bit.ly/3ijW6AY>

En casa, los vigilantes vigilados, los requisadores requisados, los humilladores humillados, no tendrán inconveniente alguno en registrar la mochila y el cuerpo de la empleada doméstica que trabaja para ellos. Y el ama de casa que robó cubiertos Zwilling J.A Henckels no dejará de desconfiar jamás de Teresita Imbachí, la mujer que ha trabajado para su familia desde que llegó de Timbío, Cauca, siendo una niña, hace más de medio siglo.

Y la caneca de basura, promovida en los espacios públicos como parte indispensable del civilizado y gentil mobiliario urbano, terminará expulsada del propio imperio de las mercancías: el hipermercado, el supermercado, el minimarket, el almacén de grandes superficies.

La próxima vez que vaya a un almacén pregúntele a los dependientes por qué no hay canecas de basura o consulte dónde puede botar un envoltorio que le estorba. Las respuestas lo sorprenderán.

### **Achiquemos la libertad en nombre del orden y la seguridad**

Muchos políticos prometen aumentar la seguridad en las ciudades implementando algunas medidas concretas como las siguientes: un mayor número y una mejor distribución de cámaras de vigilancia; control y seguimiento de sospechosos de crímenes de amplio impacto; mejor iluminación de los parques y calles; aumento del pie de fuerza policial en los lugares con mayores índices de inseguridad; más incentivos a la delación y mejores pagos a informantes.

Algunos políticos van más allá y proponen restringir y controlar el desplazamiento y movilidad a ciertas horas de la noche, introducir algunos recortes a las libertades civiles, ampliar el acceso al contenido de las comunicaciones telefónicas privadas para prevenir la comisión de delitos, introducir la pena de muerte, promover gobiernos fuertes, jerárquicos y centralizados.

Cientos de ciudadanos confían en que este tipo de medidas y políticas de seguridad son eficaces. ¿Lo son?

Conozco una ciudad con 117 mil habitantes distribuidos en 138 localidades. Deberían vivir 76 mil personas en ella, pero habitan 40 mil más de lo previsto. Cada localidad tiene un alcalde, no elegido democráticamente. Con frecuencia, se trata de un ex militar, un hombre fuerte que, además, no tiene que lidiar con ningún tipo de organismo de deliberación de origen ciudadano que controvierta sus órdenes y decisiones. Cada alcalde local tiene un poder soberano amplio y, dentro de algunas limitaciones, puede tomar las decisiones que estime necesarias sin obligarse a realizar demasiadas consultas y sin muchas resistencias, a la hora de atender y controlar el orden público. De hecho, los habitantes de la ciudad observan cierta y resignada obediencia, y admiten, aunque no de buena gana, el recorte de algunas de sus libertades civiles.

En esta ciudad colombiana hay un vigilante por cada 19 habitantes. Para hacerse a una idea del significado de esa proporción, en Francia hay aproximadamente 1 policía por cada 260 habitantes;

en España, uno por cada 200 habitantes, y en el Reino Unido un policía por cada 330 habitantes.

En esta ciudad, llamada CGC, hay dispuestas varias cámaras de video por cuadra y algunos cálculos conservadores señalan que, aquí, la densidad de máquinas de vigilancia electrónica por persona no es superada ni siquiera en los bien protegidos centros comerciales del país ni en las entidades bancarias. A la celosa vigilancia del espacio se añaden restricciones a la comunicación telefónica, está prohibido el uso del teléfono móvil por razones de seguridad, y ninguna persona puede moverse libremente sin informar al alcalde local acerca de sus desplazamientos. Los itinerarios de los habitantes están debidamente controlados y no se admite ir más allá de los límites de cada localidad sin el acompañamiento y supervisión de vigilantes que cuidan a los habitantes de CGC. Aquí los espacios comunes están iluminados por poderosos haces de luz, y los horarios de trabajo, estudio y ocio están prescritos y definidos para que no haya lugar a equívocos. Está prohibido el uso de licor, el porte de armas y tráfico de narcóticos. El nombre, identificación, residencia y características de cada habitante de CGC están debidamente consignados, y una red informática a prueba de *hackeos* permite saber el estado de salud de cada ciudadano, su edad, escolaridad, antecedentes penales, lugar y fecha de nacimiento, estado civil y trayectoria. Finalmente, esta es la ciudad con mayor proporción de abogados por habitante de toda Colombia.

Esta ciudad soñada, con una proporción envidiable de vigilantes por habitante, espacios regulados, tránsito vigilado,

cámaras de video metro a metro, detallada información sobre cada ciudadano es, por cierto, una de las más inseguras y peligrosas del país.

Allí abundan el tráfico de estupefacientes y sustancias ilegales, campea la corrupción, no faltan el abuso, y son flor de cada día los asesinatos, violaciones, robos y crímenes atroces. CGC es particularmente desigual y brutal. Si tuviera alguna, Iniquidad sería el nombre apropiado de su cabecera municipal. En CGC una botella de licor vale 100 mil pesos, aunque los licores están prohibidos. Una caja de municiones vale 400 mil pesos, aunque se supone que no debería haber tráfico de armas aquí. Un revólver, dos millones. El alquiler de hamaca y sábanas limpias cuestan 15 mil pesos diarios. El minuto de teléfono móvil, mil pesos, aunque está prohibido su uso y, se supone, hay instalados sistemas que impiden la telefonía celular. La ciudad de que hablo se llama *Colombian Guandoca City*, y es la concreción del lugar hipermonitoreado, hipervigilado y saturado de fuerza pública que nos prometen los mercachifles de la *seguridad express*. En Guandoca City las personas están prácticamente inmovilizadas, vigiladas y recluidas, y son continuamente supervisadas por algún guardián y funcionario.

¿Y si las cárceles con todas sus prescripciones y procedimientos de hipervigilancia, control, supervisión, restricción de libertades, no son seguras, por qué tendrían que serlo las ciudades que los políticos intentan controlar recurriendo precisamente al mismo tipo de recetas carcelarias? Rudolph William Louis Rudy Giuliani III, el ex alcalde de Nueva York, se ha convertido en gurú mundial



de las políticas de tolerancia cero y de control casi carcelario de las ciudades. ¿Por qué las cárceles han terminado por convertirse en nuestro modelo ideal de la ciudad segura cuando son los lugares más vulnerables y menos confiables del mundo?

¿No será tiempo de prestarle atención a otros entornos sociales y vivos en donde las personas experimentamos formas de seguridad *no paranoide*, nichos en los que nos sentimos social, afectiva y psíquicamente solidarios sin necesidad de vigilancia y guardianes? Piense por un momento en los lugares en los que

se siente genuinamente seguro y tranquilo. Es bastante probable que se parezcan muy poco a la ciudad panóptica y carcelaria que ciertos políticos quieren prescribir para nosotros.

### **Postfacio**

Si desea conocer más detalles de Colombian Guandoca City, conviene leer el informe multimedia del periódico *El Tiempo* «El país detrás de las rejas», y los reportes anuales del INPEC sobre el estado del sistema carcelario colombiano (ver, por ejemplo, el informe de enero de 2016: <https://bit.ly/3DJUGcg>)





## ■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

### **Primer diálogo: Morirse de dicha**

Febrero 12 de 2017

— ¿Sabes que inventé un detector de ideologías profundas?

— ¿Un detector de qué? —pregunta el Cadillac, arqueando suavemente las cubiertas de sus faros.

La autopista se ilumina y la ardilla queda envuelta por los haces de luz del Cadillac, que refunfuña, pues sin duda lo está desafiando. «¿Pero qué se cree esta enana?», piensa el Cadillac mientras la observa a los ojos.

— Es mejor que te hagas a un lado — le exige el auto, pero la ardilla nota un dejo de inseguridad en su voz y decide correr el riesgo.

— De aquí no me muevo. Quiero hablarte de mi invento.

Y el Cadillac se enfurece. Hace sonar el claxon y un atronador rugido se escucha en el nocturno desierto de Chihuahua. Pero la ardilla no se mueve.

— Ardilla tonta, no me vengas con pendejadas: sabes que basta con encandilarte para que te quedes quietecita, hipnotizada y te atropelle sin más. Muévete o no quedará rastro de tu pellejo ni de tu sangre. En cosa de segundos mis neumáticos te engullirán, peluda de mierda.

Pero la ardilla se empeña en el desafío. No tiene opción.

— Eres lento, Cádillac, y sabes que nada puedes hacer contra mí. —Se ríe mientras lo observa. Sus ojitos rojos y nerviosos no parpadean, y su corazón se agita allí adentro, aunque se esmera en ocultarlo. Le teme al mastodonte rojo y metálico, pero lo necesita. No puede huir. Toma aliento y continúa retándolo.

— Cádillac, además eres ruidoso. Apenas un segundo después de que enciendas tu motor yo estaré a 100 metros de aquí.

El Cádillac la observa y cabila.

En la ancha carretera que cruza el desierto ambos se batan en un duelo de soledades: el auto está varado, sin gasolina y asustado, aunque la ardilla no lo sepa; y ella está muerta de frío, ávida de calor, necesita un lugar donde guarecerse, aunque el Cádillac no lo sepa.

Prolongado silencio entre los dos. La ardilla tiembla de frío.

— ¿Has encontrado un detector de qué? —pregunta el Cádillac como quien no quiere la cosa. Se suaviza. Entiende que le viene bien la compañía de la ardilla. Hace apenas algunos minutos temblaba en medio de la noche temiendo que algún desvalijador hiciera de las suyas.

— Un detector de ideologías profundas —responde la ardilla, que tiritita.

— ¿Y?

— Es un detector de ideologías para los seres humanos.

— Son animales muy extraños los humanos, ¿no?

— Sin duda —coincide la ardilla. Su corazón cede hasta mecerse suave y sin prisa. El Cádillac parece ahora amistoso.

— ¿Y cómo funciona tu detector?

— Es un reductor o un detector de última instancia.

— ¿?

— Funciona haciendo preguntas a las respuestas de los humanos.

— ¿?

La ardilla se acerca un poco más al Cádillac y el calorcito de sus focos de luz la conforta.

— Funciona así. Le pides a un ser humano que piense en cualquier acción reciente que haya realizado. Por ejemplo el humano dice «me cepillé los dientes». Entonces, viene la pregunta reductora: «¿para qué?» El humano responderá algo así como «para evitar las caries, para tener una sonrisa bella, para tener buen aliento, para que mi dentadura dure más tiempo». Entonces le preguntas: «¿y para qué deseas tener buen aliento?» El humano vacilará un poco y dirá algo así como «para no desagradar, para poder hablar sin vergüenza, para seducir». Y luego, vuelves con la pregunta, «¿y para qué deseas seducir?» «Pues para hacer el amor, para disfrutar del sexo, para tener compañía, para no sentirme solo». Y continúas con los para qué y para qué y para qué, y el humano continuará con sus respuestas. Sin falta, en algún momento, aparecerá la respuesta de última instancia: «para ser feliz». «¿Y para qué quieres ser feliz?», le preguntas al humano. Y en ese instante se abrirá el *gran vacío* y la persona te ofrecerá la confesión decisiva: «porque voy a morir y no quiero morir sin haber sido feliz».

El Cádillac calla algunos segundos y luego se ríe roncamente. La ardilla también ríe.

— ¿Ves? Hacen todo para ser felices y quieren ser felices porque se van a morir —le explica la ardilla.

— Sí, es absurdo, pero es cierto —cabila el Cádillac. —El temor a la muerte los arroja a la felicidad, y el imperativo de felicidad los pone en marcha y los impulsa a crearlo todo. Dios, las guerras, las artes, las máquinas, los juegos, las comidas, las fiestas, los funerales, las casas, todo, absolutamente todo, engendrado por su horror a la muerte y su irrefrenable voluntad de felicidad.

— En cambio tú lo haces todo para jugar a ser Cádillac, y yo, para jugar a ser ardilla. No sabemos hacer nada más.

— Incluso, yo juego a ser un Cádillac que habla, y tú, una ardilla que piensa —añade el auto. —Pero no somos nada más que un auto y una ardilla.

Apaga los focos, abre la puerta derecha e invita a la ardilla a entrar. Ardilla se arrellana sobre los asientos de cuero marrón y cierra los ojos bermellón.

— Estos humanos hacen cosas estupendas —murmura adormilada, mientras experimenta el cálido confort del Cádillac.

— Son únicos. Pueden jugar a ser lo que quieran, pero su temor a la muerte y su devoción por la felicidad los ciega completamente —enfatisa el Cádillac.

La puerta del auto se cierra.

Afuera, una helada noche de estrellas.

— ¿Ardilla?

No le contesta. Se ha quedado dormida.

— ¡Hey, Ardilla! —grita el Cádillac.

Ronquidos.

— ¡Aaaardillaaaaaaaaa, despierta!

— ¿Qué pasa? —se agita asustada.

— Es que me quedé pensando en tu detector.

— ¿Y?

El Cádillac se sacude un poco hasta que encuentra las palabras adecuadas.

— ¿Qué hubiera contestado una persona del siglo XVIII y una del siglo XI tras tu seguidilla de preguntas? ¿Cuáles serían sus respuestas de *última instancia*?

La ardilla lo duda, medita un poco y se frota los ojos hinchados de sueño.

— No estoy segura —balbucea— pero imagino que muchas personas en el XVIII habrían hablado de *Libertad*. Y muchas en el siglo XI hubieran nombrado una y otra vez a *Dios*. Pero no lo sé. No puedo saberlo. ¿Ahora puedo dormir tranquila, por favor?

Cádillac se disculpa y guarda silencio por una hora más. Pero pasado el tiempo vuelve con la andanada.

— Ardilla.

Silencio.

— ¡Ardilla!

Silencio.

— ¡Ardilla, óyeme! —vocifera.

— Mierda, ¿qué quieres?

— Perdóname, Ardilla, es que ahora entiendo una noticia que mi radio sintonizó apenas hace algunos días. ¿Quieres escucharla? Puedo reproducirla para ti.

— ¿Tengo opción?

El reproductor digital del auto se enciende, titila una lucecita azul neón, y una voz grave de mujer, una locutora española, informa:

«Islandia, considerado un país de ingresos altos por el Banco Mundial (PIB per cápita de US\$ 52.000), se llevó el título del mayor consumidor de antidepresivos (118 de cada 1.000 habitantes consumen estos fármacos a diario).

Este hecho resulta paradójico pues precisamente este año esa nación

europea fue escogida como la segunda más feliz del mundo —únicamente por detrás de Suiza— por la Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas.

La alta participación ciudadana en las decisiones de Gobierno, así como la multiculturalidad, la baja corrupción pública e igualdad social y económica, fueron algunos de los factores por los que ese país ocupó una casilla privilegiada en el listado de los más felices de 2015»

— Se están muriendo de felicidad esos islandeses, ardilla. De la pura felicidad.

— Sí, sí, se mueren de la risa, Cádillac. Casi todos los humanos quieren morirse de la risa —bosteza— y yo me muero de sueño.

7 grados bajo cero en el desierto. Cádillac apaga la radio. En la distancia se alcanza a escuchar el rumor de una enorme camioneta 4 x 4, de la Border Patrol, abriéndose paso en la noche helada, a la caza de ilegales.



## ■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

### **Segundo diálogo: Certidumbre y legumbres**

Mayo 14 de 2017

Cuando despertó le dolía la panza de tanta hambre. Tanteó bajo el sillón de Cadillac y no encontró más que restos de ceniza de cigarrillo. Los filtros de los cigarrillos no son nutritivos pero calman el hambre, así que no dudó en roerse media docena hasta que sintió alivio. Fue entonces cuando el auto se meneó un poco. El helaje de la noche anterior había desaparecido por completo y ahora una madrugada tibia, presagio de una tarde derriteplásticos, se abría paso hasta el sillón trasero del Cadillac. Ardilla empezaba a sofocarse a eso de las 8 de la mañana cuando Cadillac dejó que los vidrios eléctricos se deslizaran

hacia abajo y una bocanada de aire fresco entró en el vehículo.

—Buenos días, Cadillac —murmuró ardilla, un poco amodorrada.

El auto le saludó también.

Ardilla brincó por la ventana hasta el pavimento de la larga autopista vacía. Tenía sed y debía buscar algunos grillos que morder para hacerse a algo de sus jugos dulces y verdosos. En cientos de kilómetros no encontraría ni una baya, y aunque abundantes, las tunas y cactus son más o menos tóxicos. Así que no había opción: ¡a cazar grillos!

Cadillac sabía que su dueño tardaría varios días en regresar. No solo se había

quedado sin gasolina, sino que, además, uno de los piñones del embrague se había echado a perder, y encontrar repuestos le llevaría un largo periplo. Cuando vio perderse a Ardilla más allá de los montículos de la primera curva, no estaba muy seguro de que regresaría.

Pero regresó. Eran más o menos las 4 de la tarde cuando notó su encrespada cola rojiza asomándose tras el montículo.

«¿Por qué vuelve? —se pregunta Cádillac— ¿Ardilla no estará un poco loca? ¿Qué sentido tiene volver a un viejo auto cuando podría andar libremente por el mundo?»

—Lo veo en tus focos —le dice Ardilla—. Te estás preguntando por qué volví.

—Es obvio, ¿no? Entiendo que anoche necesitaras cobijo. ¿Pero hoy? No tiene ningún sentido que estés aquí —dijo Cádillac.

Ardilla se traga el último chapul del día. El pobre se sacude un poco antes de que su cabeza y sus largas antenas desaparezcan engullidas. No es tan sabroso como los chapules verdeazulados o los grises, pero *a falta de nueces buenos son peces*.

—Eso decía mi mamárdilla. «A falta de nueces buenos son peces». Las ardillas somos así. Parecemos delicadas y frágiles, pero si de algo sabemos es de supervivencia. Somos tremendamente recursivas. Por eso hemos conseguido preservarnos como especie, y estaremos aquí mucho tiempo después de que se hayan extinguido los seres humanos.

Cádillac piensa que exactamente eso creyeron durante 100 millones de

años los dinosaurios —«estaremos aquí mucho después de que desaparezcan los peces»— y que eso han creído durante cientos de miles de años los seres humanos —«estaremos aquí mucho después de que se extingan los mamuts»— y lo han conseguido. Astutos, recursivos, adaptativos, inteligentes y creativos suelen existir como si no les calzara la posibilidad de ser... ¿extintos?

—No sé si te conté que, durante algunos meses, viví un poco prisionera en Marana, Arizona, junto a la iglesia católica de St. Christopher, en West Moore Road —le cuenta Ardilla—. Todas las mañanas había nueces en un plato y algo de agua en una vasija, pero a cambio debía escuchar los largos sermones del sacerdote, que se apiadaba de mí. «Ven, bella ardillita, éste será el sermón para mis fieles de esta tarde. Escúchalo». Y yo alargaba las orejas y abría mis ojos con atención, y escuchaba a este hombre que soñaba con seguir los pasos de San Francisco. «Empiezo contigo, ardillita, tal como San Francisco comenzó su vida piadosa: orando por los animales». Y claro, a cambio de nueces y agua aprendí a abrir los ojos como platos y a poner cara de animalito converso. Entonces, me contagié del estilo humano de vivir, y comencé a preferir la certidumbre de una prisión, así fuera chiquita y cercada, que la incertidumbre de un enorme y espaciado desierto plagado de serpientes y lechuzas. Por eso estoy aquí, contigo. «Que no te deslumbren llanuras y cumbres: mejor un buen plato de legumbres», eso me decía mamárdilla.

«Increíble —pensó Cádillac—, lo mismo dice mi dueño».



— ¿Y te parece correcto pensar así?  
—le pregunta Cádillac, un poco alarma-  
do—. Ayer me hablabas de la estrechez  
de miras de los seres humanos, y hoy pa-  
reces idéntica a ellos.

Ardilla se avergüenza, y balbuceando  
intenta justificarse y explicarse.

—Sé que parece un poco extra-  
ño —se ríe—. Es como si dijera que

Libertad es Inseguridad y Esclavitud es  
Seguridad. Pero no es así. —Un largo  
e incómodo silencio—. Bueno, no sé  
cómo explicártelo, pero no quiero que  
se me malinterprete. En fin, ¿tú me en-  
tiendes, no?

—No.

— ¿No?

—No.





## ■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

### **Tercer diálogo: Poiesis**

Mayo 29 de 2017

«¿El tiempo? Lo pierdes poco a poco cada vez que preguntas por él». Eso decía el pegajoso rap que el autorradio de Cadillac recién había sintonizado. Ardilla roía los restos de una galleta perdida meses atrás, bajo el asiento del carro. «¿El tiempo? Lo pierdes poco a poco cada vez que preguntas por él», repite Big Data (BD), un rapero viejo y gordo, 71 años, que descubrió su talento tardío una mañana de mayo, en 2011, cuando en la fiesta de cumpleaños de su nieto menor, Joshua, improvisó una canción ante dos docenas de chicos que empezaron metiendo mucha risa y mucha mofa al escucharlo, pero luego, poco a poco, se fueron

silenciando al comprender las letras de fuego y sentir la pausada voz de trueno del viejo. No pasaron más de dos meses antes de que esta singularidad (un viejo gordo, negro y ronco, más bien cegatón, que canta un tipo de rap *raro*) llamara la atención de un productor musical de New Orleans, que le propuso grabar sus canciones. «¿El tiempo? Lo pierdes poco a poco cada vez que preguntas por él», vuelve el *sampleo*. A Ardilla le gusta.

—¿Puedes reproducir «Poiesis», la última de Big Data? —le pide al carro.

Cadillac comienza a rastrear la pieza en la web y, cuando la encuentra, la carga a su reproductor. «Poiesis» es

todavía más extraño que «Lost Time», «Baremo», «Destilado», «Gusano de vapor» y «Nachos con queso», algunas de las obras más conocidas de BD. Los críticos musicales no se ponen de acuerdo. Es un poema más bien oscuro y farragoso cuyos arreglos, de Tomás Cardenal, hacen la diferencia. Algunos sugieren que la voz de Big Data y la profundidad de la letra son una contribución inestimable y le auguran un destino dorado. «*It is strange that it is an old man who is renewing the boundaries of rap*», escribió el crítico. Y añadió, en castellano: «me conmueve el parto de este viejo agonizante». Otros críticos sugieren que el viejo está desnaturalizando el rap pretendiendo darle un toque pseudointelectual que no tiene y no necesita: «La voz de las calles es cruda y directa, *and we do not need university voices to pollute rap*. Cuando voces universitarias como la de BD comiencen a tomarse el rap podemos estar seguros de que ha comenzado a morir».

Big Data fue profesor durante 30 años en DSA, Detroit School of Arts, de donde se jubiló con más pena que gloria. Un sobrio y discreto homenaje de sus colegas. Un desayuno elegante, pero modesto, esa mañana en casa. Un paseo de fin de año a las Bahamas, con su hija y dos de sus nietos. Y un anillo con un ligero baño dorado y su nombre destacado en negro: Charles Alonso Méndez. Nada más.

La alegría de sus días eran sus nietos. Agatha, la mujer de quien se había divorciado 20 años atrás, había muerto de un enfisema pulmonar hacía 6 años; y apenas se veía con sus hijos, María Stella

y Mark, un fin de semana cada uno o dos meses. Se las arreglaba como podía en casa. Tenía pocos amigos, y su vida transcurría más bien entre sombras y desvanes, apenas iluminada por la presencia ocasional de sus nietos, hasta que esa mañana de mayo decidió improvisarse como rapero para Joshua.

A sus hijos también les sorprendió escucharlo rapear. En particular a Mark. Era un adolescente fiestero cuando su padre le prohibió con severidad escuchar en casa esa *basura callejera*. Recuerda que, aparte de música clásica y jazz, en casa no se escuchaba nada más, a pesar de que su padre se pasaba los días trabajando en una escuela en la que el *hip hop*, el *funk*, el *rhythm and blues*, el *reggae*, el *scat*, el *soul*, el *blues* parloteado y todo tipo artes musicales urbanas eran esenciales. *Tonteras rapearas*, renegaba.

—Nonsense rap, tonterías y más tonterías —refunfuñaba.

Entonces sorprendió a todos verlo rapear con vivacidad, casi con furia, eso sí quietecito, cuidando de no romperse, atrapado en la mole de su cuerpo, 124 kilogramos, frágiles las rodillas.

Cádlilac reprodujo «Poiesis», la última obra de Big Data, grabada una semana antes de morir. Ardilla cerró los ojos mientras escuchaba recitar al «*rapero más viejo del mundo*»:

— ¿No es magnífico, Cádlilac?

—No lo sé —responde el auto—. No entiendo qué quiere decir, así que no lo sé.

— ¿No lo ves? Se trata de que tú, yo, los seres humanos, las bacterias, todos, somos la misma cosa: los restos descascarados de antiguas estrellas. Nada más.

## Poesis

Y un día las estrellas se cansaron de brillar y escupieron a lo largo y ancho  
su polvo molecular, denso y frío

Sueñan las moléculas que por un instante se elevan por encima del azar y perduran. Perduran un pestañeo.

Y, por un instante, perdurando en sueños, se transforman en vibrante agitación que se extiende más allá de la brevedad.

Y haciéndose menos breves y extendiéndose un poco más allá del aquí, sueñan que un día se empujan más allá de la líquida frontera de sus membranas, y se abren por dentro, y se multiplican, y extienden su mancha para devorarse, por primera vez, a otros que una vez se soñaron vivos.

Y sueñan -devorados y devoradores- que es posible algo más que agitarse.

Y, flagelados, empiezan a nadar, y nadando comienzan a anticiparse al futuro.

Ya no sólo se agitan. También enraízan, reptan, vuelan y saltan, y sueñan que en sus vidas anida algo más que vida, sangre, savia y excreta.

Y entonces se atreven a soñar que aman, juegan, y jugando se juntan, bailan y resuenan. Resueñan.

Y un día, estos soñados que aman, juegan, bailan y resuenan, corren el velo y recuperan su esencia. Auscultando y leyendo las estrellas comprenden que

no son más que un enorme vacío de moléculas dispersas  
que, arremolinándose, sueñan.

Poesis, de Big Data. Versión en Castellano.  
Traducción de José Vicente Castillo.





## ■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

### **Cuarto diálogo: Rojo, rojito**

Julio 27 de 2017

— ¿Sabes por qué te dejé entrar? —le pregunta Cadillac a la Ardilla.

— Porque tenías miedo de estar solo en el ancho desierto.

— En parte sí, pero no solo por eso. O mejor, solo me decidí a hacerlo cuando te iluminé y supe el color de tu pelambre. Eres parda, casi roja.

— ¿Es una especie de racismo el tuyo? ¿Solo aceptas rojos como tú?

No, no se trata de alguna estúpida discriminación, sino más bien de una suerte de *extraña simpatía*. Eso le dice Cadillac a la ardilla.

— En realidad, tiene que ver con la razón por la que soy un Cadillac

completamente rojo. Le he escuchado esta historia a mi dueño cientos de veces, y te la contaré para que entiendas por qué te dejé entrar. Cuando me compró yo era un Cadillac negro, casi fúnebre. De hecho, se lo vendió un colega, el hijo de un adinerado sepulturero de Leesburg, la capital del condado de Loudoun (Virginia), uno de los más ricos de Estados Unidos. Soy un Eldorado Brougham, modelo 1957, quizá el más prestigioso de los Cadillac; pero estaba maltrecho y estropeado por un *patabrava*, un jovencito descuidado, habituado al lujo sin esfuerzo. Se complacía exhibiéndome, pero a duras penas sabía

cargar gasolina. Cuando me vendió, todavía conservaba intactas algunas de las valiosas piezas originales, y René Sinclair, mi nuevo dueño, supo apreciarlas en cuanto me vio. Tras comprarme por algunos cientos de dólares («una ganga», según dice), me llevó a El Alicate, el taller mecánico de un mejicano, Aldo Benítez, en Nuevo México, famoso por echar a andar autos que estaban condenados a las prensas compactadoras y a las trituradoras de los cementerios de carros. Benítez consiguió devolverme el lustre que había perdido con mi antiguo dueño. Tres meses tardó el esmerado trabajo. Pero René quiso cerrarlo con broche de oro y le pidió que me pintara completamente de rojo. No cualquier rojo. Rojo sangre. «Rojo como la sangre humana, purificada y oxigenada, luego de pasar por los pulmones», le dijo. Eso fue hace 28 años, y hasta hace una semana fui una máquina floreciente y hermosa. Dicen que a 70 millas por hora parezco una bala roja, un bólide alargado e intimidante cuyo vibrante rugido estremece. René me llama *la Aorta*.

Hubo un silencio que se prolongó varios minutos hasta que la ardilla comprendió que Cádillac había perdido el hilo de la conversación.

— Y entonces, ¿qué tiene que ver tu rojo sangre con que me acogieras?

Cádillac se despabiló.

— Ah, sí, sí, sí. Te estaba contando que Sinclair, mi dueño, me pintó de sangre humana. Él prefiere decirlo así: «Teñí mi Cádillac de sangre». Y explica que es un homenaje a su madre.

— ¿Muerte violenta? ¿Murió acuchillada la pobre, quizá?

— ¿Cómo? — se sorprende Cádillac—. No, no, no. La señora Sinclair todavía

está viva, ronda los 90 años y tiene el vigor y la lucidez de una jovencita. No. La historia es así. Al menos es la que cuenta René, mi dueño. (Él no se refiere a sí mismo como *mi dueño*, pues dice que tenemos una relación de mutuo beneficio. *Él me pasea y yo lo transporto*.) Era un niño, tenía 9 años de edad y apenas conseguía levantarse por encima de la mesa del comedor cuando el enano prepotente que era, y sigue siendo, alardeaba una mañana mostrándole a todo el mundo un dibujo recién hecho. «Nadie ha creado algo tan bueno, mamá. Nadie». Entonces ella le pidió que se sentara en la silla y que la esperara un momento mientras regresaba. Dos minutos después traía en la mano algunos útiles escolares de René. La señora Sinclair comenzó a preguntarle con dulzura: «¿Quién hizo este lápiz con que dibujaste? ¿Y la hoja de papel en que lo hiciste? ¿Y la goma de borrador con que puliste y corregiste algunos trazos? ¿Y quién creó las palabras con las que piensas tu dibujo? ¿Y quién te enseñó la manera de trazar círculos para retratar un rostro? ¿Y de dónde viene la idea de que puedes ir dibujándolo todo por ahí? ¿Y cómo sabes distinguir un buen dibujo de uno mediocre? Ves, René. Detrás de cada cosa que usamos, detrás de cada cosa que sabemos, detrás del lenguaje que empleamos, detrás de cada una de nuestras acciones hay miles, millones de seres humanos que nos legaron su trabajo ayer, ahora o hace miles de años. Entonces todo lo que somos ahora y todo lo que hacemos se afirma en esa herencia. Somos una especie de red, estamos hechos de los seres humanos de ahora y de los seres humanos del pasado, y en ella tejemos a los seres



humanos del futuro. Debes entender que nadie se hace solo y nadie hace nada solo. Y eso es precisamente lo que nos hace tan fuertes».

— Es como dice mamardilla: préstame tu nariz y tus ojos que yo te presto mi cola y mis patas.

— No entiendo —señala Cádillac, un poco molesto por la interrupción.

— Déjame explicarte —le dice la ardilla—. Cuando uno está royendo una nuez o cualquier alimento, pierde de vista a los predadores y queda expuesto. Está indefenso. Entonces necesitas que otras ardillas estén atentas y listas para avisarte y echar a correr ante cualquier amenaza. De esa manera te salvas y salvas a las demás. Luego, en agradecimiento, uno les prestará su nariz y sus ojos. Las conducirá hacia nuevos depósitos de alimentos y otras bayas. Usando la cola marcamos el camino para otras ardillas. Entonces nos ayudamos unas u otras, ¿entiendes?

—Sí —responde Cádillac—, pero hay algo más que supervivencia en el relato que te cuento, pues no se trata solo de solidaridad para salvarse, sino de lo que define a los seres humanos. La señora Sinclair terminó la lección para René con las siguientes palabras: «Gracias a que somos red, nadie es indispensable». Y añadió: «Cada uno de nosotros es muy importante porque somos red. Pero nadie es imprescindible, porque somos red. ¿Te imaginas un mundo en el que alguien fuera completamente indispensable?

Si muere, si enloquece, si toma decisiones erróneas, todo se acabaría, todo se vendría abajo. En red no existen los clamorosos triunfos del genio, ni el rotundo fracaso del torpe: solo un extraordinario y persistente tejido de historias». Luego René supo que en castellano red es net y que el término inglés red significa rojo en castellano. Pero rojo es también un tipo de conducta política: es ser de izquierda. Entonces se le ocurrió un lindo el juego de palabras, que es su lema, su firma y la frase que desea en su epitafio: «Soy rojo, y rojo es red que es net que es red que es rojo». Con los días comprendió en qué reside el peligro de los iluminados, los elegidos, los líderes y los dictadores. No asumen que son red y, al no saberlo, tienden a destruir todas las redes existentes o se tornan paranoicos y las consideran una amenaza, o las usan como instrumento secreto de su propio poder.

— Por eso te dejé entrar, porque eres roja, rojita —le dice Cádillac a la ardilla.

A la distancia alcanzan a ver un vehículo de la guardia fronteriza que se acerca. Se ha vuelto cada vez más peligrosa desde que Trump se hizo al poder en Estados Unidos. El tipo de líder que sabe lo que América necesita.

Cádillac apaga las luces y Ardilla se oculta bajo las sillas. Apenas anoche escucharon por la radio que hubo 300 nuevas deportaciones. En la lista estaba Aldo Benítez. René no alcanzó a ocultarlo y protegerlo.





## ■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

### **Quinto diálogo: Por fortuna somos mierda**

Cádillac enciende la radio. Hay una noche espléndida y un cielo rico en estrellas en el que se destaca una luna como uñita recién cortada. Atrás de la *luña* brilla Antares, la estrella rojiza que muchos confunden con Marte o Ares. Es su opuesto. De ahí su nombre: anti-Ares.

Ardilla roe semillas y algunas cortezas mientras Cádillac escucha noticias en la radio. Oye del empeño de Trump, que desea extender 2000 kilómetros más el muro que separa a México de Estados Unidos; un muro que empezó a construir Bill Clinton en 1994 y se suma a la larga historia humana de murallas, fortificaciones, vallas y fronteras blindadas para aislar gente. El de Berlín

tuvo 155 kilómetros y una altura de 3.6 metros. Fue construido en 1961. La Muralla China, 21.200 kilómetros, demandó mil años de construcción. El muro que desde 2006 separa a Cisjordania de Israel aspira a extenderse 721 kilómetros. El gobierno de Israel le llama Valla de Seguridad o Separación, y los palestinos Muro de la Segregación Racial, del Apartheid o de la Vergüenza. Van más de 400 kilómetros construidos. Desde 2004, una valla alambrada y cercada divide, por 750 kilómetros, a la India de Pakistán. Y muros y más muros siguen multiplicándose, reafirmación de que se globalizan las finanzas, las mercancías, el entretenimiento y las armas,

pero no el tránsito de personas. El País de España indica que tras la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, quedaban en pie 11 fronteras amuralladas como esa en el mundo. 30 años después se levantan 70.

El calor agita ventarrones cargados de polvo y arenisca. Ardilla abre los ojos como platos y Cádillac comprende que no tardará en pronunciar alguna de sus raras sentencias.

Han pasado apenas algunos segundos cuando Cádillac la escucha murmurar:

— Es raro — dice Ardilla, que no termina de comer—. ¿Te has dado cuenta de que no hay ninguna cosa que realmente sea un muro en ninguna parte del mundo y quizás en ningún rincón del cosmos, excepto los agujeros negros supermasivos o los enormes espacios siderales vacíos que separan, por trillones de trillones de kilómetros, una galaxia de otra?

— ¿Cómo que no hay muros? — protesta Cádillac—. ¿Acaso no acabas de oír lo que dice Trump? “Estamos hablando de una invasión de nuestro país, de drogas, de crímenes, de tráfico de personas”, dijo el presidente, y no parece haber renunciado a hacer uno grande, largo y costoso.

Ardilla se ríe. Está convencida de que, incluso, en ese caso no se trata de un muro realmente efectivo. Más grande es el muro, más grandes son las brechas: túneles clandestinos por debajo, agujeros o escaleras para cruzarlos, nuevos atajos, resquebrajamientos y aberturas forzadas. Más muros: más grietas.

— En este planeta menos que muros hay membranas. Ninguna fortificación ha evitado completamente el flujo de personas, cosas y gérmenes de un lado a otro. Ni siquiera la intimidante Muralla

China. Con el tiempo los muros que parecían infranqueables terminan ablandándose hasta parecer tejidos que, intentando separar, reafirman cuán juntos estamos todos de todo y de todos.

No hay muros perfectos. Eso había leído Ardilla en algún lado. Lo más parecido a un muro casi inexpugnable es un agujero negro capaz de tragarse hasta la luz. Pero incluso en este caso nada evita que lo que se trague escape alguna vez escupido por algún estallido cósmico.

— Te estás poniendo de nuevo filosófica, Ardilla —se queja Cadillac, que no entiende nada.

— Filofísica más bien — dice Ardilla, entre divertida y rezongona—. A través de las fronteras pasan de un lado a otro drogas legales e ilegales, armas y autos, turistas y trabajadores que ofrecen su fuerza al mejor postor, pasan sus ideas y sus experiencias; fluye dinero que no necesita cruzar las barreras físicas porque está cifrado en bytes y códigos de depósito financiero; pasa el aire infesto y las tormentas de calor; y las aves e insectos cargados de enfermedades atadas a sus picos y patas; pasan las palabras y los acentos. Pasan los sabores y las músicas. Paso yo. ¿Entonces, qué espera detener Trump con un muro que, al fin y al cabo, no detiene nada?

El muro, en realidad, es un símbolo y un instrumento de alineamiento político. *Un precinto mental*, dice Ardilla sin dejar de roer la corteza de mezquite (*rosopis glandulosa*):

— Muchos gringos tienen nostalgia del apartheid y la pureza racial. O, al menos, Trump les habla a los ciudadanos norteamericanos que creen en esa pureza. O que necesitan esa pureza pues se sienten amenazados, contaminados.

O viven tan atraídos y aterrados por las mezclas que exigen muros y más muros para contenerlas. Se niegan a reconocer la condición esencial de todo lo vivo y, sobre todo, de lo humano: la vida germinó en una sopa de revolturas, y las culturas humanas está más vivas y son más fecundas y florecientes precisamente cuando más se mezclan.

Cadillac calla.

Y Ardilla sigue con su perorata sobre la misofobia, sobre el horror de tantos a lo inmundo, a lo impuro, a lo revuelto, a lo pútrido, a lo contaminado, a lo combinado.

— Las personas le rezan al sol, a las estrellas, al agua, al oro, al aire, a Dios, e ignoran precisamente lo más escaso, aquello a lo que más se parecen: sus fluidos, el barro, el estiércol, las cloacas. El universo que conocen es justamente el ancho reino de la pureza: aburridos bolsones de hidrógeno y más hidrógeno derramándose a lo largo y ancho del vacío. La transparencia del hidrógeno convertida en incandescencia estelar y sembrada en la helada inmensidad cósmica. Esa es la pureza que anhelan: la de lo no vivo. Son bobos, ¿no? Ese tipo de pureza es lo que sobra en el universo. Hay a 900 años luz de aquí, en la constelación de Acuario, una estrella de diamante, del tamaño de la Tierra. Trillones de toneladas de aburridora pureza.

Refunfuña Ardilla.

— ¿En cambio, en cuántos lugares del universo hay auténticos muladares?

— No tengo ni idea. Y creo que tú tampoco, Ardilla.

Pero Ardilla no escuchaba a Cadillac. Inspirada continuaba su monólogo:

— Las cloacas y las aguas pestilentes, los hervideros de metano, la podredumbre y hediondez del amoníaco son escasos, son las verdaderas joyas del Universo, porque están más cerca de lo viviente y de lo que somos. La pureza de los soles, la radiación de las estrellas, el monótono pulsar de los cuerpos celestes es la norma, no la excepción.

Cadillac se meneó un poco.

— ¿Y entonces que vengo siendo yo, a todas estas? ¿Cloaca o diamante?

Ardilla estiró las orejas y enroscó la cola. Se quedó pensando un segundo y luego, de golpe, soltó su respuesta:

— Tu eres primo muy lejano de algunas estrellas muertas, como las gigantes rojas, que terminan convertidas en un amasijo de hierro. Y nosotros, los orgánicos, somos primos cercanos del mismísimo fango y de la mismísima mierda, la materia primera de la vida.

Entonces Ardilla saltó urgida por la ventana de Cadillac y se internó en el desierto nocturno. Cavó un pequeño foso con las patas, levantó la cola y cagó tres o cuatro heces alargadas: hediondos frijolitos oscuros y compactos. Se las quedó mirando un instante como si se trataran de una auténtica y poderosa revelación cósmica.

— Son lo que soy.

Dos horas después estaba buscando qué comer recorriendo kilómetros de oscuro desierto nocturno. Y una vez más había cruzado la frontera con México, colándose por uno de los innumerables hoyos del muro, esa extensa membrana que Trump anhela convertir inútilmente en un infranqueable agujero negro.





## ■ Diálogos del Cadillac y la ardilla

### **Sexto diálogo: En cueros y mierda**

Febrero 15 de 2020

La cerca eléctrica la despanzurró y las hormigas del desierto hicieron el resto: el cuero de Ardilla, los huesitos de su espinal dorsal pelados y unos pocos fragmentos de su quijada fue todo lo que quedó de ella tras permanecer una semana tendida a la intemperie y calcinada por la canícula, a 45 grados centígrados. Cadillac sospechó que algo grave había pasado con su amiga cuando no regresó la noche siguiente, ni la siguiente, ni la siguiente, ni la siguiente. Sabía que esa amistad sería breve, que 15 o 20 días bastarían para que su dueño regresara a recogerlo, y que tras despedirse de Ardilla la pobrecita se convertiría en lejano

recuerdo de esos extraños días atascado en este peladero. Pero su amistad fue más corta aún de lo esperado: menos de una semana.

Que estaba muerta, lo supo cuando los vientos del desierto le trajeron el hedor de la mortecina y algunos restos de su pellejo rojizo y empolvado. No se imaginaba que con la podredumbre llegarían los aprovechados.

¿Qué hacía un auto tan bello allí, abandonado en medio del desierto?, preguntó el más joven y más alto de los dos hombres, el de *metrochentadestatura*. Así decía el hombre, montando las cuatro palabras una sobre la otra: *mido*

*metrochentadestatura*. Trabajaba por horas en un taller mecánico cerca de Catana Motors, en El Paso, y conocía de autos tanto como de armas. Él y el viejo, su padre, el otro hombre que merodeaba alrededor de Cádillac, eran *minutemen*, herederos de los patriotas americanos que durante las guerras de independencia estadounidense se ofrecían voluntariamente a prestar cualquier servicio al instante. El *minuteman* contemporáneo es un supremacista y racista blanco, convencido de que los inmigrantes latinos amenazan la auténtica cultura *americana*, les despojan de sus empleos, asaltan a sus mujeres e introducen drogas ilegales al país. Estos patrulleros operan como una milicia paramilitar de control de fronteras dispuestos a contener, de cualquier manera, la oleada migratoria que viene de la frontera sur. El más pequeño y viejo, 60 años quizás, miró a Cádillac convencido de que si estaba aparcado por esos lares, a decenas de kilómetros de El Paso, lo habían abandonado.

— ¿Pero está muy bien conservado?— ripostó el más joven, que tenía sus dudas.

Al fin y al cabo se consideraban buenos hombres de Dios, trabajadores honestos, y un carro como ese, abandonado a la vera de un camino sin destino debía estar involucrado en algún crimen: el transporte de drogas, dinero ilegal o un asesinato. Era mejor no correr riesgos.

De verdad, pensaron en reportarlo a la policía hasta que entrevieron ese fino y precioso equipo de radio empotrado en el auto. Varios cientos de dólares en rama y no lo dudaron más: se lo llevarían. Dejaron a un lado las armas de patrullaje, los binoculares y el equipo de control —incluidos varios juegos de esposas, navajas de defensa, visores

de calor y cachiporras— para ponerse en la tarea de desacoplar el radio de Cádillac. Pero al revisar la guantera encontraron algo mucho mejor: un juego de llaves del vehículo. ¿Si esa no era una señal inequívoca de que Dios quería ese auto para ellos, entonces qué más podía ser?

No tenía gasolina, así que extrajeron algunos litros del Jeep en el que patrullaban, y luego el joven puso en marcha el Cádillac. El motor rugió como nuevo, ofreciendo el sedoso y dulce cántico de la más fina ingeniería americana. La de la espléndida General Motors.

Lo llevarían a casa, lo desarmarían pieza por pieza y lo venderían por algunas decenas de miles de dólares. Por supuesto, un auto como ese podía costar entre 80 y 90 mil dólares, pero dadas las circunstancias era una bendición ganar una fracción de ese precio cuando esa mañana solo aspiraban a cazar *frijoleros* y beberse algunas cervezas. El más viejo conduciría el Jeep marrón, modelo 2015, que usaban dos veces al mes en sus expediciones contra migrantes, y atrás iría el joven, conduciendo el flamante Cádillac. Era una lástima tener que desgazar una máquina tan formidable, pero la ley es la ley y era mejor no dejarse tentar por una ambición desmedida.

El viejo en el auto de adelante, y el joven en el Cádillac, atrás, conversaban animadamente por el teléfono móvil mientras se dirigían hacia Dell City, desde donde tomarían la vía que conduce hacia la autopista 62 y entrarían a El Paso por Butterfield.

Se burlaban, por supuesto, de los *frijoleros*, que *te traen suerte cuando aparecen, traen más suerte cuando los desapareces, y te traen aún más suerte cuando no aparecen*.



Hablaban del sexo caliente de las *frijoleras* y de la emoción de disfrutar los peligrosos y baratos prostíbulos de Ciudad Juárez, o de saborear lo único bueno que ha hecho México —la cerveza Corona—, cuando Cadillac embistió al Jeep por detrás, a 110 millas por hora, y lo arrastró 300 metros barranco abajo. Unos segundos antes, el joven había perdido el control del vehículo pues, sin pisar el acelerador, la máquina pasó de 50 a 90 millas por hora en un parpadeo. Alarmado, intentó apagarlo sin éxito. Los frenos tampoco respondieron. El auto no obedecía. Se gobernaba solo.

El estruendo de metales humeantes ahogó el de los vidrios astillándose, y en cuestión de segundos el joven y el viejo se hicieron, literalmente, mortadela en lata. Una enorme mancha de aceite de motor y la huella ennegrecida de los neumáticos del Jeep sobre el asfalto destacaban en el paisaje soleado y brillante del desierto, a pocos metros de la Border Patrol Inspection Station US-180 El Paso, TX 79938.

Un policía de tránsito no pudo expresarlo mejor: *el Jeep quedó destrozado, casi irreconocible... Pero el Cadillac... El Cadillac se volvió mierda.*





## ■ ¡Estúpidos! La clave no es la muerte, sino la forma de morir y de reír

### Dos escenas y una lección

Julio 2 de 2017

Hay algo oscuro, doloroso, orgiástico y carnal en este fragmento del tríptico 'El jardín de las delicias', 1500-1505, de El Bosco (1450-1516). Es el humor de la muerte festiva que energiza e invita a reorganizar la vida.

Y todo es sepulcral, avasallante y desolador en esta imagen de la masacre de El Salado. 66 personas asesinadas por los paramilitares en el departamento de Bolívar, Colombia, entre el miércoles 16 y el sábado 19 de febrero de 2000. Es el terror que sepulta y que aquieta.

Aunque la primera imagen tiene más de 500 años y la segunda menos de 20, la primera es el futuro, habla la lengua del porvenir, de lo que podría llegar a

ser Colombia si cesa una, la más visible y dentada, de las guerras que padecemos (la voraz especulación financiera también es una guerra, así como el lastrado sistema de salud, para no hablar del saqueo del erario público y de la irracionalidad del sistema de impuestos, uno de los más regresivos de América Latina. Pero podremos encararlas mejor si cesa esta guerra de plomo). La segunda imagen, habla una lengua arcaica, la del terror, la que les gustaba murmurar a los arcabuceros hace 3 o 5 siglos. Es la voz de la pólvora, del trabuco y del fisto. El parloteo del fierro. La lengua de los gatilleros, tan distinta a la de los gaiteros.

Y esa lengua no ríe y cuando lo hace está hedionda de aguardiente y embriagada de sangre. Se dice que los arcabuceros se emborrachan para matar, mutilar, violar y herir. Y solo así ríen de buena gana, pues en sano juicio vuelven al rostro de sombras, al ceño fruncido, a la cara hombruna y a la agria apariencia de los *domapotros*.

A propósito de *domapotros*, es interesante notar que no hay risa, ni humor, ni fiesta en la lengua de Uribe ni de Ordóñez. Los *carepólvora* no se ríen. Cuando lo hacen, más que reír, enseñan los dientes (quizás solo se largan a reír con aguardiente. No sé. ¿Alguien los ha visto reír en sano juicio?).

No se trata de terminar la guerra para evitar más muertes. Ese razonamiento no es correcto. Si ese fuera el corazón del asunto, entonces no tiene sentido parar la guerra, pues sabemos que, a la postre, todos vamos a morir de una u otra manera. Se para la guerra no para evitar que haya más muertos. Eso es irrelevante. Y lo saben los guerreros de todos los bandos y layas. Lo clave es pensar qué nos hacen los muertos a los vivos o, mejor, qué nos hacen a los vivos las diferentes formas de morirse los muertos. Y allí está la clave: *el impacto de la muerte violenta y guerrera sobre la vida de los vivos*.

Ese impacto es tan profundo y estremecedor como el de un terremoto, la peste negra o un accidente nuclear. Este tipo de eventos traumáticos nos condenan a décadas de impúdica inercia y de duelos siniestros y desolados como la marcha sepulcral de los sobrevivientes de El Salado. La forma brutal de morir y la amenaza de morir brutalmente nos retrotraen a la impotencia trágica y a la gélida resignación de los aterrados. En ello reside la eficacia política de la muerte violenta, ya que erosiona y mutila en las personas cualquier rastro de visión crítica e insatisfecha del porvenir. Y barre la risa, tan subversiva y tan desafiante ella (*remember* Jaime Garzón). Los asesinos de cualquier signo buscan destruir, en los vivos, ese núcleo, esa confianza en que podemos elegir la forma en que morimos, firme complemento de otra confianza: podemos decidir la forma en que vivimos y la manera en que reímos. Y «decidir cómo vivir y cómo reír» es el ADN de la autonomía política de los ciudadanos, algo que les conviene desalentar a los poderes interesados en moldear y en dirigir nuestros destinos.

Necesitamos aprender a morirnos a *lo bosco* para poder soñar y para hacer prosperar, en nuestra tierra, menos vidas «cejijuntas» y más vidas que, al reír, no se limiten a enseñar los dientes.



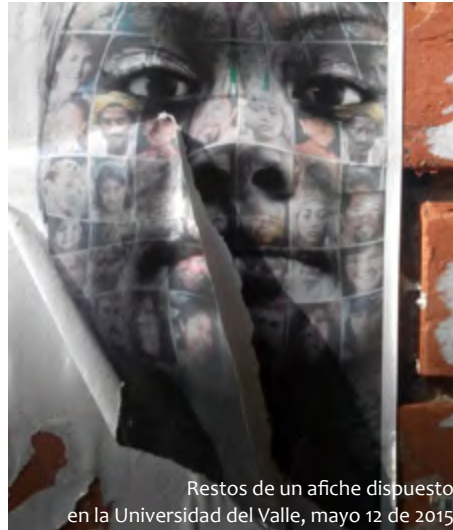
La Masacre de Machuca,  
18 de octubre de 1998.  
Fotografía por Natalia Botero.



El hombre que no reía.  
Retrato Álvaro Uribe Vélez.  
Tomado de <https://bit.ly/3DMu4r9>



Otro hombre que no ríe.  
Alejandro Ordóñez.  
(Fuente y fecha no disponibles).



Restos de un afiche dispuesto en la Universidad del Valle, mayo 12 de 2015

## ■ El círc(ul)o: ver la guerra de los otros que son nosotros, para no ver las guerras de nosotros, que son las de otros

Cali, julio 24 de 2017

La conversación transcurre en un restaurante de comidas típicas, en Cali, Colombia, a las 9 de la noche del sábado 26 de noviembre de 2016. M.I.O., una joven y brillante documentalista nos cuenta los avatares del documental que está desarrollando desde hace algunos meses. Es inevitable. Trata de nuestra guerra o, mejor, de nuestras guerras colombianas actuales. Nos cuenta detalles del conmovedor testimonio de un joven que se hizo guerrillero a los 13 años huyendo de los abusos de su padre. Él y su hermana tuvieron que irse al monte para salvarse de la violencia paterna y de la pobreza. M.I.O. nos conmueve cuando nos explica

que en su testimonio este joven, que ahora estudia en una universidad de Cali, describía cómo, en su pueblo, debía ir a la escuela con ropa raída y zapatos unas tallas más grande, quizá la herencia de algún niño mayor, lo que lo convertía en objeto de burla de sus compañeros. El chico le cuenta a M.I.O. que uno de los momentos más importantes de su vida en la guerrilla lo experimentó justo cuando recibió su uniforme y sus botas. Le ajustaban al cuerpo. Por primera vez tenía ropa que le quedaba, no estaba raída y lo envolvía bien.

Y entonces, cuando llegué a casa poco después de las 12 de la noche, y

tras conversar con Rocío, la amada, me quedé dándole vueltas al asunto, a nuestra charla en el comederito, a las historias de M.I.O. sobre las historias de otros que han sobrevivido a la guerra colombiana reciente. Perdón, a las guerras. Y entendí dos cosas sencillas y, espero, cruciales.

### **Las dos guerras actuales**

Hay dos guerras actuales. La guerra con armas de fuego y la guerra sin armas de fuego. Ambas matan y hieren a cientos de personas cada día en mi país. El problema clave no es la muerte, pues, como es obvio, todos vamos a morir alguna vez. El problema es qué le hace la manera en qué morimos al modo como vivimos, y qué le hace la muerte repentina a la vida. En primer lugar, toda muerte poda *ramificaciones y posibilidades de vida*.

La guerra armada mata y hiere, y consistentemente poda de manera racional e instrumental tramas potenciales de vida. El terror que siembra y la intimidación sirven para clausurar y abandonar tramas y vidas potenciales que los agentes del proyecto armado consideran inconvenientes y adversos. Por eso, las acciones de la guerra armada son todo menos irracionales. Son profundamente instrumentales y consideran una elevada valoración de la eficacia y los efectos inmediatos de la intervención sobre el curso del tiempo y el dominio y control de espacios concretos. En eso, los ejércitos legales, los ejércitos ilegales y las organizaciones delincuenciales se parecen. La acción armada se explica y justifica en términos de réditos tácticos y estratégicos muy concretos. Lo que nos parece demencial, irracional y abusivo

a los *desarmados*, realmente no lo es para los *armados*. No quiere decir que no haya actos demenciales, sanguinarios y brutales. Pero están subordinados a propósitos y cálculos enteramente racionales.

Las otras guerras, las que no recurren a armas de fuego, suceden todos los días bajo diferentes figuras y formas de control de administraciones, burocracias y organizaciones corporativas. Igual, podan trayectorias de vida, matan y hieren gente, destruyen rutas. La desigual clasificación de las personas en el sistema escolar, la reducción y discriminación en los servicios de salud, las estructuras que limitan el acceso a los recursos financieros, el saqueo del erario público, los regresivos sistemas de impuestos, la desigual distribución de la riqueza que socialmente producimos, todas son formas de guerras sin armas de fuego. El estrés, la vida sin sentido, los accidentes de tránsito, las enfermedades psicosomáticas, las depresiones ruinosas, el deterioro de la calidad de vida y la erosión ambiental son algunos de los efectos concretos de esas guerras. Incluso los sectores integrados de la población las experimentamos cotidianamente. La inseguridad laboral es más honda y erosiva que la inseguridad delincencial. Y la hostilidad laboral o escolar globales y generalizadas pueden ser tan predatorias como una sucesión de combates locales. Pero estas guerras que matan en silencio y suavemente, que se traducen en millones de muertes por enfermedades prevenibles y curables, o en desazón social y frustraciones regulares, engendran millones de sobrevivientes que oscilan entre la conciencia de una vida que calificamos como

*ahí vamos, llevándola como se pueda, y, por el otro lado, una andada de literatura coaching y de superación personal, que nos responsabiliza de nuestra falta de tono para el optimismo y de nuestra incapacidad de vivir intensamente. La administración de los efectos psíquicos de estas otras guerras se advierte, como síntoma, en el crecimiento de las diversas y eficientes formas de la industria del entretenimiento, incluido el poderoso turismo, que nos sacude y sustrae de nuestras pequeñas y frágiles vidas grises. La formidable industria de las drogas antidepresivas, ansiolíticas y los barbitúricos, la sociedad del espectáculo y el entretenimiento son el reverso de la insidiosa profundidad de las guerras sin armas, administradas por operadores y gestores de todo tipo.*

**Ver a los otros que, en últimas, son nosotros**

El foco de algunas narrativas audiovisuales actuales en torno a la guerra de armas, sus agentes y sus víctimas, procura una suerte de acción galvanizadora y efectiva para los otros, los sobrevivientes de las otras guerras, más vergonzantes y calladas, las de la sociedad *normal*, la urbana, la atrincherada en unidades residenciales. La que puede salir a comprar el pan en las mañanas.

El documental de M.I.O. ofrece un atisbo estremecedor y vigorizante sobre esos otros sobrevivientes que se las tuvieron que ver con la otra guerra; un espejo reluciente en el que ver y respecto al cual consolarnos sobre el lamentable saldo de nuestras propias guerras chiquitas, las de todos los días.







## ■ Un lugar donde Neruda enmudecería

### Postales del Parque Nacional de Puracé, Colombia

Agosto 21 de 2017

Hace 15 mil años, los caballos cabalgaban en los amplios territorios de América del Norte desde donde se extendieron hacia Asia, Europa y África, tras cruzar el estrecho de Bering. Y hace 10 mil años desaparecieron de América, pero sobrevivieron en África, Asia y Europa, de donde regresarían arrastrados por los conquistadores europeos. Retornaron en barco a las tierras desde donde miles de años atrás habían partido sus ancestros.

Hoy cabalgan el planeta 60 millones de caballos y casi la mitad está en América, pero su población viene disminuyendo en todo el mundo. Hay 266 gallos y gallinas, 125 personas, 66 ratones, 66 ratas,

22 toros y vacas, 17 ovejas, 5 perros y 4 gatos por cada caballo...

Y hay 3 motocicletas por cada caballo. Las motocicletas son su peor amenaza. Gente como Álvaro Uribe Vélez, las ferias equinas, la policía montada, los hipódromos y los equipos de polo, son su única esperanza.

A lo largo de los caminos, trochas y atajos montañosos entre Puracé y Santa Leticia, Cauca, las motocicletas han comenzado a reemplazar rápidamente a los caballos, cada vez más costosos, menos veloces, menos confiables, menos lustrosos y con menos *sex appeal* que una Yamaha o una Honda.

Durante 70 kilómetros de viaje apenas tropezamos con tres caballos. Eso sí, abundan los perros que, en general, parecen robustos, bien alimentados y han sabido adaptarse y sobrevivir al helaje del páramo. Y no faltan las vacas y las gallinas.

Sobran las motos. Cientos y cientos de motos rasgan el paisaje paramuno abriéndose paso entre las montañas y transitando kilómetros de carreteras.

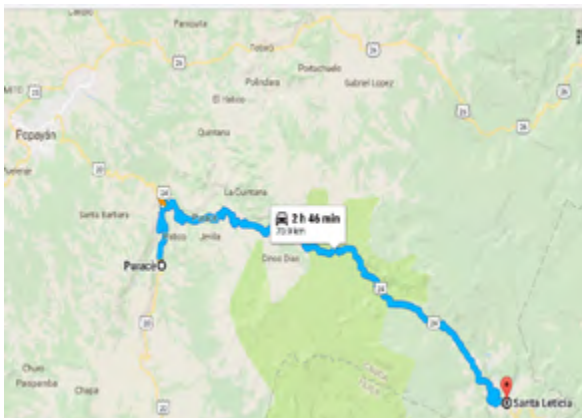
Si alguna vez la especie humana consigue sembrar vida en Europa, la helada

luna de Júpiter, probablemente crecerá colorida y diversa, menuda y extraña, como la que se advierte junto a las apagadas bocas volcánicas del Parque Nacional de Puracé, surtidas de aguas cargadas de musgos, algas y minerales subterráneos. Dicen que las dantas bajan a beber aquí agua gasificada. Nunca beben agua dulce. Estas corrientes sulfurosas —unas heladas y otras hirvientes— moldean sobre la tierra un desconcertante paisaje, entre oceánico y alienígena; un poco como si de repente el suelo submarino se hubiera amancebado con la luna, y entre los dos hubieran parido a cielo abierto cientos de anémonas, corales y hierbas de otro mundo.

Sin duda, estas fábricas de aguas que son los páramos de Puracé le habrían arrebatado el aliento al Neruda ebrio de verde, el mismo que alguna vez escribió *Vegetaciones*:

[...]

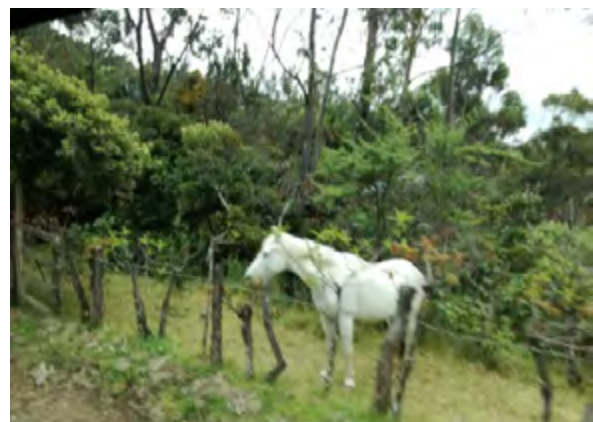
América arboleda,  
zarza salvaje entre los mares,  
de polo a polo balanceabas,  
tesoro verde, tu espesura.



A lo largo de 70 kilómetros de vías sin pavimentar, cruzando el Parque Nacional de Puracé, avistamos solo tres caballos.



Dos motocicletas aparcadas en el patio de una casa. Resguardo indígena de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Uno de los tres caballos que conseguimos observar a lo largo del viaje.

Fotografías por Julián González.

Germinaba la noche  
en ciudades de cáscaras sagradas,  
en sonoras maderas,  
extensas hojas que cubrían  
la piedra germinal, los nacimientos.  
Útero verde, americana  
sabana seminal, bodega espesa,  
una rama nació como una isla,  
una hoja fue forma de la espada,  
una flor fue relámpago y medusa,  
un racimo redondeó su resumen,  
una raíz descendió a las tinieblas.

No creo que Neruda haya conocido estas tierras hinchadas de aguas y flores, pues lo hubieran eclipsado y, tras verlas, el hechizo lo hubiera trastornado, y luego su *araucanía* le habría resultado desabrida y sosa. Le habría parecido poco menos que un enorme y aburrido *peladero*, un arrume de árboles decrepitos que se repiten cenicientos, una extensa danza de hojas endurecidas que hastían y molestan; una hilera de tierra mal abonada y mal criada por un dios anciano, desgastado y somnoliento.



Vista del Pozo de los Deseos. Durante años los viajeros se detenían aquí y tiraban monedas en el charco para hacerse a un amor esquivo, recuperar la salud o ahuyentar la mala suerte. Tanto metal aguas adentro terminó por emponzoñarlas y, con ellas, la laguna se volvió un moridero. Por fortuna, prohibieron el ritual y con los días volvió a florecer la vegetación acuática y regresó la danta a uno de sus bebederos preferidos. Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Pozo de los deseos. Una laguna artificial creada por una pequeña represa que abastecía de energía eléctrica una hacienda cercana. Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Plantas coloridas creciendo entre las aguas sulfurosas del Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.

Fotografías por Julián González.



Frailejón en Parque Nacional de Puracé.  
8 de agosto de 2017.



Fogón de leña. Casa en el resguardo indígena de Puracé. 8 de agosto de 2017.

Fotografías por Julián González.

### El tiempo del Frailejón

Cuando este frailejón —ver foto previa— se abrió paso entre la tierra, apenas comenzaba en Europa la reforma protestante de Lutero, y Francisco Pizarro empezaba la conquista del imperio Inca. Si pudiéramos leer las moléculas que los acontecimientos del mundo vertieron al viento y a la nieblas y que este frailejón atrapó en su vientre, escucharíamos entre sus tallos a Copérnico escribiendo *De revolutionibus* (1543), el documento en el que expresó su teoría heliocéntrica, y oíríamos a través de sus hojas aterciopeladas y húmedas los gritos de Giordano Bruno mientras ardía en Roma, condenado por herejía. Nos estremecerían los lamentos de los primeros esclavos negros llegando a América y la agonía de Cristóbal Colón en Valladolid. El frailejón crece un centímetro cada año. Y este tiene cerca de cuatro metros y medio.

Este frailejón ha sobrevivido a todo. Sabe que cien años no son nada. Sabe también cuánto ha cambiado el paisaje y que hay menos caballos cabalgando por estas tierras. Y aunque van desapareciendo poco a poco con sus enjaldas

y arreos, aquí todavía persisten algunas señales del tiempo de los cascos y los días sin motor: las cercas de púas, los fogones de leña, las piedras de amolar, los vasos de peltre, los abrevaderos, las tinajas y el piso de tierra.

### Neruda enmudece

Me equivoco, en Puracé el amorío no fue cosa entre la luna y el mar. Más bien, la luna se lió con un dios joven y volcánico como *Nuguwaymasig* —una deidad de los indígenas Coconucos—, y revolcándose uno en el otro incendiaron la tierra, voltearon los mares, zarandearon los cielos y dejaron su reguero de amor *full color, húmedo y lascivo* sobre las aguas pantanosas. Luego se echaron a dormir, pero había sido tanta la energía invertida en su amor diurno y centelleante que al anochecer ya no tenían nada, el calor todo se les había escapado, y no les quedó más abrigo que el hielo, y se acurrucaron uno junto al otro quietecitos, entre la nieve se enterraron y se durmieron para siempre. Pero desde entonces, de vez en cuando, alguno se da vuelta mientras

sueñan y de entre sus vientres vuelve a arder el deseo y a chisporrotear brevemente el fuego, el estruendo y la lava que quema y fertiliza la tierra.

Ahora lo sé, Neruda. Menos mal que jamás estuviste en Puracé porque, sin duda, tu poderosa y afilada lengua habría encallado aquí para siempre.



Fotografía a través de telescopio. Desierto de la Tatacoa, Huila, 9 de agosto de 2017.



Paisaje volcánico, alienígena y lunar en el Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.



Parque Nacional de Puracé, 8 de agosto de 2017.



Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.  
Fotografías por Julián González.



Parque Nacional de Puracé. 8 de agosto de 2017.  
Fotografías por Julián González.



## ■ Brayan descende

### Los 68 escalones de un joven que no quería morir

Cali, septiembre de 2017

¿Y si la vida no fuera más que un elaborado modo de transformar minerales inertes en materia orgánica compleja, pero igualmente muerta? Al final, toda la vida termina convertida en cadáveres que se deshacen poco a poco, ¿o no? Hace algunos siglos conseguimos despertarnos de la ilusión geocéntrica. Hoy sabemos que la Tierra no es el centro del universo. Y hace poco más de un siglo también nos sacudimos de la ilusión antropocéntrica y logocéntrica. Entendimos que la razón no gobierna por completo nuestras vidas (¡gloria al poderoso inconsciente!) y que los seres humanos no

somos el centro de nada. Entonces, ¿no habrá llegado el momento de quitarnos de una buena vez otra ilusión persistente e insensata: el biocentrismo? ¿Quién dijo que la vida es esencial, especial y un importante propósito del universo?

Respuesta de Big Data, el rapero más viejo del mundo, cuando le preguntaron por el sentido de su poema Poesis.

#### En cruz

Entre enero y junio han muerto asesinadas en Cali 589 personas. Un tercio tenía entre 18 y 24 años. 93 de cada 100

personas asesinadas son hombres. Y son hombres casi todos los victimarios.

Dice llamarse Brayan. Dice que está drogado y que le duele mucho el cuerpo. Dice que no lo lleven al Realengo, un barrio humilde al oeste de Cali. Ruega este jovencito enclenque, tendido bocarriba sobre el piso —los ojos entornados, vencidos— que no lo dejen morir. Que lo van a matar, dice. Le pide a los policías, dos hombres tan jóvenes como él, que lo internen en un hospital, que le duele el corazón, que se le va a estallar. «No sé lo que hice», dice, como si entre la bruma de su trance intuyera que recién estuvo envuelto en un delito. Uno de los policías le pregunta si viene huyendo por lo de una camioneta blanca. (10 autos son robados cada día en Cali). Brayan no responde y se limita a sollozar. Que se le va el alma, dice. Acostado en cruz sobre el piso de la casa de mi vecino, apenas consigue respirar. Babea. Los zapatos rotos y percutidos. Los cordones sin atar. Al flacucho, le cuelgan y casi se le caen los pantalones.

Hace una hora y media entró corriendo en la casa de mi vecino, trepó las escaleras aterrado, y agotado por el esfuerzo se dejó caer sobre el piso. Y hace quince minutos llegó la policía luego de telefonarlos una y otra vez. No sabíamos si Brayan estaba armado o, si en efecto, lo seguían algunos hombres armados que no dudarían en entrar a la casa para ejecutarlo —8 de cada 10 asesinatos en Cali involucran armas de fuego. Tras requisarlo la policía no encuentra armas en Brayan. Tampoco tiene documentos de identidad. No tiene nada en el raído maletín naranja que carga al costado derecho, y se queja ruidosamente cuando los policías consiguen levantarlo



Brayan tendido en el piso. Cali, Urbanización El Aguacatal, 11 de septiembre de 2017. Fotografía por Julián González.

del piso ajedrezado para llevárselo esposado. Se tambalea mientras desciende los 68 escalones que van de la casa de mi vecino hasta el parqueadero de la urbanización donde lo aguarda una patrulla.

¿Por qué va esposado Brayan? ¿Por el delito de irrupción en propiedad privada?

No. Ese no es un delito; a lo sumo supone una contravención.

¿Entonces por qué va esposado?

Va esposado porque es joven, está drogado y parece pobre. Y eso es suficiente para convertirse en un sospechoso usual en Colombia, el segundo país con peor índice de distribución de la riqueza en América Latina, y en el que la justicia se arrastra cuando se trata de los poderosos, y apedrea ciegamente y sin piedad cuando se trata de los humildes.



## Río

Al día siguiente atisbo un poco en la extensa corriente de las muertes, ese enorme río de cadáveres en el que las aguas heladas, oscuras y espesas disuelven el tiempo. Por cada persona viva arriba en la Tierra, aquí abajo hay 17 muertos. En esta corriente mansa duermen 107 mil millones de cadáveres humanos. Y de este caldo mortuorio venimos y hacia él vamos todos.

## 11/09

Hoy es 11 de septiembre de 2017 y en las aguas superficiales de Hades se advierten los rostros de los que murieron hace 10, 20, 3.000 o 45.000 años un día 11/09. Cada efemérides, Cloto tira de sus hilos y eleva del fondo de las aguas a todos los que cayeron en la fecha aniversaria. Y Dukúr Bulu, el dios murciélago, les susurra algo estimulante en los oídos para que despierten y se muevan cuando el jalón de Cloto no es suficiente. Y cuando ninguno de los dos puede despertar al muerto, se suma a la tarea Tlantecuhtli, que dispara una descarga eléctrica azul y dolorosa que galvaniza a los que siguen roncando, y se asegura de que vengan todos, que no falte nadie. Tlantecuhtli requisa con cuidado los 9 ríos subterráneos para arrastrar incluso a los que se han quedado atrapados en los recodos y remolinos.

Y debajo de los del 11/09 vienen los del 12/09, que hundirán mañana a los del 11/09. Y luego flotarán los de 13/09 a expensas de los del 12, y así, sucesivamente hasta que, a lo largo del año, todos los muertos pasan un día en la superficie de las aguas. Un día al año cada muerto vuelve a sentir punzadas en el vientre y risa en los pulmones, y Kwányip sopla

alegría en sus bocas y párpados. Y todos tienen 24 horas para parlotear y retozar antes de volver al fondo de las aguas.

Pero, por supuesto, el 1 de noviembre, la señora, la uñilarga, doña huesos, Madame Calavera, la Catrina, despierta a todos sin excepción, y la juega es tan poderosa que por un único día se equilibran y aparejan los nudos de la vida con los tajos de la muerte en una embriaguez incandescente que solo los mexicanos, mejor que cualquier pueblo del mundo, han sabido reconocer y celebrar. Ese día todos festejan. Los vivos de arriba y los muertos de abajo.

Pero hoy no es primero de noviembre. Es 11 de septiembre, y solo suben y flotan desde adentro de las aguas oscuras los muertos correspondientes. Los muertos chiquitos, los que cayeron arrasados por un evento trivial, una bala perdida, una pena de amor, un resbalón. Una indigestión. Los de 2017 (de Cali, Moscú o Rotterdam) y los de 2015 (de Paris, Mogadiscio o Delhi). Pero también suben los de las muertes grandes e históricas, los de las tragedias colectivas, los de los genocidios vergonzosos y las epopeyas gloriosas. El 11/09 se levantan los de 2001 (Nueva York) para unirse a los de 1973 (Santiago de Chile) y hermanarse con los de 1714 (Barcelona) y 1857 (Mountain Meadows). Carrie R. Blagburn le da la mano a Claudio Patricio de la Fuente Castillo, y David W. Laychak se codea con Agustín Patricio Luna Barrios, e Iris del Carmen Reyes Reyes consuela a Angela M. Houtz. Luciana Jaramillo se mece trepada en los hombros de Francisco Lorenzo Rozas Fernández; y Domingo Faustino Sarmiento conversa con Odessa V. Morris. Y el murmullo de los muertos en los ríos de abajo hace

eco en los ríos de arriba. Por eso si acercas con cuidado la oreja y prestas atención a las aguas de las acequias, de los riachuelos, de las correntías y de los ríos caudalosos escucharás voces humanas, un parloteo incomprensible y sin sentido al principio, como el de las multitudes en el metro de Paris o en una plaza de mercado en Lima. Son muy tenues esas voces, por supuesto, pero allí están. Con el debido entrenamiento puedes aprender a aislarlas y enfocarte en unas u otras, y con suficiente paciencia podrás descubrir, por ejemplo, el relato

de un muerto que pidió inútilmente que lo salvaran, que lo llevaran a un hospital, que no lo arrastraran hacia el barrio de donde venía porque lo matarían; que le dolía el corazón, que estaba drogado y no sabía qué había hecho.

### **Brayan descende**

¿Y Brayan?

Allí va. Baja escoltado por dos policías. Lleva su morral al hombro. Se tambalea un poco mientras camina a rastras los 68 escalones que terminarán en las puertas de una patrulla policial.



Catrina.  
Tomado de <https://bit.ly/3ah9sd4>



Algunos de los 68 escalones que descendió Brayan el 11 de septiembre de 2017.



Algunos de los 68 escalones del viaje de Brayan. 11 de septiembre de 2017. Fotografías por Julián González.



## ■ El Renault 4 o las tramas de la nostalgia

### **Chatarras enmohecidas y ennoblecidas. Por qué algunos carros son entidades casi vivas**

Octubre 26 de 2017

En Yugoslavia le llamaban Katrca, por Catherine. Lo comenzaron a producir en Litostroj en 1969 para surtir el mercado de autos de Europa del Este. Luego la fábrica se trasladó a Novo mesto (Ciudad Nueva), la pequeña urbe eslovena —24 mil habitantes— donde nació Melania Trump. Allí, en las instalaciones de Revoz se fabricaron poco más de medio millón de Renault 4 desde 1973 y hasta 1992 cuando la empresa matriz en Francia decidió dejar de hacerlos: la Guerra de los Balcanes (1991-1995) había destruido parte de la línea de estampados de la fábrica.

Hoy en la reverdecida campiña eslovena, sobre la calle Trdinova, en la misma Novo mesto, Revoz sigue produciendo autos, pero ahora escupe Twingos, Clios y Smart Forfour. Hasta 2010 lo hizo al impresionante ritmo de más de 200 mil autos al año, 23 cada hora, pero la crisis europea de 2013 los obligó a bajar la producción a menos de 100 mil autos anuales. Se están volviendo a recuperar, y recién en 2016 superaron una vez más la barrera de los 100 mil autos-año.

En el mundo, el último Renault 4 se ensambló en 1994, aunque se rumora que en 2017 o 2018 se lanzará una

versión recargada y mejorada del auto; otra aventura empresarial que hace de la nostalgia una lucrativa fuente de negocios.

El 13 de julio de 2011, una caravana de 4 automóviles Renault 4, cada uno conducido por propietarios provenientes de los restos de la antigua Yugoslavia —Serbia, Bosnia-Herzegovina, Croacia y Eslovenia— se dirigió hacia Thenay, Francia, donde se celebró medio siglo de creación del modelo. Fabricado o ensamblado en Francia, España, Eslovenia, Rusia, Argentina, Chile, Colombia, Brasil, Marruecos, Turquía, India y México, el Renault 4 es junto al Volkswagen Escarabajo un notable ejemplo de la extraordinaria capacidad humana para convertir mercancías industriales, y sus ruinosos restos, en tejido vivo donde cultivar preciosas y cálidas experiencias de alcance global. A lo largo y ancho del mundo el modo Renault 4 de viajar ha dejado su impronta en cientos de millones de personas, aunque en ventas esté muy lejos de los 20 millones de autos Ford Escort, los 21 millones de escarabajos, los 30 millones de Volkswagen Golf, los 35 millones de camionetas Ford F-Series y los 40 millones de Toyota Corolla. Desde 1961 y hasta 1994 se facturaron 8 millones de Renault 4.

En Colombia el primer propietario de un Renault 4 —ensamblado por Sofasa, Itagüí, Antioquia— fue un médico traumatólogo llamado Darío Mesa Upegui. Lo compró en Medellín un 26 de agosto de 1970 por 65 mil pesos. Entonces yo tenía 4 años y apenas si sabía pedalear un triciclo. Nací en 1966, justo el año en que la compañía fabricó el primer millón de *renoletas* como las llaman los argentinos y chilenos. Mi mamá condujo

con combativa pericia y durante varios lustros un ejemplar del *amigo fiel* o el *carro colombiano*. Así fue conocido en mi país. Recuerdo bien que mis hermanos y yo nos asábamos en los puestos de atrás pues la ventilación del auto era francamente mala: con frecuencia las ventanas se trababan y preferíamos dejarlas cerradas para evitar que se descarrilaran. Azul oscuro, nuestro Renault 4 tenía sus caprichos. Podía vararse justo cuando estábamos retrasados y nos disponíamos a salir de casa para el colegio. Eso sí, jamás nos dejó tirados en el camino. Una que otra vez no encendía en las mañanas, pero cuando lo hacía funcionaba confiablemente durante todo el día.

Mientras en casa lidiábamos con los caprichos del Renault 4, una niña a la que no conocía se las arreglaba en Almaguer, Cauca, para ir al colegio caminando. Ocho cuadras bajo un cielo helado y nuboso. Estudiaba y vivía a plenitud sin tener que vérselas con el tráfico ni el exceso de carros que ya padecía Cali a mediados de los 70. Rocío, la niña almaguereña, había nacido un 16 de mayo, el mismo día en que nació Danny Trejo, el actor de ascendencia mexicana que protagonizó *Machete*, ese bodrio clase B que he visto una y otra vez sin terminar de entender por qué me resulta fascinante. Sin duda la estupidez también hechiza.

Rocío y yo terminamos conociéndonos en la universidad a comienzos de los 80, y casi al finalizar la carrera nos entregamos a unos amoríos que, creíamos, no durarían mucho pero se hicieron largos y serenos con el tiempo. Con los años vinieron los proyectos conjuntos, y con los primeros salarios nos hicimos al



Una de las imágenes icónicas de Danny Trejo.  
Tomado de <https://bit.ly/3n1qrYs>



Vestigio de Renault 4, un día gris y lluvioso.  
Fotografía por Julián González.

primer auto, un Renault 4 azul oscuro, idéntico al que usó mi familia cuando yo era un niño. Lo bautizamos El Pitufito, y desde entonces nuestros autos, todos de gama baja, han recibido el nombre de personajes de cuentos infantiles, dibujos animados o tiras cómicas: El Duende, La Sirenita, El Chapulín, Gáspar, el Troll, Snoopy y Sally.

¿Y a qué viene todo este cuento? ¿Qué tienen que ver mi historia de infancia, dos Renault 4 azules, mis amoríos con Rocío —que cumple años con Danny Trejo— y este largo rodeo que incluye la fabricación de las Katrca yugoeslavas?

Es mi manera de hacerle un pequeño homenaje a esos misteriosos instantes poéticos de la vida.

Ayer lo vi. Yo conducía por la calle novena norte, en Cali, y de repente tropecé con un milagro. Allí, a la derecha, estaba un ejemplo elocuente de cómo lata y motor se transforman en magia, cómo los restos industriales y herrumbrosos

de tiempos idos trocan en fantasía retro, cómo los desechos de una máquina que alguna vez fue reluciente transmutan en memoria extraña, en *saudade* y en belleza que eclipsa. Experimenté una fuga festiva. Una auténtica epifanía.

Era como si las sobras de un Renault 4, frágil sobreviviente de los bombazos de la Revoz en Novo mesto, hubieran cruzado el mundo, y tras fundirse en alma y cuerpo con el inefable Danny Trejo, terminaran floreciendo en esta callecita de Cali. Ahí estaba este destartado cuatrorruedas, aparcado cándidamente a la vera de un andén, esperando su turno, retrasando el día en que terminará desguazado. Una señal vial le indica su destino. *Vé adelante, más adelante y ¡sal de circulación, viejo!* Pero, qué va, el Renault Trejo, agrio y contrahecho, se niega a desaparecer. Decrépito, persistente, resistente y burlón sigue *rodando* calles y películas. Para él no hay *The End*.





## ■ "A Trip to Mars"

### ¿Un viaje sin retorno?

Bogotá, 5 de diciembre de 2017

Marte tiene dos satélites. *Fobos* —la personificación del terror y el horror, de ahí el término Fobia—, y *Deimos* —hijo de Afrodita (la diosa del amor) y Ares (el dios de la guerra)—. *Deimos* es la encarnación del dolor. Entonces viajar a Marte implica pagar un alto precio: el del amor orgiástico, el del pánico sin tregua, el del terror básico y el dolor duro de la guerra tribal. Y, claro, mucho dinero. Pero es un viaje que vale la *pena* en la triple acepción del término: *la vergüenza, el castigo y el duelo*.

#### **La pena de la vergüenza**

Estoy a punto de desfallecer debido a la presión de poco menos de 10 mil cuerpos alrededor. Además, no he comido casi nada —excepto maní— a lo largo de 12 horas. Perderé el conocimiento en cualquier momento, aunque no me desplomaré en el piso. No es posible caer cuando estás atrapado en una lata de sardinas. Quedaré suspendido y desmayado en medio de este arrume de personas que, desde hace una hora, viene meneándose, coreando y alucinando al ritmo de las canciones de Bruno Mars. Los Hooligans de Bruno están acá, entre

el público, y no trepados en el escenario. Eufóricos, no han dejado de cantar y brincar, excepto cuando —en un largo y virtuoso canto a capella—, Mars fue bajando la voz poco a poco hasta quedar en completo silencio por algunos segundos mientras bailaba una tonada que todos imaginábamos y seguíamos mentalmente. Medio minuto después fue elevando la voz paulatinamente hasta retornar al frenesí de trompetas, baile y canto, que los *hooligans* de acá y los *Hooligans* de allá habíamos terminado por ensamblar. Me sorprende que esta multitud conozca y coree sin descanso las letras de Mars. En Colombia menos del 8 % de los bachilleres alcanza un nivel medio en inglés. (Me incluyo en el 92 %). Pero en este concierto casi todos hablan *bruno mars* sin problema.

Mientras miles *marsean* yo permanezco en el limbo: escucho un concierto magnífico y cálido, pero sudo chorros helados; aunque estoy en pie, me tiemblan por completo las rodillas y siento que se me va la vida entera; boqueo como pez fuera del agua, pero disfruto inmóvil una música que exige bailar con furia. Estoy casi muerto, doblado de terror y escalofríos, mientras me entrego a esta celebración orgiástica que a todos desinhibe y eleva. Todos flotan mientras yo me hundo. Es martes 5 de diciembre de 2017, cerca de la 9 de la noche. Me levante a las 3 de la mañana para emprender un viaje que, desde Cali, me condujo al corazón de un ritual masivo que ha elevado en dos grados la temperatura de Bogotá debido a la fricción de miles de cuerpos apretujados.

¿Y al desmayarme, qué pasará?

No mucho. Nadie notará mi cuerpo —un bulto desmadejado de 80 kilos—

cuando casi 40 mil personas participan de una fiesta que recaudó en boletería poco menos de 15 mil millones de pesos (5 millones de dólares). Desapareceré tragado por la marea marsiana, y mis quejidos serán menos que zumbido de abejas entre un estruendo volcánico. Sísmico. Voy a morir despedazado a pisotones. O asfixiado. O los dos. Ahora entiendo exactamente qué se siente caer abatido por una estampida humana.

¿Terror? Este es el terror.

Pero también es la alegría. ¿Alegría?

Sí: la alegría de ver a Antonia, mi hija, gritando de dicha en el concierto de su vida.

Oyó a Bruno Mars por primera vez cuando tenía 11 años. «*The Lazy Song*» fue la primera canción que le escuchó.

*Today I don't feel like doing anything  
I just wanna lay in my bed  
Don't feel like picking up my phone  
So leave a message at the tone*

Le encantó aunque no adoró a Bruno inmediatamente. Sin embargo su impulso fue suficiente para desmarcarla de las sonoridades que dominaban el gusto musical de sus amigas, ampliamente modulado por hombres más jóvenes que Bruno: Harry Styles, Liam Payne, Zayn Malik, Niall Horan y Louis Tomlinson (integrantes de One Direction), Justin Bieber y los hermanos Jonas.

Antonia cumplirá en dos semanas 17 años, y en agosto, cuando supo que Mars vendría a Colombia, pidió un regalo anticipado, el último de su adolescencia, el que marca su tránsito a la adultez legal (18 años en Colombia): boletas VIP para el concierto 24 K Magic.



Y se las obsequiamos. Y acordamos que yo la acompañaría al concierto. Y ahora su regalo me está matando.

Yo resisto un minuto tras otro para no perturbar la felicidad de Antonia, pero a estas alturas el sudor frío y ese temblor que apenas puedo contener casi me vencen. 9.57 p.m. Tanteo desesperado mis bolsillos buscando un poco de chicle. Necesito glucosa a como dé lugar para no colapsar, pero es inútil porque tengo Trident —cero calorías—. Unos minutos después pierdo toda compostura y decencia:

«Antonia, me siento mal», le alcanzo a decir mientras tomo su mano para llevármela fuera de allí. Temo que si me desmayo las cosas serán muy complicadas para ella y no sabrá qué hacer. Y si me voy solo y pierdo el sentido, peor para todos porque Antonia no podrá saber a dónde habré ido a parar.

Con la fuerza del que agoniza me abro paso a empujones entre la multitud. Un paso aquí y otro allá, y otro más y uno más y más y más. Voy empujando como puedo. Antonia va atrás asegurándose de que yo no caiga. 30 pasos después conseguimos salir del centro de la gramilla del estadio El Campín, Bogotá, cuando tres minutos antes estábamos a menos de 6 metros de la tarima donde Peter Gene Hernández y sus Hooligans se esmeraban en hacer música callejera de lo mejor. «Finesse», «Treasure», «Straight Up And Down», «Chunky», «Versace on the floor», «Calling All My Loves», «24K Magic», «Marry You», «When I Was Your Man», «Locked Out of Heaven» y «Just The Way You Are», «When I Was Your Man».

Ya había pasado el formidable solo de George Foster, el pianista, y restaban si

mucho dos canciones cuando me quebré. Sentado en el piso, mientras Antonia me buscaba algo de comer, recupero el aliento, y escuchamos la última canción de la noche: «Uptown Funk».

*This hit, that ice cold  
Michelle Pfeiffer, that white gold  
This one for them hood girls  
Them good girls straight masterpieces  
Stylin', whilen, livin' it up in the city  
Got Chucks on with Saint Laurent  
Got kiss myself, I'm so pretty  
I'm too hot (hot damn)  
Called a police and a fireman  
I'm too hot (hot damn)  
Make a dragon wanna retire man  
I'm too hot (hot damn)  
Say my name you know who I am  
I'm too hot (hot damn)  
Am I bad 'bout that money, break  
it down  
Girls hit your hallelujah (whoa)  
Girls hit your hallelujah (whoa)  
Girls hit your hallelujah (whoa)  
'Cause uptown funk gon' give it to you  
'Cause uptown funk gon' give it to you  
'Cause uptown funk gon' give it to you  
Saturday night and we in the spot  
Don't believe me just watch (come on)*

Luego vinieron los fuegos artificiales. Íbamos de camino al hotel, a unas cuatro cuerdas del estadio, y todavía —10 minutos después— alcanzábamos a ver la pirotecnia con que Mars y sus Hooligans clausuraron el concierto.

### **32, 63, 44, 29: la pena del duelo**

Peter Gene Hernández —mezcla de húngaros, puertorriqueños, filipinos— nació en Honolulu, Hawái, el 8 de octubre de 1985. Ese día yo estaba en clase, tercer semestre de Comunicación Social de la Universidad del Valle. 1985 fue un

año particularmente sombrío para Colombia, un país en el que la peste de la muerte violenta y la plenitud de la fiesta fraterna van de la mano todos los días. El 6 de noviembre el movimiento guerrillero M-19 se tomó el Palacio de Justicia, en Bogotá, y la retoma del ejército y la policía se saldó 27 horas después con 98 muertos y 11 desaparecidos. El 13 de noviembre, siete días después, murieron 20 mil de casi 30 mil habitantes de Armero, Tolima, sepultados por un alud de lodo. Han pasado 32 años desde entonces y aún cientos de hilos y madejas de ambos eventos no terminan de desenredarse y aclararse.

En el estadio en el que Bruno Mars acaba de interpretar la última canción, hace 31 años debió jugarse la final de Fútbol del Mundial de 1986, asignado a Colombia por la Fifa. La situación del país tras la tragedia de Armero y la crisis del Palacio de Justicia llevó al gobierno de Belisario Betancourt Cuartas a renunciar a hacerlo: «Aquí en el país tenemos muchas cosas que hacer y no hay tiempo para atender las extravagancias de la Fifa y sus socios», dijo entonces el

presidente. 32 años después otro presidente, Juan Manuel Santos, parece interesado en solicitarle a la Fifa turno para realizar el del 2030. Entonces yo tendré 63 años, Bruno Mars, 44, y mi hija Antonia 29. Y si las cosas resultan, Colombia habrá terminado de superar el lastre de una guerra larvada y brutal que minó buena parte de sus energías, millones de vidas y podó cientos de millones de trayectorias y experiencias a lo largo de medio siglo.

### **La pena del castigo. Tortura, belleza y mercado, camino al matadero**

¿Que ha sido el mejor concierto que he vivido? Sí. ¿Que cada persona en el estadio parecía arropada por la voz y la cadencia de Bruno Mars, e hipnotizados saltábamos y nos zarandeábamos a su ritmo mientras el hombrecito —no más de 1.60— bailaba y cantaba como si absorbiera la fuerza y energía de los 40 mil asistentes? Sí: él bailaba y cantaba. Nosotros intentábamos torpemente remedarlo. ¿Que poco faltó para que varias chicas le lanzaran sus brasieres, tangas, camisas, blusas y bragas; y que varios



Ventas ambulantes de recuerdos Bruno Mars 24K en las afueras del estadio. 8:15 am. Bogotá, diciembre 5 de 2017.



Virgin Mobile y Coca Cola al control. Bogotá, 5 de diciembre de 2017. Fotografías por Julián González.



Filas antes del concierto de Bruno Mars.  
5 de diciembre de 2017.  
Fotografía por Julián González.

hombres, gustosos, también le habrían obsequiado sus calzoncillos, camisetas, medias y correas? Sí. ¿Que tiene 32 años, pero Bruno el marciano, parece de 15? Sí. ¿Que el concierto estuvo impecablemente organizado y que la logística fue formidable, según tituló algún periódico de Bogotá? Nooo. Rotundamente, no.

Es simple: pudo haber una tragedia. No por la estupidez de los organizadores o su mala fe. No. Más bien porque el mercado privado siempre aspira a obtener ganancias lo más rápido posible, reduciendo las inversiones, o creando obras que le permiten extraer valor sin atenerse mucho a las responsabilidades y consecuencias. Y OCESA, la organizadora del concierto, no es distinta a otras máquinas de hacer dinero.

La Corporación Interamericana de Entretenimiento, OCESA, es una empresa constituida en México en 1995. Empezó como una pequeña empresa local administradora de parques de diversiones, bajo la dirección de los hermanos Soberrón Kuri. Alejandro Soberrón (57 años), el CEO de OCESA, y de su unidad de negocios CIE Entretenimiento, suele aparecer en los listados anuales de los 200 empresarios más influyentes de México. Egresado del exclusivo y católico Instituto Irlandés Masculino, tiene una relación amorosa con una ex integrante de Timbirichi y ha sido productor de cine. Financió filmes como *Arráncame la vida*, basado en una novela de Ángeles Mastretta, y *Amores perros*, y cuenta con un sinnúmero de asociaciones, convenios y tratos de negocios con Disney, Coca Cola, Ticketmaster, Championship Auto Racing Teams, Inc. y Altavista Films. Opera estadios de fútbol y béisbol, autódromos, espacios publicitarios en aeropuertos, es propietario de teatros, restaurantes temáticos —suyo es el Hard Rock Café de ciudad de México— y posee varios zoológicos y parques de diversiones —Salitre Mágico en Bogotá es uno de ellos.

OCESA y CIE no se limitan a organizar espectáculos sino que derivan valor de toda la cadena implicada en el proceso: «nuestro negocio incorpora la promoción de eventos, la administración y operación de centros de espectáculos, la venta de boletos de acceso a eventos e inmuebles de entretenimiento, la comercialización de patrocinios publicitarios y de concesiones de alimentos, bebidas y *souvenirs*». Por eso todo lo que rodeó el concierto de Bruno Mars estuvo fríamente diseñado y pensado por

OCESA Colombia para extraer el mayor valor posible. La comida y bebida concesionada —te esculcaban todo para evitar que ingresaras alimentos y obligarte a la oferta de los concesionarios—, los vendedores ambulantes —con centenas de camisetas, cachuchas, llaveros, cojines y botones alusivos al concierto— eran mantenidos a raya por un ejército de policías que, inevitablemente, terminaba cediendo a esta persistente avanzada de rebuscadores. Adentro te esperaban los concesionarios de *souvenirs* originales y certificados diez veces más costosos que afuera. Las filas para ingresar al estadio comenzaron a estirarse desde las 3 de la mañana. Algunos durmieron allí para ocupar los primeros lugares aunque se prohibió acampar en los alrededores del estadio. (En el futuro OCESA encontrará la manera de extraer valor negociando algún tipo de acuerdo comercial con los hoteles cercanos a cambio de garantizar acceso temprano para aquellos huéspedes que pagan las localidades más costosas). Entre las 8

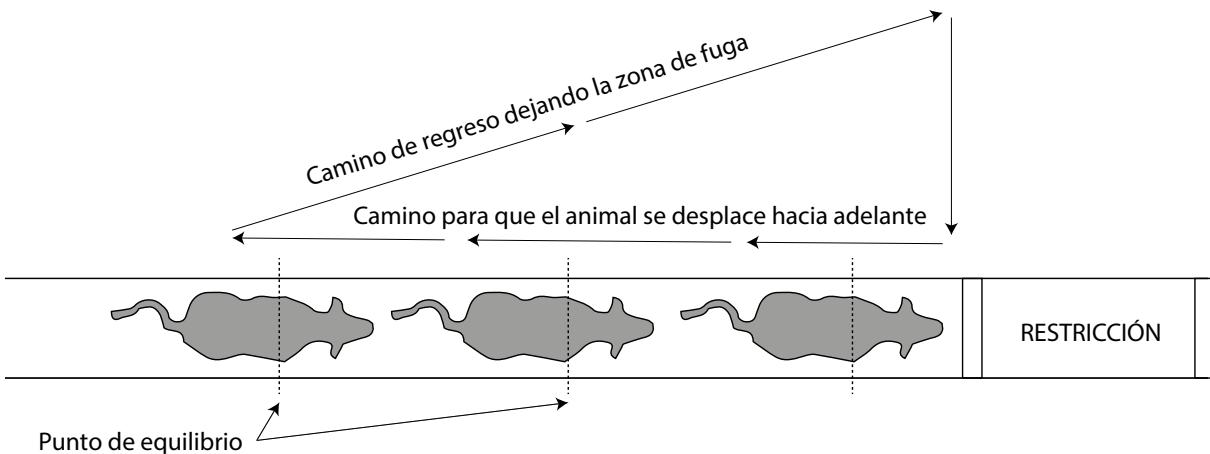
de la mañana y las 3 de la tarde, cuando por fin pudimos entrar al estadio, fuimos debidamente conducidos por una red laberíntica de barreras —nada que envidiarle a los corredores de sacrificio de ganado— que nos convirtió a todos en audiencias cautivas del mercadeo OCESA.

De hecho, la estructura zigzagueante de las barreras para estas filas está inspirada, punto por punto, en las de los mataderos industriales.

El Manual de Transporte de Bovinos, de la FAO, parece retratar bien lo que pasó con nosotros mientras hacíamos fila para entrar al concierto:

«En el momento del sacrificio los animales deben estar sanos y fisiológicamente normales. Los animales que se van a sacrificar deben haber descansado adecuadamente, en lo posible toda la noche, y especialmente si han viajado durante muchas horas o largas distancias. Sin embargo, los cerdos y las aves se sacrifican generalmente a su

Figura 13. El movimiento del operario para que el ganado vacuno siga su camino por una manga



Manual de Transporte de Bovinos.  
Tomado de la FAO: <https://bit.ly/3FqxL65>

llegada, ya que las horas de viaje y las distancias suelen ser más cortas y el encierro en los corrales de acopio muy estresantes. Los animales deben recibir agua durante este tiempo y pueden ser alimentados en caso necesario. El período de espera permite identificar a los animales lesionados o que han sufrido, y poner en cuarentena a los enfermos.

Los animales deben ser conducidos al área de aturdimiento tranquilamente, sin hacer mucho ruido. Para agilizar el movimiento de los animales se pueden utilizar unas correas planas de lona, un plástico o periódico enrollado y en el caso de animales muy tercos, un punzón eléctrico. Jamás se debe golpear al animal, ni torcerle la cola. Los animales deben entrar en el área de aturdimiento en una sola fila para colocarlos en un dispositivo apropiado de inmovilización antes del aturdimiento».

Aturdidos, agotados por la larga espera, expuestos al sol y la lluvia, resignados, los asistentes a este tipo de conciertos somos rehenes de los concesionarios de alimentos y bebidas. La larga espera antes del concierto obliga a los asistentes a consumir —a precio de monopolio— lo que ofrezcan los empresarios autorizados. Bebidas azucaradas por doquier. Hamburguesas comunes a precio de lujo. Empanadas argentinas o chilenas de buena factura más caras de lo habitual. Solo se vende Coca Cola y gaseosas de la empresa FEMSA. Es casi imposible comprar agua. Los fanáticos, además, podían realizarse selfies y fotografías que difundir por

redes, usando marcos, fondos, logos, lemas e imágenes de las empresas patrocinadoras del concierto. Decenas de recreacionistas contratados por las empresas iban y venían animando la larga espera a través de juegos en los que, invariablemente, terminábamos tomándonos fotos o consumiendo algún bien con sello y marca de uno de los concesionario. Durante 12 horas, miles de personas dispuestas en largos e incómodos rediles éramos el mercado cautivo y los auspiciosos cómplices de una bien montada estrategia de comercialización de marcas usando tanto nuestras cámaras en los teléfonos celulares como aquellas de las corporaciones patrocinadoras, para divulgar y promover en nuestras redes sociales sus nombres. «Aquí estoy a punto de entrar al 24K de Bruno Mars» escribirá un fan en WhatsApp, Facebook, Instagram, Snapchat, Pinterest y un largo etcétera, y al fondo aparecerán los colores, íconos, logos, marcas, frases alusivas al Grupo AVAL, El Tiempo, Coca Cola, Virgin Mobile, Jumbo, Live Nation o Heineken.

Ya adentro del estadio, si estabas justo al frente de la tarima, era imposible ir hasta los puntos de venta de comidas o a los baños públicos, pues al regresar serías tratado como un colado, un intruso, un vivaracho. El costo de haber madrugado para obtener puestos de privilegio se defendía con sangre y furia si era necesario, y espontáneamente se desarrolló un sistema de controles y cercos corporales que impedía a cualquier persona ir hacia adelante. Había rechiflas, bronca, gritos y amenazas entre divertidas y serias cuando algún despistado explicaba que le estaban guardando puesto adelante e intentaba abrirse paso.



Camino al establo.  
Diciembre 5 de 2017. Bogotá.



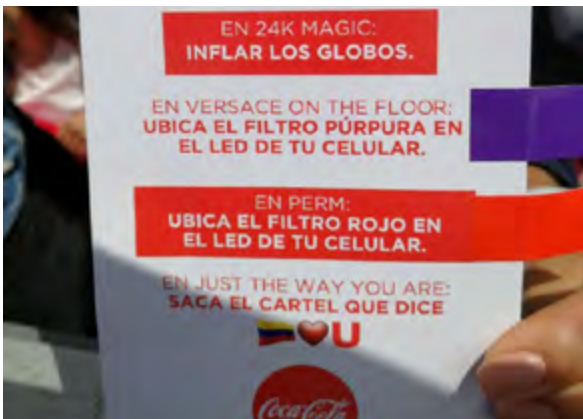
Un paso más en la larga ruta hasta el ingreso al Campín. 5 de diciembre de 2017.



Cautivos del mercado. 5 de diciembre de 2017.



La espera antes del concierto. Alrededor se van acumulando los restos de comida y bebidas recién compradas. Bogotá, diciembre 5 de 2017.



Estrategia promocional de Coca Cola, apelando a los usuarios cautivos y cercados. Bogotá, diciembre 5 de 2017.



Indicaciones de rutas, localización y ubicación para los asistentes al concierto. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.

Fotografías por Julián González.



Cuatro cabinas de baños móviles para cerca de 11 mil personas. Había filas de decenas de personas para acceder a los baños. Que los colores cálidos no engañen a nadie. El hedor y el depósito de papel higiénico fuera de las tazas sanitarias eran intimidantes, pero no había alternativa. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.



Arriba, los cómodos baños de los funcionarios de OCESA en el estadio El Campín. 2:34 pm. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.



Los patrocinadores corporativos, arriba. Abajo, imágenes de asistentes cautivos. Bogotá, 5 de diciembre de 2017. Fotografías por Julián González.

«Fuera, fuera, fuera», gritaba la horda. Varias mujeres optaron por ir en grupo a los baños públicos, dispuestos al borde externo de la gramilla, para poder regresar juntas, asistidas y protegidas por vecinos territoriales que se encargaban de certificar su derecho al lugar.

«Ellas sí estaban acá —explicaban en coro cuando regresaba el grupo de mujeres—. ¡Déjenlas pasar!»

Todas las reglas de la tribu retornan y las tácticas de control, inclusión y exclusión de grupo reaparecen como si estuviéramos encarando la defensa de un objeto ritual sagrado o el acceso exclusivo al tótem.

Estamos hechos de todos los tiempos de la historia humana, y cualquiera de sus configuraciones puede retornar, sin más, de un momento a otro si las circunstancias lo propician. No hay peor ilusión que creer en que el ayer está sepultado para siempre. El ayer está aquí, vivo, poderoso y agazapado a la espera de que un intruso se atreva a arrebatarme el puesto por el que llevo luchando casi 12 horas. Traigo en el corazón un



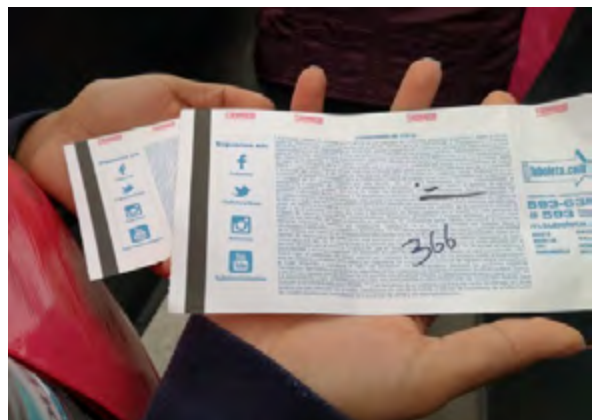
Multitud en gramilla, estadio El Campín, 3 horas antes del concierto. Entonces se podía respirar tranquilamente. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.



Protegiendo un lugar de privilegio para ver el concierto. A seis o siete metros de la tarima. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.



Paciente espera antes del momento crítico. Unos minutos después de esta escena el espacio entre los cuerpos se redujo a unos pocos centímetros. Bogotá, 5 de diciembre de 2017. 4:46 pm.



Turno de ingreso escrito a mano tras la boleta. 5 de diciembre de 2017. Antonia y yo éramos el turno 365 y 366. Fotografías por Julián González.



cuchillo de sílex y un mazo de piedra para resguardar mi puesto y el de mi hija. Son casi las 5.30 P. M. y faltan dos horas para que empiece el concierto: sin tregua y nada amable protejo mi sitio a 6 o 7 metros de la tarima.

Y fue justamente hacia las 5 y 30 pm cuando empezó mi drama. Una avalancha humana empujó desde la parte de atrás de la gramilla a quienes estábamos adelante, y el espacio libre con que cada persona contaba quedó reducido a pocos centímetros tras el empujón. Apenas podíamos movernos y faltaban dos horas para que comenzara el concierto. Tuve miedo. Una mujer a mi lado perdió el sentido pues no podía respirar y pudimos, haciendo un esfuerzo más o menos colectivo, despertarla, levantarla y moverla hacia adelante para que recibiera aire fresco.

Odié la gramilla. Odié estar allí. Odié el riesgo enorme que corríamos. Sin pensarlo dos veces comencé a examinar rutas de escape en caso de que las cosas se pusieran feas. Me llevaría



La envolvente estrategia publicitaria de Coca Cola. A cambio de bebida gratis las personas se fotografían usando un marco con insignias de la empresa. Bogotá, 5 de diciembre de 2017. Fotografía por Julián González.

a Antonia hacia la derecha del estadio, la vía más corta para alcanzar alguna orilla. Todavía teníamos la claridad de la tarde, pero imaginaba que las dificultades se acentuarían en la noche, cuando la locura del concierto empezara. Empujaría, patearía, abriría los codos como un guerrero y no dudaría en saltar por encima de los cuerpos en caso de que tuviera que irme de allí salvando a Antonia. Y vi en los rostros vecinos la misma mirada medrosa y maldispuesta que encontraban en la mía.

Un único miembro de los bomberos estaba adelante, junto a la tarima, y es seguro que en caso de una estampida no hubiera podido hacer gran cosa. De hecho, enfundado en su traje amarillo y rojo, un casco inútil y botas negras, hizo —sin usar micrófono— algunas recomendaciones que nadie escuchó ni entendió, y luego desapareció de la escena.

¿OCESA había contemplado los riesgos de una estampida, de asfixia colectiva, de muerte a pisotones, de aplastamiento? Lo dudo. Y si lo hizo no hubo ningún mecanismo, procedimiento o recurso organizativo y logístico orientado a prevenirlos o impedirlos.

«Es la última vez que vengo a gramilla», se quejó un hombre aterrado que estaba detrás. Como pude le indiqué que estaba de acuerdo.

Además de Antonia, me preocupaba una niña de apenas 12 años, frágil, minúscula. Algo haría para protegerla en caso de desmadre.

Luego a las 7.30 P. M. en punto empezó el concierto con DNCE, el grupo liderado por el ex Jonas Brother, Joe Jonas, e integrado por Jack Lawless, Jin-Joo Lee y Cole Whittle. Y a las 8.45 P. M.,

15 minutos luego de lo previsto, cayó un luminoso telón blanco en el que fantasmalmente se entreveía Mars, y empezó la dicha de su música.

A las 10.09 P. M. yo estaba sentado al borde la gramilla del Campín salvándome del colapso. Y a las 10.15 P. M. un estallido de luces cerraba el más estimulante concierto en el que he estado.

¿Y Antonia?

Antonia fue feliz con el regalo de su vida. Sin duda el viaje a Mars valió la pena.

La escucho cantar:

*Tonight  
I just want to take you higher  
Throw your hands up in the sky  
Let's set this party off right  
Players, put yo' pinky rings up to  
the moon  
Girls, what y'all trying to do?  
Twenty four karat magic in the air  
Head to toe so player  
Look out uh  
Pop pop, it's show time (show time)  
Show time (show time)*



Concierto Bruno Mars y The Hooligans. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.  
Fotografías por Antonia González.



Concierto Bruno Mars y The Hooligans. Bogotá, 5 de diciembre de 2017.  
Fotografías por Antonia González.

